

CUADERNOS  
DE LA  
**UNIVERSIDAD DEL AIRE**  
DEL CIRCUITO CMQ

MENSUARIO DE DIVULGACION CULTURAL

32

**QUINTO CURSO**

(OCTUBRE 1950 - DICIEMBRE 1951)

**LA HUELLA DE  
LOS SIGLOS**

- |                                                   |                        |
|---------------------------------------------------|------------------------|
| ● Voltaire .....                                  | Manuel de la Mata      |
| ● El Sembrador Rousseau .....                     | María Zambrano         |
| ● Apuntes sobre la "Revolución Francesa" .....    | Marcelo Salinas        |
| ● Napoleón, el Corso Genial .....                 | Ramón Infiesta         |
| ● España Decapitada .....                         | Emeterio S. Santovenia |
| ● Bolívar y la Independencia Iberoamericana ..... | Pánfilo D. Camacho     |
| ● La Revolución Industrial .....                  | Antonio Martínez Bello |
| ● El Romanticismo .....                           | Medardo Vitier         |
| <b>APENDICE</b>                                   |                        |
| ● La Mujer, El Hombre y la Vida Doméstica .....   | Luis Reissig           |
| ● Sobre el Proceso Democrático del Uruguay .....  | Isaac Ganón            |

Talleres de

Agosto, 1951

EDITORIAL LEX

20 cts.

LA HABANA

# UNIVERSIDAD DEL AIRE

DIRECTOR: DR. JORGE MAÑACH

---

## EXTRACTO DEL REGLAMENTO DE LA UNIVERSIDAD DEL AIRE:

“La Universidad del Aire es una institución de difusión cultural por medio del radio. Está, por tanto, sujeta a las condiciones de acción que le imponen la índole de ese propósito y el medio trasmisor de que se vale”.

.....

“El objeto de las disertaciones de la Universidad del Aire es principalmente despertar un interés en los temas de la cultura. Por consiguiente, no aspiran a impartir conocimientos detallados o profundos, sino más bien nociones introductoras y generales que abran una vía inicial a la curiosidad de los oyentes. Como el grado de cultura de éstos tiene que presumirse muy diverso, se procurará prescindir en las disertaciones de todo lo que suponga una considerable formación previa, así como de tecnicismos y pormenorizaciones que fatiguen la atención. Los trabajos deberán ser redactados con toda la llaneza de estilo y amenidad de contenido que el tema permita, procurándose sintetizar y dramatizar lo más posible la exposición, y cuidando más en todo momento de la comprensión de los oyentes que del propio lucimiento”.

**Las audiciones de la UNIVERSIDAD DEL AIRE**  
se transmiten todos los domingos de 5 a 6 p.m.

por el

**CIRCUITO CMQ**

**RADIOCENTRO**

**LA HABANA. CUBA**

---

AÑO III

Agosto 31 de 1951

No. 32

Período de tirada: Mensual.

Director: Dr. Jorge Mañach.

Administrador: Miguel A. Martín.

Redacción: Circuito C.M.Q.-Radiocentro.

Imprenta: Editorial Lex, Amargura 259.

Suscripción anual: \$2.00

---

Solicitada la franquicia postal e inscripción como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de La Habana.

---

---

---

## *Novedades de Librería*

Le Ofrecemos:

<i>Croce, B.</i> —Historia de Europa en el Siglo XIX. 1 Vol. . . . .	\$ 3.20
<i>Curry, Dr. M.</i> —Las llaves de la Vida. La atracción entre las personas. 1 Vol. Enc. . . . .	10.00
<i>Tallarico, G.</i> —La salud por la alimentación. 1 Vol. Enc. . . . .	3.50
<i>Castro, J. de.</i> —Geografía del Hombre. Estudio ori- ginal y científico. 1 Vol. Enc. . . . .	3.00
<i>Chassang, A.</i> —Historia de la Novela y de sus rela- ciones con la historia en la antigüedad griega y latina. Ed. Ilustrada. 1. Vol. Enc. . . . .	6.00
<i>Meersch, M. van der.</i> —Cuerpos y Almas. Novela de gran éxito. 1 Vol. Enc. . . . .	4.00
<i>Tolstoy, L.</i> —¿Qué es el Arte? 1 Vol. . . . .	2.40

Gran surtido en Novedades todos los correos.—Especialidad  
en libros de cultura general.—Envíos al interior.



## LIBRERIA ECONOMICA

Publicaciones Contemporáneas

Librería, Papelería y Efectos de Escritorio.

O'REILLY 505-507

Apartado 113

TELEF. A-6467

---

---

---

---

---

# LIBRERIA MINERVA

VALENTIN GARCIA Y CIA

Obispo esq. a Bernaza

Teléfono M-7548



## OBRAS DE RECIENTE PUBLICACION

<i>Burham.</i> La Inevitable Derrota del Comunismo . . .	\$ 2.80
<i>Canals Frau.</i> Prehistoria de América . . . . .	10.00
<i>Einstein.</i> La Relatividad . . . . .	3.00
<i>Garrigou-Lagrange.</i> Dios, la existencia de Dios . . .	5.60
<i>Gheorghiu.</i> La Hora Veinticinco . . . . .	2.80
<i>Ludwig.</i> Galería de retratos . . . . .	2.80
<i>Pattee.</i> El Catolicismo en los Estados Unidos . . . .	2.45
<i>Pittaluga.</i> Sangre y Sexo . . . . .	6.00
<i>Papini.</i> Cartas del Papa Celestino VI a los hombres	2.45
<i>Renouvier.</i> Historia y Solución de los Problemas Metafísicos . . . . .	5.00
Selección y Recuerdos de la Revista de Occidente. 2 v.	6.65
<i>Skorzeny.</i> Misiones secretas . . . . .	2.80

---

---



## Manuel de la Mata

### Voltaire

**N**O vengo a pedir clemencia a ustedes y ni siquiera puedo repetir, sería demasiado orgullo para mí, la consabida frase socrática; pero, séame permitido justificarme antes de comenzar.

Si diera principio a esta clase hablando del Iluminismo y de sus representantes para situar a Voltaire y a Montesquieu, faltaría tiempo, para este solo propósito, y no podría dar datos de su vida.

Si hiciera un esquema de la biografía de ellos, por ser cita enumerativa de hechos, sin el vigor humano que realmente tienen, cansaría a tan bondadoso público de manera desconsiderada.

Sólo la lista escueta de cien obras de Voltaire y alguna de Montesquieu, en forma de catálogo, agotaría el tiempo y a ustedes.

Y, sinceramente, no quiero fatigarlos, por ustedes y por mí. No quiero insistir en las preocupaciones que he tenido, aparte las ya citadas, antes de elaborar el plan que he creído adecuado para despertar polémicas y pasar agradablemente este corto tiempo sin sacrificar la finalidad de cultura popular que da matiz a esta Universidad del Aire.

Si estiman adecuadas las razones antedichas, comprenderán por qué voy a reducir esta conferencia al enfoque exclusivo del aspecto más discutible de las ideas volterianas: su religiosidad.

Estableceré la tesis siguiente: Este gran pensador no tenía ni sombra de ideas antirreligiosas.

Está tan difundida la especie que siento el temor, en tan breves minutos, de no poder arrancar de la mente de ustedes el

tan arraigado infundio del ideal antirreligioso de Voltaire, nacido Francois Marie Arouet.

Imaginen por un momento que un desconocido tiene la gentileza de sustituirme en la penosa labor que mi indiscreción y la delicadeza del doctor Mañach me han impuesto en este instante y dice al preocupadísimo y paciente auditorio de este programa: “No me dirijo a los hombres. Me dirijo a Ti, Dios de todos los seres, de todos los mundos, de todos los tiempos; si es permitido a débiles criaturas, perdidas en la inmensidad e imperceptibles para el resto del Universo atreverse a pedirte algo, a Ti, que todo lo has dado, a Ti, cuyos decretos son inmutables y eternos...”

Y sigue el invisible locutor que vino en mi ayuda tan oportunamente:

“Si los azotes de la guerra son inevitables, no nos aborrezcamos, no nos destruimos unos a otros en tiempo de paz, y empleemos el instante de nuestra existencia en bendecir en mil lenguas diversas, desde Siam a California, tu bondad que nos concedió ese instante.”

Acaban de oír, amables oyentes, un fragmento de “Oración a Dios” que en “Tratado de la Tolerancia” escribió el antirreligioso Voltaire.

Aunque para muestra basta un botón, vamos a insistir. En el Capítulo XVI de “Examen Importante” en “Escritos de Crítica Religiosa” (segunda serie) dice al final: “La religión ha de ser clara, sencilla, universal, al alcance de todas las inteligencias, porque ha de conmover todos los corazones...”

Y más adelante en el Capítulo XXXIV, “Queremos un culto puro, como queremos una religión sencilla e inteligente, menos indigna de Dios y más adecuada a nuestros gustos, en una palabra, queremos servir a Dios y a los hombres”.

Digámoslo de una vez: hay entre la razón y la revelación para Voltaire como para el filósofo Locke, un enlace tal que prescindir de la razón para sustituirla totalmente por la revelación es como cerrar los ojos para poder percibir la luz remota de una estrella a través del telescopio, usando el mismo símil del filósofo.

Ahora bien, ¿es esto antirreligioso? Si se contesta afirmando equivale a decir: todo individuo que no pertenezca a mi secta, no

es religioso, lo cual es inaceptable puesto que religioso es el que toma una religión, cualquiera que ésta sea.

Teniendo esto en cuenta, afirmo: Voltaire era religioso. Era teísta, no era ateo.

Al final del Capítulo II de "Dios y los Hombres", dice: "Aunque alardeo de tolerante, más pronto me inclinaría a castigar al hombre que se atreviera a decirnos: No existe Dios..."

Y continúa: "es indudable que este hombre sería más pernicioso que el Padre Malagrida, (complicado en el atentado de Aveiro) de quien se cuenta que persuadió a toda una familia de que no era, ni aún pecado venial, asesinar alevosamente a un rey portugués".

Creo que esto demuestra perfectamente el aserto anterior de su falta de ateísmo.

Veamos el reverso de la medalla. Voltaire combate las religiones. Esta afirmación parece más difícil de negar.

¿Combate realmente las religiones? Yo diría que no. Por lo que lucha es por depurar la religión de fanatismos y de dogmas absurdos que siembran la intolerancia en el hombre regando desdichas sin cuento e injusticias como el caso Calás y la Matanza de San Bartolomé que llenan su alma noble de profunda indignación.

Razones de la sinrazón que le hacen decir de los Padres de la Iglesia: "De buen sentido, anda Clemente de Alejandría como todos sus colegas. Según él, hizo Dios el mundo en seis días y descansó el séptimo, porque hay siete estrellas errantes; porque la Osa Menor está formada por siete estrellas; porque hay siete ángeles principales; porque la Luna cambia cada siete días; porque el séptimo día es crítico en todas las enfermedades".

"Y ahora nos vemos obligados a reverenciar a estos oscuros pedantes". "Examen Importante". (Cap. XIV).

Estas salidas irracionales suenan a los delicados oídos de Voltaire como terribles blasfemias que chocan contra su puro y elevado sentido de la divinidad.

En tanto se indigna ante el versículo de la Biblia incluido en el Deuteronomio, Cap. VII, que dice como orden de Jehová: "Matadlos a todos, no tengáis ninguna compasión con ellos, alaba

la orden de Abubeker, el segundo califa, de parte de Alá: “No mates ancianos, mujeres, niños ni animales; no cortes ningún árbol”.

Después de señalar, como único gesto de violencia de Jesús, los latigazos con que arroja a los mercaderes de la Sinagoga, hace una estadística conservadora de los muertos por luchas del cristianismo y dice: “Como se ve, el balance no da más que nueve millones cuatrocientos sesenta y ocho mil ochocientas personas decapitadas, o ahogadas, o quemadas, o ahorcadas, o descuartizadas por el amor de Dios”. Y se pregunta: la intolerancia ha sido enseñada por Jesucristo. A lo cual responde: “Si queréis pareceros a Jesucristo, sed mártires y no verdugos”.

Y es más grande Voltaire cuando acude a los Padres de la Iglesia para reforzar su lucha por la tolerancia: “Nada es más contrario a la religión que la violencia”. (San Justino, mártir, libro 5º). “Es una impiedad quitar a los hombres, en materia de religión, la libertad de elegir una divinidad; ningún Dios querría un servicio forzado”. (Apologética, Cap. XXIV).

Tengo, pues, la impresión, quizá equivocada, de que la idea generalmente difundida de que Voltaire escribe contra la religión, ha sido mantenida por individuos falsamente religiosos, es decir, por aquellos sicofantas de la religión que viven de ella y no para ella y que ven descubierto su juego y en peligro su *modus vivendi*; por los fariseos y mercantilistas que, por mantener su influencia política, económica y social, no han titubeado en desatar guerras o en quemar vivos en nombre de Dios a los que no se dejaban subyugar por ellos. Estos llaman a Voltaire antirreligioso, olvidando el templo que a Dios erigió en su finca: *Deo erexit Voltaire*; como llamarían antirreligiosos a Epitecto o a Marco Aurelio en cuya moral pura, con espíritu clásico, innegable en su obra, y con afán sublime de justicia, bebe el Insaciable, el Iluminado, el Hombre Justo que fué Francois Marie Arouet.

Los que vilmente, sin argumentos, con insultos sólo, intentaron enfangar su nombre o hicieron desaparecer sus cenizas y los que se dejan llevar por la corriente de una propaganda vesánica, no han leído su obra y harían muy bien en comenzar desde ahora

por “Tratado de la Tolerancia” que tanta falta está haciendo en la época actual.

¿No ha leído “El Ingenuo”? En él tiene el retrato que yo he dejado de hacer, bien a pesar mío, de este hombre que llenó el siglo XVIII, ya de regreso de su ingenuidad y maduro su pensamiento. Tan universal y humano que parece escrito para este siglo XX que padecemos.

“Cándido”, con su desenlace inclusive, que es Ferney, y su Dorado, que es Inglaterra, tiene un profundo sentido biográfico en el cual destaca el trabajador infatigable, el hombre justo y el filósofo que busca la verdad y cuando no la encuentra lo confiesa paladinamente, sin fabricar ídolos para calmar su ansiedad.

En el “Diccionario Filosófico”, señala; “Ignoro como fuí hecho y como nací...” “Cuando quise caminar por la carretera infinita, no pude encontrar ni un solo sendero, ni descubrir bien ningún objeto, y en el salto que di para contemplar la eternidad, caí en el abismo de mi ignorancia”.

Por el contrario, cuando algo se presenta como idea clara, como conocimiento posible, logra expresarlo, por complejo que sea, “despejando las nubes y todo lo que se interpone entre la realidad y el conocimiento” o como dice Maurras al releer “Cándido” cada año: “El camino está libre”.

Podríamos terminar con aquella frase de mujer: “Lo que no le perdono es haberme hecho comprender tan bien las cosas que no podrá comprender nunca”.

Dejamos con pena a Voltaire para pasar a:

## MONTESQUIEU

Siempre me he hecho la idea de que Voltaire fué un viejo joven lleno de ardoroso impulso de justicia y por el contrario Montesquieu se me ha presentado como un joven viejo cargado de aplomo y de serenidad.

He visto a este joven, Carlos de Secondat, barón de la Bréde y de Montesquieu, con los ojos de la imaginación, leyendo reflexivamente, con la pluma en la mano, con el “Espíritu de las Leyes” en su propio espíritu y, sólo en ocasiones, tomando, en las “Cartas



Persas", ligeras vacaciones de seriedad, de las que seguramente se arrepiente, como de chiquilladas impropias. Pienso que algunos rasgos juveniles y sensuales de esta obra reflejan más el gusto de la Regencia que el carácter de Montesquieu el cual se deja ya ver por la inclusión de lo serio en lo festivo.

Si alguien puede mostrar extrañeza cuando califico a Voltaire de clásico, nadie titubeará en aceptar el adjetivo unido a Montesquieu.

Clásico más apegado a lo latino que a lo griego, lo cual tiene clara justificación en su vida, dedicada desde joven a la magistratura. A los veintisiete años era presidente del Parlamento de Burdeos; pero, el filósofo no servía para picapleitos y el éxito de las "Cartas Persas" pudo muy bien ser un inconveniente para su carrera y un estímulo para su actividad literaria, de lo cual puede felicitarse la humanidad pues la siembra de ideas que fecundaría la Gran Revolución no se habría de otro modo producido.

Hay una observación que no quiero dejar de hacer: he mantenido que cada hombre ilustre de la Historia no es más que un resultado social, el símbolo de su época, el que acierta a dar forma a lo que está latente en el espíritu colectivo. Pues bien, si esto es cierto, quizá tiene una excepción: Montesquieu. Su entierro lo demuestra. La unidad proselitista que en 1788 se va a manifestar en el entierro de Buffón no se produce en 1755 en el de Montesquieu al cual sólo acudió, con escasas personas desconocidas, Diderot. Su obra también lo prueba. Comienza a separarse del espíritu de la época en "Cartas Persas" y acentúa su separación radical de la frivolidad en "Consideraciones sobre las causas de la grandeza y la decadencia de los Romanos" y en el "Espíritu de las Leyes".

Sus lecturas y la profunda reflexión filosófica que de ellas hace, le permiten contrastar la realidad, que no se le escapa, a través de un filtro que, sin deformarla, da matices nuevos que la modificarán profundamente, sin que él, apegado a lo clásico se sienta revolucionario; aunque, a veces parece, por el contrario, que se refugia en lo clásico para disimular lo revolucionario.

En el comentario que hace de la sentencia de Cicerón. "Omnes legum servi sumus ut liberi esse possimus" dice: "Sí; cuanto más

sometidos estamos a las leyes más libres somos; pero eso será cuando las leyes sean iguales para todos, cuando se apliquen a todos igualmente, lo que jamás se ha visto desde que existen leyes en el mundo. Sí; la sentencia ciceroniana es cierta cuando las leyes son justas; pero hay leyes que son trabas, que fundan privilegios, que amparan injusticias”.

Frente al absolutismo de la época ¿no encierra este comentario un profundo sentido revolucionario?

Como Voltaire, no logra desprenderse de una cierta tendencia metafísica aunque dando primacía a lo social, a lo moral y continúa aferrándose a ciertos aspectos religiosos, con marcada duda y titubeo por no haber encontrado aún en el mismo sentido de justicia y de bondad del hombre impulso suficiente para derivar hacia la perfección humana.

Es Montesquieu quien dice: “Aunque la inmortalidad del alma fuera un error, sentiría no creer en ella; confiero que no soy tan humilde como los ateos. Me satisface el creermé tan inmortal como Dios. Aparte de las ideas reveladas, las ideas metafísicas me dan la esperanza de una felicidad eterna a la que no quiero renunciar”.

Hay una prudencia, que informa toda su obra, un tinte conservador a pesar de los vislumbres de nuevas proyecciones, que se reflejan en la pretensión del personaje que mejor retrata a Montesquieu, Usbeck de las Cartas Persas y es esta contradicción, esta antinomia de conservador revolucionario que le impulsa a continuar siendo fiel a las leyes y a la religión de su país.

La prioridad que da a la razón sobre la revelación informa su filosofía de la Historia distinguiéndolo de Bossuet para el cual los hechos humanos dependen de Dios en tanto Montesquieu señala **causas** que determinan los hechos.

Así en las “Consideraciones” se lee: “No es el azar quien domina el mundo; que se les pregunte a los Romanos, que tuvieron una sucesión continua de prosperidades cuando se gobernaron siguiendo cierto plan y una serie no interrumpida de reveses cuando se condujeron según otro. Hay **causas** generales, ya morales, ya **físicas**, las cuales obran en cada monarquía, la elevan, la mantienen o la hunden; todos los accidentes se hallan sometidos a estas **causas**...”

“En una palabra, la corriente general arrastra consigo los particulares accidentes.”

Hay en la comparación que hace Sainte-Beuve entre Montesquieu y Maquiavelo, un sentido crítico tortuoso y poco justificado que me permito rectificar en este corto discurrir de hoy.

Dice Sainte-Beuve: “Con Maquiavelo siempre se anda cerca de la corrupción y la concupiscencia; Maquiavelo desconfía; Montesquieu no, Maquiavelo es quien ha dicho que siempre hay en los hombres una predisposición viciosa, más o menos oculta, esperando una ocasión de salir, y que para reprimirla son necesarias las leyes civiles armadas de la fuerza. Los hombres sólo hacen el bien cuando no lo pueden evitar”.

Y más adelante continúa: “Montesquieu concede demasiado al decoro de la naturaleza humana, a su dignidad. Este defecto de Montesquieu es honroso para él, sin duda, pero no deja de ser un defecto”.

Llamar defecto a la virtud máxima es supino error. ¿Qué consecuencias se han derivado de la confianza en la bondad humana y de la desconfianza en la misma?

Partiendo del Iluminismo llegamos a la Revolución Francesa, a la libertad, a la Democracia (que si no es más perfecta se debe a la intromisión de ideas ajenas al ideal revolucionario); la educación cívica y el alto valor que en algunas sociedades ha logrado la responsabilidad ciudadana, ¿no tienen su origen en esta confianza en el decoro y la responsabilidad del hombre?

La brutalidad de un pueblo no se manifiesta cuando está acostumbrado a vivir en libertad; su corrupción y concupiscencia, por el contrario, aparecen a la luz cuando acaba de salir de una tiranía, cuando logra su libertad, que no sabe emplear por falta de costumbre. El toro no embiste en la dehesa sino cuando sale del toril.

Las guerras, tragedias y calamidades que las doctrinas de Maquiavelo han provocado, y están provocando, con su exaltación del derecho del Estado sobre el derecho del Hombre; de todos ustedes son conocidas.

Retirar la confianza en el hombre podrá mantenernos alerta y salvarnos de un engaño, pero por cada engaño que evitemos

habremos matado en mil el deseo de ser veraces y dignos. Es muy caro este precio. Me parece preferible tropezar y hasta caer, a veces, en la marcha de la Humanidad hacia la Libertad, que mantener anquilosada por la fuerza, a la Sociedad, para evitar tropiezos.

Me quedo con el hombre bueno, que fué Montesquieu, y detesto al político intrigante que vivió en Maquiavelo. Quien siembra vientos recoge tempestades.

En el pensamiento de los hombres del Iluminismo está el firme cimiento que ha sustentado nuestra libertad. Con amor y respeto hemos de conservar su memoria y mirar como espíritus maquiavélicos a los que intentan mancharla.

Si hay deformaciones o cierta insuficiencia en su pensamiento de hace dos centurias; debemos progresivamente superarlos y exponernos, tan virilmente con ellos, a la persecución de las fuerzas negras retrógradas; para triunfar, con semilla valiosa que fructifique, como la de ellos, en los venideros siglos.

## BIBLIOGRAFIA

André Maurois, "Voltaire", Editorial Juventud Argentina, Buenos Aires.  
Voltaire, "Tratado de la Tolerancia". Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires.  
Voltaire, "Obras Selectas", Biblioteca Perojo, Madrid, 1878.

Luis Holand, "Cartas Escogidas de Voltaire", Garnier Hermanos, París.

Montesquieu, "Grandeza y Decadencia de los Romanos". Biblioteca Enciclopédica Popular, Vol. 145, Secretaría de Educación Pública, México.

Montesquieu, "Letters Persanes", Classiques Garnier, Carnier Prères, París.

Montesquieu, "El Espíritu de las Leyes". Ediciones Libertad, Buenos Aires.

## DISCUSION

**DR. ICHASO:** Vamos a darle a la doctora Zambrano la primera oportunidad de preguntarle al doctor de la Mata.

**DRA. ZAMBRANO:** Pues sí, quería preguntarle en obsequio de nuestros oyentes de esta tarde, si quiere decir alguna palabra sobre la relación entre Voltaire y Rousseau, porque he visto que no ha abordado esta cuestión.

**DR. DE LA MATA:** Una de las cosas que más me ha llamado la atención ha sido cierta pugna que aparece muy clara entre Voltaire y Rousseau. A mí me pareció siempre extraño que dos hombres que

significan tanto en el siglo XVIII como orientadores de nuevas ideas, no simpatizasen demasiado, y se nota en muchos aspectos de su propia vida. Yo he intentado dar una explicación a esto y con mucho gusto voy a dar a ustedes mi opinión, poco meditada quizás y poco valiosa, pero en fin de cuentas la mía. Creo sencillamente que hay una diferencia de matiz en Rousseau y en Voltaire, que estriba en esto: Voltaire fué más apegado a lo clásico; Rousseau es esencialmente un romántico; es quizás estas características del romanticismo de Rousseau y del clasicismo de Voltaire, son las que los hacen chocar, aparte de aquella ley física de que los polos del mismo nombre se repelen. Tal vez pueda ser eso de que no hay peor enemigo que el de la misma clase.

**DR. ICHASO:** ¿Alguna otra pregunta?

**DR. DOMINGO RAMOS:** Son tres preguntas. Las dos primeras: ¿Sería preferible antes de tratar con el gran público asuntos básicos de la cultura y de la civilización, como los estudiados por los dos franceses, Voltaire y Montesquieu, y el otro triunviro de los Derechos del Hombre, el suizo Rousseau, discutirlos en una Academia en sesión privada?

**DR. DE LA MATA:** La primera pregunta que ha hecho el doctor Ramos tiene una doble contestación: sí y no. Voy a aclarar ésta aparente contradicción. Me parece preferible siempre, antes de realizar una labor de propaganda, de difusión, de popularización de la cultura, hacer un esquema, una depuración, y por eso creo que sería en efecto preferible discutir previamente estas cuestiones en cónclave de selectos, pero veo en eso un peligro y el peligro es lo que me hace decir no. Muchas veces ha ocurrido que este tipo de esoterismo, de reserva, de tratar en privado ciertas cuestiones, va a darnos un concepto clasista, va a deformarlas de acuerdo con intereses y preocupaciones de pequeños grupos, que resultan peligrosas después, puesto que van a enfocar en una dirección preconcebida y muchas veces no filosófica o altruísta, sino con un sentido egoísta, estas cuestiones. Posiblemente una reunión para tratar sobre Voltaire en cónclave privado, donde individuos, verdaderos filósofos buscasen la verdad, daría un resultado magnífico, como orientación para la divulgación de estos conocimientos; pero reunidos un grupo de fanáticos o de intransigentes o de individuos que han llegado arriba por causas que no son propiamente su propio valor, sería muy peligroso.

**DR. RAMOS:** Se consigue lo deseado por el eminente profesor simplemente con que la selección, que ya él mismo lo dijo, un grupo selecto, incluya las condiciones que él exige. Segunda pregunta: ¿Sería conveniente cuando se señalan a los oprimidos sus derechos, señalar, discutir y exigir sus deberes a ellos, a los opresores todos?

**DR. DE LA MATA:** Realmente la exigencia de deberes lleva implícita la de los derechos; ahora, yo a los opresores no les establecería sus deberes; sencillamente los exterminaría. Me parece mucho más correcto.



**DR. RAMOS:** Si el doctor de la Mata, me permite tratarle con confianza le diré que él no podría ir a ese grupo de selectos, porque acaba de demostrar su parcialidad o su emoción.

**DR. DE LA MATA:** La realidad es que yo no me considero dentro de ese grupo de selectos, ni me he considerado nunca.

**DR. RAMOS:** Pero yo sí. De modo que simplemente lo que yo pretendo es que no pase, como ha pasado mucho en la Historia, que después los oprimidos se convierten en opresores y los opresores en oprimidos. Y la tercera pregunta es esta: Dicen que Voltaire describía al filósofo como un ciego que busca un gato negro en un cuarto oscuro donde no está el gato, y el religioso como otro ciego en iguales condiciones, que lo encontró. Pues yo trataba de creer que ese gato era Dios y por eso le digo a Voltaire lo siguiente: hoy que tus científicos han adelantado tanto, en lugar de hacer frases en que tú eres maestro, de una ironía tremenda, busca un oculista que cure a los dos ciegos con un trasplante de córnea y verán los ciegos, y entonces te consigues los mejores físicos, alumbras el cuarto y les demuestras que no está el gato. Ahora, yo, que soy admirador tuyo, te recomiendo que tengas mucho cuidado, no vaya a ser que el gato esté y te arañe.

**DR. DE LA MATA:** Yo creo que no hay gato encerrado.

**DR. ICHASO:** Señores, veo que hay muchas interrogaciones en el espacio. Propongo que después de las dos conferencias de esta tarde, nos quedemos aquí un rato y entonces le podremos preguntar lo mismo al doctor de la Mata que a la doctora Zambrano. Ahora vamos a continuar con la otra conferencia.



**María Zambrano**

## **El Sembrador Rousseau**

**E**L siglo XVII fué el de las matemáticas; razón y método; el XVIII concentrara su atención sobre la vida: la vida humana, y la vida en general, constituirán el horizonte de sus preocupaciones y lo que es más importante todavía, de sus entusiasmos. La vida será un descubrimiento, el objeto del conocer, pero antes que eso, será una fe. La fe en la razón —nacida de la duda— de que es portador el siglo XVII, será avasallada por una eclosión de fe en la vida. Y así, la sociedad y la naturaleza serán los dos polos, más bien los dos imanes que atraerán al conocimiento. Se constituirán como ciencias, la Biología, la Botánica, la Geología y en cuanto a la vida humana, la sociedad será el centro de interés. Pero no se constituirá rigurosamente una Ciencia, esa ciencia hoy llamada Sociología nacerá mucho más tarde en el pleno diez y nueve, hija del positivismo. No; la manera de abordar la cuestión de la sociedad será otra muy diferente, nada científica, pero sobre todo, vital.

Y la naturaleza, siguió un proceso análogo en el conocimiento. Si bien es cierto que la Biología es hija del XVIII, la “naturaleza” era algo más, que el objeto de una Ciencia o de un grupo de Ciencias; era una fe también, un amor, un entusiasmo. Y una nostalgia. Y es que las ciencias, no siguen un destino solitario; dependen de la fe, de las creencias del espíritu humano. El conocimiento, científico o no, viene a dar respuesta a las cuestiones que las necesidades vitales proponen, dentro del horizonte de la fe; es la fe —en general— la que descubre el horizonte; es la necesidad, quien descubre los problemas (y el conocimiento viene así a estar conducido insensiblemente por ellos). Ha de ser así

forzosamente puesto que el conocimiento es obra humana, no flota en la atmósfera; lo hacen los hombres.

Pero, aun surgió algo más en el siglo XVIII; el literato, el intelectual, el escritor en sentido moderno, con la función que desempeña o pretende desempeñar todavía hoy. El escritor hereda el puesto que tenía en el Renacimiento “el humanista” y en el XVII el filósofo o el matemático, también el teólogo. Para explicarnos este rápido viraje, no podemos olvidar que la centuria anterior estuvo atravesada por Guerras de Religión; que había esa inmensa fatiga tras del prolongado sufrimiento, ese deseo de olvidar y que adviene después de una larga tensión y también una esperanza que se volvía hacia lo humano, hacia lo solamente humano, creyendo encontrara en ello la paz y la posibilidad de vida que la preocupación por lo divino y lo celeste le había negado. En el XVII la atención estuvo dirigida hacia lo celeste no sólo en el sentido de lo divino, sino del cielo de la Astronomía, de las leyes impecables de la matemática. Fué el S. de la Mecánica celeste el XVIII, pesiguiera descubrir la Mecánica Social.

Y así nos encontramos en el XVIII con un tipo de escritor preocupado por las cuestiones sociales, por lo humano en general, sin más bagaje que una regular cultura, un hábito de meditación, y paradójicamente, una fe en la naturaleza. Este mismo hombre que en otra época hubiera tenido que someterse a una disciplina matemática o filosófica, ahora le basta con sentir, meditar y expresarse. Se trata de algo realmente nuevo.

Uno de estos tipos humanos representativos, quizá el más representativo es Juan Jacobo Rosseau. Nació en los albores del siglo: 1712 en Ginebra. Murió, perseguido y refugiado en casa de un noble amigo en Ermenoville en 1778.

Bien pronto se había dejado llevar por su vocación de la vida errante y libre. Encontró una mujer extraordinaria, de edad madura que educó su corazón y frenó sus instintos, y le hizo posible —lo que habría de repetirse a lo largo de su vida— vivir unos años de paz en medio de la naturaleza, gozar de ese ocio que el hombre necesita para meditar, para soñar también; le albergó maternalmente en ese instante sagrado del “delirio juvenil que

todo hombre necesita vivir en libertad al par que bajo vigilia vigiló pues, su delirio. Fué —más tarde 1741, Venecia, París, 1744; los filósofos— a París como no podía menos, y allí entró en relación con los hombres representativos como Diderot y el barón d'Holbach. Pero, aun no estaba decidida su vocación; le atraía especialmente la música, y en ella cosechó los primeros quebrantos de su vida —tan llena en el fondo de éxito.— y se sintió acometido de los primeros tormentos de esa especie de delirio de persecución. Presentado a Mme. de Pompadour como autor de una ópera, no encontró acogida y creyó después que Rameau le había plagiado su obra. Sufrió siempre de tormentos entre los hombres. Sus “Confesiones” son casi enteramente el relato de este suplicio que fué para él vivir la sociedad y la amistad, de las cuales, sin embargo no podía prescindir. Pues lo mismo que le hería le llevaba a buscarlas, según el mismo dirá.

Su obra de escritor se inicia como por azar, por un concurso de la Academia de Dijón cuyo tema era “si el restablecimiento de las Ciencias y de las Artes han contribuído a mejorar las costumbres” —1750—. Obtuvo el premio y se hizo célebre. Para un segundo concurso de la misma Academia escribió su más célebre todavía “Discurso sobre la Desigualdad de los Hombres” —1754—. Por los dos corre apasionadamente el mismo pensamiento: que la civilización es un mal y un propósito, diríamos, redentor: descubrir la naturaleza original del hombre.

El éxito extraordinario y la difusión de estos Discursos, nos avisan de que se trata más que de un pensamiento, de una actitud. Pues son las actitudes originales, las que poseen esa virtud de propagarse, de contagiar el entusiasmo. El puro pensamiento se propaga siempre de modo más lento. Cuando una Filosofía se propaga con tanta fuerza, es que se trata en realidad de un cambio habido en el alma humana, cambio originado a su vez en un fin. Rousseau presenta en sus primeros escritos la fe, a la que había de ser fiel a lo largo de su accidentada vida: la fe en la naturaleza y concretamente en la naturaleza del hombre en la bondad de su corazón. Y tal fe, lleva consigo una desesperación; desesperación de la ciencia, del conocimiento y sobre todo, de la vida civilizada. Las ciencias y las Artes de que tan orgulloso se muestra el hombre,



van en realidad contra el orden divino, “dice en el primero de sus dos Discursos con una expresión que recuerda a la de un asceta, o quizá más aun a ese, toda ciencia es vanidad” del Eclesiastés. Los males de la sociedad no son sino “el castigo de los esfuerzos orgullosos para salir de la feliz ignorancia en que la sabiduría eterna nos había colocado. El espeso velo con que ha cubierto todas sus operaciones parecía advertirnos sobradamente que no nos ha destinado a vanas investigaciones”. No es la primera vez que tal desesperación del saber, se ha mostrado en el Mundo; además de las actitudes religiosas ya señaladas, lo encontramos en el Cinismo surgido en Grecia. Diríase que a cada período de intensa investigación científica —con la fe en la razón que comporta— sucede una reacción que ve en ella el origen de todos los males.

Pero, a diferencia del cinismo antiguo, esta actitud de Rousseau comporta una fe apasionada que le hace partir en busca de algo desconocido, de lo más desconocido de todo: el **hombre**, la naturaleza humana en su originalidad. Es el famoso “estado de naturaleza” que bien pronto se convertiría en tópico. Es algo extraño, y no resulta fácil de captar en qué consiste este estado; pues de una parte no se trata de una situación de hecho; por el contrario dice: “Comencemos por apartar todos los hechos”. Mas, él hace todo lo posible porque su pensamiento no guarde rastro alguno de un Mito, tal como el de “La Edad de Oro” o como a sus ojos, era el Paraíso Perdido. No se trata —de una nostalgia inspirada por un relato sagrado o por un Mito poético— sino de una búsqueda racional de la verdadera naturaleza del hombre... Quizá el estado de naturaleza ha existido, pero su descripción no está fundada en documento alguno. El parte de la percepción del devenir histórico, del cambio que sufren las pasiones a través de la historia. La percepción le hace pensar que el hombre no ha sido siempre de la misma manera que como ahora lo vemos; la naturaleza humana no es pues el hombre, tal como ha llegado a ser, producto, por el contrario, de su historia. Y como Rousseau cree en la libertad, piensa que tales cambios históricos pudieron haber sido otros desde su origen. Es decir, que la salida del “estado de naturaleza” primario en que el hombre se relaciona tan sólo con las cosas constantes, permanentes —diríamos hoy movido por

**su necesidad**— se verificó, como por una especie de decisión, en combinación con determinadas circunstancias. La libertad y la necesidad pues, o más bien el ceder a esa necesidad convirtió al hombre de ser un ser **natural** en ser el hombre de una cierta **civilización**; es decir, lo arrojó al mundo del desorden y del mal. La historia sería así, un mal. Y toda la doctrina de Rousseau, en los años sucesivos, su doctrina política establecida en la más célebre de sus obras “El Contrato Social” y en sus obras pedagógicas el “Emilio” y la “Nueva Eloisa” tiende a encontrar de nuevo el estado de naturaleza que sería la anulación de la historia.

Si resumimos esquematizando un poco, el pensamiento de Rousseau tendremos los siguientes: 1: El hombre tiene una naturaleza original. 2: Esta naturaleza fué perdida por el doble concurso de la libertad y de las condiciones adversas que le arrojaron a la desgracia de la civilización. 3: que sería más bien un postulado: La Historia es un mal. 4: Es un mal evitable. Y la conclusión de todo, que es el origen, el motor de su pensamiento, es el encuentro, el redescubrimiento del estado de naturaleza original del hombre y su liberación de la historia. Veamos cómo:

Se trata pues de conservar aquella libertad que se tenía en el estado de naturaleza, dentro del estado social, pues parece ser que este **estado social** es irrenunciable para el mismo Rousseau. Entonces tenemos que hay que construir por decirlo así, un Estado social que conserve la esencia de libertad del estado de naturaleza. Este es el problema y eso sólo puede lograrlo la Ley. Una Ley inflexible, indiferente; una ley humana análoga a la ley natural, que no cede ante ningún caso particular, es más; que no considera siquiera lo particular. Es la **voluntad general**, dice Rousseau la que ha de engendrar y mantener esta ley. Esta voluntad general la define diciendo que “es en cada individuo un acto puro del entendimiento que razona, mientras las pasiones permanecen en silencio”. Y en cuanto a su relación con las voluntades particulares dice: “separad de las libertades individuales los excesos y los defectos que se destruyen mutuamente y hallaréis, como resultado, la voluntad general”. Y aun, arrebatado de entusiasmo, dice de ella en las “Instituciones Políticas”: “esta voz celestial que dicta a cada ciudadano los mandatos de la razón pública”.

El Contrato Social es el modo en que se realiza esta voluntad general único medio de restaurar el Estado de naturaleza en medio de la sociedad. La esencia del Contrato Social aparece en su única cláusula: **La enajenación total de cada asociado con todos sus derechos en pro de la comunidad.**

Con ello se nos aparece claro ya este raro camino seguido por Rousseau tan extraño en verdad y tan cargado de consecuencias: partiendo de la libertad se llega a la enajenación completa de la libertad de cada uno para que esa libertad subsista como una especie de segunda naturaleza. El estado de naturaleza restaurado sería pues, el Estado o si se prefiere: la Sociedad, la hegemonía absoluta de la Sociedad. Más tarde Hegel desde otro punto de partida y recorriendo un camino diferente nos ofrecerá la misma sorprendente doctrina: sin negar la libertad humana, antes afirmándola como esencia del hombre, exigir su total sometimiento a la libertad del Estado. En suma la libertad se traslada del individuo al Estado que ocupa el lugar de una naturaleza superior, de un medio humano, el único donde el hombre puede vivir y realizarse. El Estado es el medio donde se realiza la libertad.

No parece necesario insistir ni tan siquiera sugerir la decisiva importancia de este pensamiento de Rousseau, verdadera doctrina moral, pedagógica, política y aun religiosa, pues comporta una Religión o un modo de entender la Religión.

Este modo de entender la Religión la expresará Rousseau en todo cuanto escribe, pero más concretamente en la "Profesión de fe de un Vicario Saboyano". Y aquí entramos ya en otro clima, el clima de ese libro extraordinario que se llama "Las Confesiones", uno de los más leído en todo momento y que cuando apareció tuvo la virtud de atraer la atención, de apasionar a las personas de más diferente condición y modo de pensar; cosa que sucedió en grado sumo con Julia y la "Nueva Eloisa". Rousseau ha sido el escritor que consiguió con la magia de su palabra escrita dos sucesos increíbles, cada uno por separado y más aun, los dos en su conjunto: que el filósofo Manuel Kant olvidara de dar su diario paseo que servía para regular el reloj de los ciudadanos de Koenigsberg y que una dama de la alta sociedad francesa, mantuviera a la puerta de su Hotel toda la noche la carroza en espera

de recogerla para asistir a uno de los bailes más brillantes de la corte. Y ya el conseguir estas dos cosas, es decir, el mismo efecto en sujetos tan alejados y en circunstancias tan diferentes nos avisa de que más que las ideas formuladas en su prosa debía de ser algo, algo que llega más directamente al corazón. Y en efecto así es, pues se trata nada menos que del corazón mismo. Se trata más que de verdades, de promesas, de esperanzas o de nostalgias que es lo que el corazón entiende. Se trata de la fe en la bondad original del corazón y del desengaño de la razón, también de un ritmo, de una expresión poética, de una genial literatura en suma, de una fascinadora poesía. Y no lo olvidemos; siempre que una doctrina fascine a un número extenso y de diferente calidad de hombres, estamos en presencia de algo religioso y poético a la par, estamos en presencia de una de esas “Razones del corazón” que diría Pascal, que la razón al fin se decide a aceptar o a intentar esclarecer.

Rousseau tenía, no sólo una Religión recóndita sino manifiesta. Es la llamada Religión Natural, nada nueva por cierto. Su primer origen se podría encontrar en los estoicos y más inmediatamente en los Enciclopedistas con los cuales tanto tenía en común y tanto de diferente. La Religión Natural es uno de los productos más típicos del siglo XVII; su dogma central es la ausencia de dogma; y en su lugar de Dios, de un Dios razón y naturaleza a la par; el “Deus sive natura” de Spinoza que los Enciclopedistas y algunos otros filósofos pusieron al alcance de todos. Mas en Rousseau encontramos algo diferente, original; es la apelación no al entendimiento sino al corazón, como criterio último de evidencia. En lugar de la fe establece la existencia de una razón iluminada que sólo actúa con los corazones sinceros. Y así tenemos esta regla dada por ese especie de Profeta de la Religión Natural que es el Vicario de Saboya: “admitir como evidentes aquellas proposiciones a las que mi corazón no pudiera evitar el consentimiento”. Es una nueva evidencia bien distinta de la cartesiana. Es lo que se impone al corazón, no a la conciencia. Inevitablemente recuerda a San Agustín, “ese inquieto estará mi corazón hasta que descanse en Ti”; es él la manifestación del hambre infinita y del hambre de infinito que el corazón padece. En esto, cristiano y ya

romántico, profundamente romántico, Rousseau muestra la continuidad de la tradición, de la cultura de Occidente, aquella que ve en el hombre el receptáculo la sede de una infinita verdad.

Nada extraño aparece ahora que Rousseau hubiera de hacer sus Confesiones. Pues todas las confesiones provienen de la necesidad que el corazón humano de mostrarse, de salir de su secreto, de hacerse visible y transparente. Y también de ofrecerse. San Agustín escribió las suyas llevado de esta necesidad de manifestar su amor. Rousseau lo hace guiado quizá por la misma humana necesidad, mas con una diferencia que señala algo muy peculiar del hombre moderno. San Agustín busca la verdad, la verdad objetiva interiorizada; Rousseau, busca la sinceridad. San Agustín ofrece su corazón a Dios y al hacerlo siente la fraternidad con todos los hombres. Rousseau ofrece su corazón a los hombres de las generaciones venideras, asfixiado por la soledad en que había quedado, por ese hermetismo que a partir de entonces iría creciendo ahondándose, ensanchándose en el mundo occidental. Es toda una "revelación" del hombre moderno, que creará haber hallado todo, cuando logra ser sincero, que desbordando quizá de amor a los demás, de ansia de convivir está encerrado en la soledad. Y aun encontramos una especie de profecía de la tortura más típica del hombre actual: la manía de persecución, desgraciadamente coincidente con un estado social, donde el hombre ha vuelto a ser perseguido por el hombre como jamás lo fuera. Por encima de todo, más allá de su pensamiento fué Rousseau, un escritor, una conciencia lúcida; actor y víctima a la vez de la época en cuyo umbral vivió y murió. Un testigo, es decir, un mártir de la conciencia en la coyuntura más peligrosa de este drama de la cultura de Occidente.

## DISCUSION

DR. ICHASO: Ahora vamos a ver como pregunta desde aquí el doctor de la Mata.

DR. DE LA MATA: Unos tienen la fama y otros cargan la lana, dice el adagio. Indiscutiblemente sugiere muchas preguntas la conferencia de la doctora Zambrano, tan interesante como siempre, sin embargo, no



quiero abusar como procuro hacer, aunque no siempre lo logre. La pregunta que me parece más importante desde el punto de vista de mi propia profesión es ésta: ¿Qué vigencia estima usted que tienen las normas educativas del “Emilio” en el momento actual, es decir, la forma pedagógica derivada de las ideas de Rousseau qué valor tiene en la actualidad.

**DRA. ZAMBRANO:** Bueno, como el doctor de la Mata sabe en la pedagogía de Rousseau se concentra en algo muy simple: no estorbar, o mejor dicho, apartar los obstáculos para el desenvolvimiento de la naturaleza del niño, puesto que parte de la bondad originaria del corazón, de la idea de que la naturaleza espontáneamente hace las cosas mucho mejor que la educación. En ese sentido yo no diría que está vigente, sino que está sobrepasada, desgraciadamente sobrepasada. Esto nos llevaría muy lejos; creo que el punto de Rousseau, fué un punto de un cierto equilibrio difícil de guardar y que hoy día ese equilibrio está roto. Se ha ido a mi juicio, demasiado lejos, porque hoy hay doctrinas pedagógicas que entienden que hay que dejar a la naturaleza actuar libremente; pero no crean, como Rousseau, que la naturaleza sea el corazón, sino otras cosas. No puedo extenderme más.

**DR. DE LA MATA.**—Muchas gracias. Y yo recuerdo que recién establecida la República española, uno de los hombres más representativos dijo en cierta conferencia, a la cual fué invitado por la Federación Universitaria de Valladolid; la República española tiene una característica y es la de hacer una revolución a base de respetar el alma del niño. Creo que esto encarnaba la posición pedagógica de Rousseau y que fué de una altura, de una elevación moral tan grande, que quizás los que no supieron comprenderla la han asesinado en muchos aspectos. Muchas gracias.

**DR. ICHASO:** Dra. Zambrano, usted ha hablado mucho del estado de naturaleza, que es el “leit motiv” de la obra de Rousseau. Ahora bien, usted sabe que una interpretación exagerada de esa frase de Rousseau ha conducido a ciertas aberraciones que tal vez convendría aclarar. El mismo Voltaire, como usted sabe, dijo en la “Nueva Eloísa” que toda la obra de Rousseau era una especie de invitación a andar en cuatro patas. Naturalmente que aquélla era una frase humorística que no puede encerrar una crítica para Rousseau; sin embargo, ¿no distinguía Rousseau entre el estado natural de salvajismo y el estado natural civil?

**DRA. ZAMBRANO:** Claro, él procuraba hacerlo evidente diciendo que él mismo acepta el estado social y que para él el problema es recuperar en el estado social el bien inapreciable que había en el estado natural, que es la libertad; pero paradójicamente hay que perderla en ese sentido inmediato que el vulgo cree que es la libertad, hay que renunciar a la libertad inmediata para tener la libertad profunda.

**DR. ICHASO:** ¿Alguna otra pregunta del público?

**SR. FRANK DUMOIS:** Doctora, yo le agradecería que usted ampliara un poco más en cuanto a la idea de libertad política en Rousseau, teorías que han sido tan negadas por las dictaduras que azotan a España y a la América Latina.

**DRA. ZAMBRANO:** Bueno, la relación entre los hechos de la política al uso y un pensador, y las ideas de un pensador político, nunca se puede establecer claramente. Rousseau niega en cierto modo esa libertad; pero es que la niega para afirmarla, es decir, él quiere, propone que el Estado sea el garantizador supremo de esa libertad para que esa libertad sea de todos, no de unos pocos, para que esa libertad sea el ejercicio de la naturaleza humana y no el avasallamiento de las pasiones. Se trata de salvar al hombre de las pasiones elementales y de conducirlo a un estado de naturaleza que en realidad se asemejaría mucho a ese estado de gracia de que hablan los teólogos. El mismo dice que el estado de naturaleza es la naturaleza iluminada por el conocimiento; no he visto nada más próximo a la definición del estado de gracia; por tanto, entre esa negación de la libertad de Rousseau y la negación de que hacen uso y abuso las dictaduras, yo no veo que haya relación.

**DR. ICHASO:** ¿Alguna otra pregunta?

**SR. REYNOSO:** Escuché durante su conferencia que decía que la historia es un mal casi inevitable, ¿no cree usted que más es una lección preventiva que un mal?

**DRA. ZAMBRANO:** Bueno, la historia es un mal, lo dice Rousseau, no lo digo yo. Yo tenía que exponer el pensamiento de Rousseau. El cree que es un mal evitable. En ese sentido, coincidirán más tarde con él doctrinas que están en la mente de todos, como el Marxismo por ejemplo y el Anarquismo, que también quieren salvar al hombre de la historia. Ahora, lo más curioso que yo propongo como meditación a los oyentes es que se considerara la historia como un mal y la necesidad de salvarse de la historia, está ya propuesta en "La Ciudad de Dios" de San Agustín.

**DR. BEGUEZ CESAR:** Usted cuando comienza su conferencia, nos establece una diferencia específica entre la Filosofía del siglo XVII y la Filosofía del siglo XVIII. Yo quisiera que usted me hiciera el favor de decir de una manera categórica las cualidades específicas de la Filosofía francesa del siglo XVIII primeramente. Segunda, que me establezca una diferencia entre el amor propio y el amor de sí mismo que Rousseau establece en tres obras: en el Discurso sobre la Desigualdad, en el "Emilio" y en su obra Rousseau como Juez de Juan Jacobo. Y luego una diferencia específica entre la educación positiva y la educación negativa... en una célebre carta que él envía a Beaumont en donde él la llama

extra sublime defensa del "Emilio". Y que por último nos hable usted sobre la famosa tesis de la llamada Constitución Confederada que, antes de la Revolución francesa habló Harrington sobre ella, y que usted omite en su conferencia.

**DRA. ZAMBRANO:** Señor, yo siento mucho no poder contestar a las preguntas que usted me formula, porque para ello necesitaría el que la Universidad del Aire me concediese por lo menos media hora. He tratado de señalar los puntos esenciales para que cada cual piense sobre Rousseau, de dar lo esencial de Rousseau, empezando por enmarcarlo en el siglo XVIII, cuyas características creo que he dado de un modo bastante preciso, es la preocupación por la vida y dentro de la vida por la vida humana y dentro de la vida humana por la sociedad. En cuanto a esas últimas precisiones acerca del pensamiento de Rousseau, si yo entro en ellas, tengo que pedir media hora más. Lo lamento mucho.

**DR. ICHASO:** No queda tiempo más que para una sola pregunta si es muy breve.

**DR. DOMINGO RAMOS:** Si Rousseau hubiera escrito y pensado hoy, cuando dijo con mucha razón que aspiraba y tuvo una visión colosal a un hombre total, liberado y pleno, hoy podría serlo, por la ciencia. Cuando los filósofos quieran aceptar en lugar del animal y el hombre, los animales y los hombres.

**DRA. ZAMBRANO:** Perdone, no he entendido la pregunta, ¿quiere formulármela otra vez?

**DR. ICHASO:** Es que más que pregunta es una especie de comentario.

**DR. RAMOS:** No, no. Yo le hago pregunta si quiere. ¿Cree la doctora Zambrano que si Rousseau hubiera escrito hoy y pensado hoy, hubiera considerado no al hombre sino a los hombres?

**DRA. ZAMBRANO:** Bueno, cuando él habla de "el hombre", es de "el hombre" en general; es decir de aquello común que todos los hombres tienen, es decir del género humano. Claro que hay diversidad, pero él quiere construir su teoría, como toda teoría ha de construirse sobre lo común que tienen todos los hombres, sobre la condición humana.

**DR. RAMOS:** Bueno, ahí es donde diferimos, y yo insisto en lo dicho por nuestro director doctor Ichaso, que, habló en igual sentido en lo que se refiere a la civilización, al hombre civilizado y al hombre primitivo. Voy un poco más allá...

**DRA. ZAMBRANO:** Son dos situaciones, no dos hombres distintos, sino dos situaciones de la vida humana diferentes, como en la historia.

**DR. RAMOS:** Muchísimas gracias, doctora Zambrano. Me ha aclarado usted mi asunto, no hay dos situaciones, hay varios hombres distintos.

**DR. ICHASO:** Nuestro tiempo ha terminado. Muchas gracias, doctora Zambrano.



Marcelo Salinas

## Apuntes sobre la “Revolución Francesa”

EN las causas mediatas e inmediatas que produjeron la Revolución Francesa, conocida históricamente como “La Gran Revolución”, es preciso reconocer, igual que reconocemos en todo gran movimiento de la opinión y el esfuerzo humanos, la presencia del factor económico y del factor ideológico. Así hemos de irlo comprobando, tanto al echar una ojeada a los prolegómenos que anuncian el formidable estallido cuanto en el repaso más o menos ajustado a reglas cronológicas, de los episodios que se van encadenando a través del período turbulento y magnífico comprendido desde la reunión de los Estados Generales hasta la caída de Robespierre en el Thermidor; golpe que precipita el alud de las fuerzas reaccionarias para llegar, pasando por los breves interregnos del Directorio y el Consulado, al fenómeno militarista y neoaristocrático del Primer Imperio.

Al ascender al trono Luis XVI, la nación francesa se hallaba sólidamente unificada. Sus clases sociales estaban definidas: alrededor del trono, formando la casta que gozaba los mayores privilegios: la nobleza, integrada por los descendientes de aquellos señores semibárbaros y perpetuamente levantiscos, a quienes atrajo hacia sí el Rey Sol, domesticándolos en el papel de cortesanos; inmediatamente después: el alto clero, usufructuario de grandes gajes; más abajo en el rango y las consideraciones: la burguesía rica, de cuyo seno salía en mayor número la gente de curia (abogados, magistrados, etc.); más abajo aún: el proletariado de las

ciudades, donde se comprendían los artesanos independientes y los obreros de las industrias, entonces en la fase primera del progreso mecánico y, por último, sujetos a las peores condiciones de vida, los más numerosos: los campesinos, afligidos por el peso de feudos y gabelas que les mantenían en estado de total miseria.

Todas las partes componentes de esa gran pirámide, se hallaban más o menos empapadas de la corriente de ideas proveniente de las doctrinas enciclopedistas; pero cada una de ellas las interpretaba de manera distinta: eran para las demás y señores de la nobleza, motivo de frívolas disquisiciones en los salones de moda; para los integrantes de la burguesía, prenda de su derecho a dirigir la cosa pública por razón de su mayor preparación y mejor moral; para los artesanos y obreros de las ciudades difusa promesa de mejoramiento político, y para las masas campesinas, a las que todo aquello llegaba vagamente, abonando viejos ensueños liberadores y prestando fuerza a oscuros anhelos igualitarios de raíz religiosa, ocasión de negar el derecho de los amos...

De esas diferentes actitudes derivábanse consecuencias trascendentales: las altas esferas monárquicas, seguras de que todas aquellas doctrinas no pasarían nunca de curiosas especulaciones sin verdadero sentido renovador para las masas, ni presentían su alcance ni sospechaban los peligros a que se verían expuestas; la burguesía esperaba contener los cambios previstos dentro de un límite propicio a su expansión y dominio; los obreros urbanos aspiraban a mejoras mayormente de tipo político y los esquilmados campesinos veían acercarse la hora de su venganza.

Las circunstancias de causa y efecto se mezclaban, haciendo más amenazador el cuadro a cada instante: a la falta de toda medida en los dispendios de la Corte y los que la rodeaban, correspondían los abusos de los recaudadores y la rebelión de los labriegos contra el sistema que los aniquilaba. "Desde 1788 se sucedían los motines sin interrupción, entre los campesinos".

"Bajo el nombre de "Jacques", dice un autor, se constituían grupos secretos en las aldeas, sea para incendiar la granja del señor, sea para inutilizar la cosecha o su casa, sea para ejecutarlo..."

“Y el aldeano ya no pagaba, sin necesidad de excitaciones ni amenazas, contento de haber encontrado un pretexto para no pagar. Sentía que una fuerza oculta lo sostenía...”

De aldea en aldea, corrían las consignas (“¡Pan! ¡No más tasas ni censos! ¡Abajo el acaparador!”) ganando la voluntad de sus habitantes. Y se quemaban las barreras, se apaleaba a los empleados, mientras las ciudades, faltas de dinero, se rebelaban a su vez contra el poder central que no se cansaba de pedir.

Luis XVI, bien intencionado pero débil e irresoluto, trató durante algún tiempo de remediar esos males, poniendo orden en la hacienda y reduciendo los gastos de la Reina y sus aduladores. Nombró ministro a Turgot, hombre capaz y honrado, que tomó en seguida medidas para reprimir los abusos; pero pronto las intrigas palaciegas y de los salones, dominaron el flojo carácter real, haciéndole reemplazar a Turgot por Calonne y otros parecidos, atentos sólo a satisfacer los caprichos y exigencias de María Antonieta y sus favoritos.

Hasta que los problemas financieros se agravaron, haciendo preciso llamar a un hombre honrado e inteligente: el protestante Necker.

Necker supo alcanzar grandes éxitos; pero se ganó el odio de los nobles por haberles suprimido muchas de las ventajas económicas que gozaban, y éstos consiguieron que presentara la renuncia y hasta que, en el año 1787, el Rey lo desterrara de París.

Llamado nuevamente Necker y no viendo posibilidad alguna fuera de apelar a las energías todas de la nación, sugirió al Rey la convocación de los “Estados Generales”, que se reunieron el 5 de mayo de 1789, en Versalles.

### Los Estados Generales

Los representantes de los Estados Generales, fueron elegidos por el voto indirecto de todos los franceses mayores de veinticinco años; pero desde antes de la elección se suscitó entre los diferentes órdenes viva controversia respecto a la calidad y el derecho del voto: los nobles y el alto clero pedían se votara por órdenes, el Tercer Estado que se adoptara el voto por cabeza. El Rey quería



la forma duple: voto por cabeza en lo que tocaba al impuesto a los señores, voto colectivo en las demás cuestiones. Prevaleció el voto por cabeza, siendo ésta la primera derrota de los nobles, el alto clero y el Rey.

Irritados por su revés inicial, los dos órdenes se retiraron del salón de deliberaciones, pretendiendo hacer fracasar la Asamblea. Los representantes del Tercer Orden, asistidos por algunos nobles y algunos diputados del alto clero y comprobando que ellos constituían el noventa y seis por ciento de los reunidos, determinaron dar por inauguradas las sesiones.

Estas se iniciaron el 17 de junio. Luis XVI, pretextando los preparativos de una sesión real, hizo cerrar la sala. Los asambleístas comprendieron el propósito y fueron a reunirse a la sala del Juego de Pelota. Estando allí reunidos les llegó la orden real de disolverse; pero el ex cura Baylly, subiendo a una mesa, leyó el juramento que todos los reunidos aprobaron entusiasmados, de "No separarse, reunirse donde las circunstancias lo exigiesen hasta que la constitución del reino quedara establecida y afirmara sobre sólidos cimientos..."

El Rey, viendo fracasado su intento, ordenó la fusión de los tres órdenes. Así, los Estados Generales quedaron transformados en Asamblea Constituyente, el 9 de julio de 1789.

### **La toma de la Bastilla. Los Derechos del Hombre**

La Reina, alma de todos los complots contra el pueblo, no podía tolerar lo que consideraba grave desacato a la majestad real e hizo venir de provincias varios regimientos mandados por un realista furibundo, haciéndolos desfilar por las calles en actitud amenazadora.

Esa demostración sublevó a los parisienses: reunidos en los barrios populares miles de hombres y mujeres armados de palos, picas y algún que otro fusil, se dirigieron en tumulto a La Bastilla, donde permanecían encerrados los presos políticos y, tras un combate cruento, tomaron e incendiaron la temible fortaleza; proclamando en seguida la Comuna de París, a cuyo frente se puso Bailly, y organizando la Guardia Nacional, mandada por Lafayette.

Tales hechos ocurrían el 14 de julio. El 4 de agosto, en una sesión célebre donde se vió a algunos nobles y altos jerarcas de la Iglesia hacer pública renuncia de sus privilegios, la Asamblea abolió los derechos feudales y el Diezmo, proclamando los "Derechos del Hombre y del Ciudadano".

Después de haber establecido la libertad de conciencia, el juicio por jurados y la justicia gratuita, la libertad de palabra y de imprenta y de haber abolido el sistema de impuestos forzosos, la Constituyente dió paso a la Asamblea Legislativa.

### **La Asamblea Legislativa**

Compuesto este cuerpo, en su casi totalidad, por hombres jóvenes, se dirigía al régimen republicano; pero sin las deslealtades de Luis XVI, los manejos conspirativos de María Antonieta y el empuje de las masas en perenne insurrección, no hubiera traspasado los límites del constitucionalismo.

Por esas deslealtades y secretas connivencias, el rey de Prusia y el emperador de Alemania declararon la guerra a Francia, sincronizando tales declaraciones con la fuga de la familia real, dispuesta a pasar la frontera e invadir el país a la cabeza de los ejércitos extranjeros y los nobles emigrados.

Fracasado el intento de fuga y puesto el Rey bajo la vigilancia de la Asamblea, su proceder prestó mayor fuerza al elemento antimonárquico, y tras el triunfo popular alcanzado en la jornada sangrienta del 10 de agosto, la Asamblea votó la suspensión de la Monarquía.

Realizado ese hecho, primer paso en la ruta incendiada que llevaría a la total abolición de la realeza, la Constituyente se disolvió, cediendo su puesto a la Convención, que hubo de reunirse, por primera vez, el 21 de septiembre de 1792.

### **La Convención. El Terror**

Uno de los primeros acuerdos de la Convención fué proclamar la República, declarar la guerra a todos los tronos europeos y decretar el procesamiento del Rey y la Reina, de quienes se compro-

baba plenamente la contumacia en la traición, al descubrirse los papeles del famoso Armario de Hierro.

Llega el año espantoso, el 93, durante el cual alcanzó el movimiento revolucionario su climax, anunciando su fatal declinación.

Los partidos, las facciones, los individuos, chocan y se destrozan entre sí; las multitudes hambrientas se enardecen hoy para caer mañana en el desaliento; nombres poco menos que ignorados la víspera, se hacen inmortales... Y de ese Maelstrom monstruoso salen para la humanidad, conquistas científicas inmarcesibles, medidas políticas y económicas, por cuya implantación empeñarán dura brega los demás pueblos del mundo.

La Convención nos legó la libertad del trabajo, el sufragio universal secreto, el sistema métrico decimal, la instrucción pública gratuita y obligatoria, la abolición de la esclavitud y el trato negrero, el impulso magnífico en la vasta aplicación de las ciencias a la industria...

Ni un solo momento cesan las maquinaciones de la Corte y los nobles emigrados contra la Convención: traen tropas extrañas a la frontera, desatan la guerra civil, emplean el puñal contra los más ardientes revolucionarios, se valen del oro para corromper a los codiciosos...

El 93 presencia la locura del odio, la rabia y el miedo: caen bajo el filo de la guillotina los Girondinos, cuyos votos decidieran la suerte del Rey; cae, siguiendo sin mucha demora a su esposo, María Antonieta; caen muchos más y en todas las ciudades francesas... Un hombre frío e implacable, obsedido por el peor de los fanatismos (el fanatismo de la honradez y la purificación), Robespierre, llega a tener en sus manos todo el poder.

Bajo su mirada impasible van siendo sacrificados, por mandato suyo, llegado el año 1794, que se estrena con sangre, los mismos que ayer fueron factores del trágico drama, los que ayer colaboraron con el siniestro dictador.

La "Viuda" trabajaba sin cesar; corta las cabezas de Dantón, de Camilo Desmoulins, de Cothon, de los anarquistas, los rabiosos, cuya tenacidad se afana por llegar a las más lejanas transformaciones sociales.

La vida social de Francia está paralizada. Mientras se libra la guerra contra el enemigo exterior más allá de las fronteras y se combate sin cuartel en la guerra civil encendida por el fanatismo religioso apoyado en el agravio de inconsultas medidas agrarias, la delación hace temblar de espanto a los ciudadanos y nadie sabe en qué momento recibirá la fatídica orden de acudir ante el tribunal donde oficia el terror.

### Thermidor

Al fin, aquel frenesí engendra en las masas el cansancio, la desesperación, el anhelo ciego de acabar con tantos horrores. Y la ola revolucionaria se vuelve contra el hombre omnipotente y despiadado, cuya figura y cuyo nombre empavorecen los corazones.

Llega el Thermidor. El Thermidor, anatematizado por Carducci ("Maledetto seai tu per ogni etade, oh delreo Thermidor pallido sol") arrastrando hasta la máquina siniestra al Incorruptible y sus secuaces incondicionales.

Va a iniciarse un nuevo capítulo en la historia de Europa. La figura de un soldado cuyas victorias hicieron retroceder en todas las fronteras a los enemigos de la patria, se alza sobre los despojos de la ingente tragedia, proyectándose con ambiciosa brillantez.

Las huestes de Napoleón llevarán la negación del Derecho Divino a los cuatro puntos cardinales del Viejo Mundo y ofrecerán a los pueblos hispánicos del Nuevo, la oportunidad de su independencia; pero harán nacer, sobre ríos de sangre y pesadillas de estrago, vinculado a nuevos tronos y nuevas coronas, el derecho implacable y brutal del Sable.

## DISCUSION

**DR. ICHASO:** Señores, acabamos de contemplar el cuadro necesariamente enjuto, pero muy expresivo, que el señor Marcelo Salinas acaba de trazarnos, de la Revolución Francesa, tema eminentemente polémico que seguramente suscitará muchas preguntas. Vamos a concederle la prioridad al doctor Ramón Infiesta, que es nuestro segundo conferen-

ciante de esta tarde. Dr. Infiesta, ¿quiere usted preguntarle algo al señor Salinas?

**DR. INFUESTA:** Quisiera conocer la autorizada opinión del señor Marcelo Salinas sobre un extremo trascendente en los orígenes de la Revolución Francesa, que él ha expuesto breve y expresivamente. ¿Cree el señor Salinas, conforme a lo que me ha parecido entender, que la Revolución Francesa fué hecha por las masas oprimidas, campesinos, artesanos, obreros manuales, o bien, como entendemos la mayor parte, fué hecha por una minoría culta, lo que luego sería la burguesía del siglo XIX: los abogados, los estudiosos, los hombres de ciencias, desplazados del poder, desposeídos de influencia en la cosa pública y reducidos al conocimiento intelectual, en una palabra, por los hombres de la Enciclopedia, que habían bebido en Rousseau, en Voltaire, en Diderot, en D'Alembert, etc.?

**SR. SALINAS:** Bien, mi opinión es que los hombres de la Enciclopedia, la burguesía, por su cultura, por su posición económica mejor, fueron, como siempre, los que dieron el primer empujón, los que señalaron los caminos, porque el pensamiento de estos hombres llegó al pueblo por distintas vías, como llega siempre, por esas vías ocultas, secretas, insospechadas, las ideas hasta el pueblo. Una sola palabra a veces basta para que en el espíritu del hombre del pueblo, que está sufriendo, que está esperando y que, teniendo ante sí el espectáculo de la sociedad y hasta el espectáculo del universo, también tiene ideas, se despierten multitud de sugerencias, de cosas nuevas; pero el empuje sí, el empuje inicial en las ideas, viene de este grupo. Lo cierto es que el empuje físico viene inmediatamente antes de la revolución de las masas, de los campesinos especialmente, porque mucho antes de que se produzca la unión de los estados generales, yo apunto que ya en los campos se quemaban castillos, ya los campesinos asaltaban a los señores, ya mataban a los Barones en las encrucijadas y ya pedían pan y pedían que se acabaran las tasas y que se acabaran los derechos de la Corbea, etc., etc. Hay un escritor conocido de todos, Eca de Queiroz, que en una hagiografía: "La vida de San Cristóbal", se ocupa de la Jacqueria e incluso llega a suponer, o llega a interpretar las misas negras, en las cuales tomaban parte a veces curas pobres, el proletariado religioso, el proletariado de la Iglesia, como una protesta. Y las masas decían: Dios es de los señores, el Diablo es de nosotros, es nuestro patrón, el que nos protege; porque los señores invocan a Dios y El los protege, es decir, refiriéndome concretamente a esto; las ideas parten del grupo culto, siempre ha sido así, en la Antigüedad Romana por ejemplo: de los Gracos. Yo no creo que el motivo económico determine inmediatamente las revoluciones. Son aquellos estratos donde llega primero la cultura que dan las primeras señales, las primeras ideas, pero inmediatamente llegan a la masa, alimen-

tan sus anhelos, incluso sus resentimientos, y se apoderan de esa masa que es la que les imprime la gran fuerza.

**DR. ICHASO:** ¿Está satisfecho, doctor? ¿Alguna otra pregunta?

**DR. DE LA MATA:** Amigo Salinas, ha sido realmente magnífica la síntesis que ha logrado hacer en tan pocos minutos, de un hecho tan formidable como es la Revolución Francesa. Pero hay en su conferencia un problema que tiene para mí una importancia fundamental y quisiera conocer alrededor de esto la opinión de Marcelo Salinas. Es a propósito del Terror y de Robespierre. Es sencillamente este hecho: a mí me ha parecido siempre que el Terror en sus momentos iniciales tiene una justificación. La Revolución en marcha se encuentra con el problema de ataque en el exterior y con La Vandee, con el problema de guerra civil en el interior, con los agiotistas y acaparadores de aquella época que, frente a la miseria del pueblo, encarecen los productos; en fin, toda esta serie de circunstancias obliga con un derecho de legítima defensa a tomar en la Convención, medidas radicales, enérgicas, que pueden considerarse propiamente como un anhelo de dictadura, sino más bien como un derecho de legítima defensa. Para mí el Terror fué una cosa imprescindible y necesaria en los primeros momentos, justificada. He pensado siempre que el error de Robespierre fué prolongar el Terror más allá de las circunstancias que lo impusieron, es decir, el hecho que muchas veces se produce de que el dictador acostumbrado al poder, no se da cuenta de que han cesado las condiciones que hicieron necesaria aquella medida. El se prolongó en el poder y se excedió, dando lugar con esto precisamente al fracaso de aquellas medidas que pudieron salvar en cierto momento, pero que fueron motivo de decadencia en el período posterior. Este es el enfoque que yo doy y se lo presto al compañero Salinas, para que nos diga algo a propósito de si su opinión tiene alguna modalidad distinta. Muchas gracias.

**DR. ICHASO:** ¿Coincide el señor Salinas con ese criterio o no?

**SR. SALINAS:** Coincido y solamente quiero expresar esto: a mi juicio, como dice el amigo y compañero de la Mata, el Terror es generado por el ataque artero, constante de la reacción, al menos de los anti-republicanos y anti-revolucionarios; pero el hecho es que personalmente en Robespierre y aquéllos que lo rodean y ejecutan el Terror, se produce el fenómeno de que la función va creando en ellos, me atrevo a decir sin ser médico, un estado psicopatológico, que se comprueba en otras personas de importancia en la historia, en la Tudor, en María Isabel, en Felipe II. Es decir, que la función va creando en ellos una especie de locura, de histeria, y los lleva como he apuntado aquí y como sabemos todos a sacrificar a revolucionarios verdaderos, a sus propios amigos, a no dar cuartel. Hasta que hace imposible la vida en Francia, porque lo ahoga todo.

DR. ICHASO: ¿Alguna otra pregunta?

SR. CEPERO BRITO: Aquí tenemos ahora una intervención del doctor Domingo Ramos.

SR. CEPERO BRITO: Aquí tenemos ahora una intervención del doctor Domingo Ramos.

DR. RAMOS: Antes que nada mi felicitación al señor Salinas por sus condiciones de médico. Ha hecho una bonita demostración de que es un médico de la sociedad muy bueno. Muy bien expresado todo lo que cabe decir. Bueno, de las preguntas que yo hago esta primera tiene un concepto puramente pragmático, y es una pregunta escueta: ¿Cuál es la fecha en que Lavoissier fué ejecutado? Y tiene una explicación que puedo leerla si desean.

DR. ICHASO: Las preguntas sobre fechas son un poco difíciles de contestar. No se retienen con facilidad las fechas.

DR. RAMOS: Bueno, un momento. Ud. verá. No la quiero ahora, lo que más me interesa y aquí viene le pragmatismo, es la explicación.

SR. ICHASO: Perfectamente.

DR. RAMOS: La Necrolatría ha dado buen resultado para la unión, y actualmente se le agrega con gran resultado, la Cronolatría. Después de pensar mucho para la elección del símbolo que una estas dos influencias mágicas, para la agrupación de los hombres de pensamiento, elegir a Sócrates y a Lavoissier, uno de antaño, otro de hogaño, un filósofo, un científico. En esto, lo declaro, el *homo sapiens* tiene que aprender de *homo faber*, imitemos a nuestros queridos amigos y compañeros los trabajadores, tengamos nuestro 1º de mayo. Es más fácil encontrar la fecha de Lavoissier que la de Sócrates.

DR. ICHASO: Ud. quiere sugerir que la fecha de Lavoissier sea el 1º de mayo de los profesionales. Bueno, pues yo creo que en eso estará de acuerdo el Sr. Salinas.

SR. SALINAS: Puede lanzar la idea, Dr. Ramos.

DR. ICHASO: ¿Alguna otra pregunta?

SR. MACHIN: Sr. Salinas, la gran reforma que llevó a cabo la Asamblea francesa, que a veces es oscurecida por el terror que la acompañó, se confunde muchas veces con ese terror. Yo quisiera que Ud. me aclarara ese asunto.

SR. SALINAS: ¿En qué se confunde?

SR. MACHIN: La gran reforma que llevó a cabo la Revolución francesa se confunde a veces con el terror que la acompañó. Cada vez que se nos habla de la Revolución Francesa, nos hacemos la idea de que vemos ya al vulgo francés con las picas y la guillotina y yo creo que la Revolución Francesa no fué eso verdaderamente. Yo quisiera que Ud. me explicara...

SR. SALINAS: No, junto a las picas y a la guillotina, que hicieron mucho, que empujaron la Revolución, que incluso llevaron a la conven-



ción a atreverse, porque el que lea sobre la Revolución sabe que en aquellos momentos en que vacilaban los representantes del pueblo, digámoslo así, el pueblo en la calle le forzó a tomar determinaciones; pero esta obra era la obra esporádica, la obra del momento; había obradores seguros que pensaban, que sabían, que estaban regulando las cosas de la gobernación, las cosas económicas, públicas, políticas, etc. Esta es la gran obra de la Revolución que ha legado todas las normas casi políticas de nuestro tiempo.

**DR. ICHASO:** ¿Quién más desea interrogar? Preguntas breves, por favor.

**SR. MANUEL LIMA:** Sr. Salinas, el Dr. Calixto Masó en su libro de la Revolución Francesa, no exactamente con estas palabras, desarrolla esta idea: la Revolución Francesa fué en cierto modo inferior a la Revolución Rusa, y ambas son inferiores al Cristianismo que es doctrina de perfección. Primera pregunta: ¿Ud. está de acuerdo con este concepto? y segunda: ¿Ud. no cree que precisamente la superioridad del Cristianismo sobre las demás revoluciones se debe a que trata de perfeccionar todas las actividades del hombre y al mismo tiempo triunfó sobre las demás porque las otras se ahogaron en sangre y fueron erigidas sus doctrinas sobre cadáveres, tanto la Revolución Francesa como la Rusa, mientras que el Cristianismo triunfó en el mundo solamente por la doctrina de amor?

**SR. SALINAS:** Bueno, yo creo que la Revolución Francesa es, dijéramos así, el colofón o el resultado de la propia revolución cristiana, porque las ideas de la Revolución Francesa: la de igualdad entre los hombres y de un estado social que permita a todos vivir, trabajar y gozar de los mismos derechos, están, desde luego, implícitas de la doctrina cristiana; pero en cuanto al triunfo del cristianismo, en el sentido alto, noble, generoso, no lo he presenciado ni lo ha presenciado la humanidad en ninguna parte. Ha triunfado la Iglesia Católica tal o cual Iglesia; pero nada más. Esta es la verdad, a mi juicio.



Ramón Infiesta

## Napoleón, el Corso Genial

**E**N 15 de agosto de 1769 nace en Córcega Napoleón Buonaparte y Ramolino, segundo hijo de una familia de ocho.

Nace súbdito francés, pero lo mismo pudo haber nacido italiano, porque sólo quince meses antes de su venida al mundo la isla de Córcega ha sido cedida a Francia por Génova. Y he ahí la mano del Destino: Francia y la Revolución Francesa necesitaban su hombre. Era Napoleón, hijo de un conde aventurero y pobre, de origen italiano: Carlos María Buonaparte, y de una matrona severa y abnegada: Leticia Ramolino. Su condición de noble le franqueó las posibilidades del mundo viejo que estaba a punto de caducar y fué admitido en la Escuela Militar de Brienne. Allí cursa su carrera, como un cadete más, sin atraer la atención, y es sólo la predilección que muestra por ciertas asignaturas lo que puede hacer conjeturar su futuro: es el mejor matemático de la Escuela, y el primero en Geografía y en Historia.

Cuando sale de Brienne, con el grado de subteniente, es destinado a la guarnición de Valenciennes. Allí vive en la inquietud y la pobreza. Duda. Unas veces, quiere casarse, porque una heredera le aseguraría el problemático pan de cada día. Piensa ofrecer su espada al Sultán de Turquía; piensa marchar a América. Y todo ello porque Napoleón no es un militar por vocación. Será el más grande de los generales, por la misma y única razón que será el más grande de los legisladores, de los administradores y de los reformadores políticos. Porque posee tres cualidades que cuando se apliquen libremente harán su acción irresistible como una marea o un terremoto: imaginación, voluntad, capacidad de trabajo.

Tiene veinte años cuando estalla la Revolución Francesa. Los militares que al principio han servido, al mismo tiempo, al rey constitucional y a los líderes populares, se encuentran mezclados en la política. Buonaparte es de ellos. Tiene dos amigos: Robespierre el Joven, hermano de Maximiliano, el hombre del Terror, que le consigue los ascensos a capitán y a comandante, y lo protege contra la guillotina de París, y Salicetti, diputado de Córcega a la Convención, su paisano, que lo ampara a su vez cuando Robespierre es guillotinado a su turno. Instructiva lección para el joven Buonaparte.

Pero éste tiene ya, además, un mérito para con la República. Cuando Luis XVI fué ejecutado, en 21 de enero de 1793, las monarquías absolutas de Europa, encabezadas por Austria y Prusia, declararon la guerra a Francia. La flota inglesa ataca a Tolón, la gran base naval del Mediterráneo. Las disposiciones del jefe francés no pueden ser más desacertadas. Buonaparte las rectifica y con las suyas derrota a los ingleses y salva a Tolón. Es ascendido a coronel y enviado a París.

Allí presencia la caída de la Convención y el establecimiento del Directorio, gobierno colegiado de cinco hombres cuya misión principal es, en lo exterior, contener a los ejércitos extranjeros que invaden a Francia por todas partes; y en lo interior, restañar las dolorosas heridas del Terror en la sensibilidad popular. Comienza la guerra en gran escala, en todas las fronteras.

Buonaparte espera su oportunidad. Esta se presenta en seguida. Los extremistas de la República, organizados en milicias populares armadas, se alzan contra el Directorio. París arde de insurrección una vez más. El Directorio necesita un militar, pero ¿quién se atreverá a atacar a ese pueblo que ha guillotinado reyes? Un general se atreve: Buonaparte. Rechaza a cañonazos a la multitud y restablece la autoridad del Directorio. Este, agradecido, le hace jefe del Ejército del Interior y le confía el orden público en Francia. El general cambia su apellido Buonaparte por Bonaparte, afrancesándolo, y vincula su suerte a la de su patria legal. Corre el año 1796.

Entonces, la fortuna viene a su encuentro. Es Josefina de Beauharnais, viuda equívoca y brillante, que vive de especulacio-

nes y amoríos pagados. Lo visita para agradecerle la devolución de la espada de su marido, antiguo presidente de la Asamblea Constituyente. El joven general queda prendado de la exótica criolla, ducha en toda dote de seducción. La ama y le ofrece matrimonio, indiferente a su pasado. Se casan; y ambos buscan un acomodo al general, ya incorporado a la política y a los salones de la Revolución. Mientras Jourdan, Moreau y Pichegru obtienen sonadas victorias en Alemania, Bélgica y Suiza, Italia permanece baluarte austriaco. Y allí, sin equipos, víveres ni dinero, con sólo 36,000 soldados casi descalzos, se envía a Bonaparte en marzo de 1796.

Es la campaña de Italia. En un año derrota a seis generales austriacos en 14 batallas y 70 combates; les arrebató 2,500 cañones y 127 banderas; se apodera de todo el norte de la península italiana. El emperador de Austria pide un armisticio y él, por su cuenta, se lo concede en Loeben; y por su cuenta también ajusta la paz de Campo-Formio, en 17 de octubre de 1797. Ha ganado para Francia la Bélgica y el norte de Italia; ha ganado para él un ejército fanatizado que le llama “el pequeño cabo” y le sigue ciegamente. Pero, ha perdido la confianza del Directorio que teme a un servidor tan independiente y afortunado.

De ahí la expedición a Egipto. Fuese que el Directorio creyese asestar un golpe mortal a Inglaterra avanzando hasta la India, fuese que Bonaparte soñase en convertirse en un conquistador oriental, se embarcaba, en mayo de 1798, para Egipto con una lucida expedición en que figuraban sabios egiptólogos, filólogos e ingenieros. En tierra de los Faraones ganó la gran batalla de las Pirámides, en que sus cuadros de infantería deshicieron la caballería de los mamelucos; y conquistó y reorganizó el país. Dos contratiempos lo detuvieron: su flota fué destruída por el gran almirante inglés Nelson en la rada de Aboukir; la fortaleza de San Juan de Acre, defendida tenazmente por su antiguo condiscípulo Philipeaux, le impidió pasar a Siria. Decide regresar a Francia y, milagrosamente, a través de los navíos ingleses, arriba, en octubre de 1799, a la patria. Egipto es perdido prontamente, y de la expedición sólo restan: para la ciencia, el descubrimiento de la clave de la escritura jeroglífica egipcia, debido a Champo-

llion; y para la crónica, la primera y más concisa de las arengas napoleónicas: “¡Soldados! ¡Desde lo alto de esas Pirámides 40 siglos os contemplan!”

El Directorio sólo esperaba quien le relevase del mando. El Poder Legislativo, confiado a dos asambleas: el Consejo de los Ancianos y el Consejo de los Quinientos, lo hostilizaba; Francia vivía los dolores y excesos que acompañan a toda transformación social, y quería orden. Bonaparte ambicionaba, por todos ellos, el poder. Dos miembros del Directorio y el Consejo de los Ancianos le ofrecieron su apoyo. El Consejo de los Quinientos, se lo negó y lo amenazó con ponerlo fuera de la ley. Su hermano Luciano, que lo presidía, lo sacó a salvo y sus fieles granaderos echaron fuera del salón a los Quinientos. Tal fué el golpe del 18 Brumario, que hizo a Bonaparte dueño de Francia. Redactó apresuradamente una Constitución que le nombró Primer Cónsul por diez años; y voló en auxilio de Italia.

A su regreso de Egipto Italia estaba perdida. Y su reconquista es sellada con la gran victoria de Marengo. Bonaparte dicta por segunda vez su voluntad al Emperador de Austria vencido, con la paz de Luneville, y torna a París, donde su gloria y el gobierno compartido son inconciliables.

Sobrevienen después tres años que viven los más altos en la obra napoleónica. El Primer Cónsul reconstruye a Francia ya para siempre. Su organización centralizada por prefectos, el Consejo de Estado, el Banco de Francia, el Código Civil, la Legión de Honor, los liceos de segunda enseñanza, la Escuela de Artes y Oficios, existen todavía y son monumentos imperecederos de su genio.

Su premio fué el Consulado por toda la vida, que le otorgó el pueblo por tres millones y medios de votos contra ocho mil quinientos, en mayo de 1802. Ni la conspiración de Cadoudal, para asesinarles; ni el fusilamiento del duque de Enghien, a quien él asesinó, detuvieron el paso impetuoso del gran corso. En 2 de diciembre de 1804 fué consagrado emperador, en Nuestra Señora de París. Se coronó con su propia mano y coronó a Josefina; pero, como se tituló “emperador de los franceses” y su manto imperial estaba sembrado de abejas de oro, todo ello significaba

con elocuencia que se sabía simplemente un infatigable dominador de hombres.

Así, de inmediato, intentó invadir a Inglaterra, único país que le resistía. El almirante inglés Nelson, destruyendo su flota en Trafalgar, lo hizo imposible. Se volvió entonces contra los austriacos y los rusos, mandados en persona por sus emperadores Francisco y Alejandro, y les ganó, en 2 de diciembre de 1805, la batalla de Austerlitz, su más esplendorosa victoria, que puso fin de un golpe a la guerra y deshizo la tercera coalición.

Al año siguiente, Prusia decidió probar suerte. El temor del nuevo César; una reina, María Luisa, tan hermosa y digna como imprudente; una oficialidad engreída, tentaron la fortuna de Napoleón. Este atacó, y una sola victoria, la de Jena, decidió la ruina de Prusia. Napoleón entró en triunfo en Berlín y se apoderó de la espada de Federico el Grande. Y desde allí mismo dictó, en 21 de noviembre de 1806, el decreto del “bloqueo continental”, que cerraba al comercio inglés toda la Europa, y debía rendirla por hambre.

Mientras tanto, los rusos llegaban, y aunque retrasados era preciso contenerlos. Napoleón avanzó hasta Varsovia y les riñó, en Eylau, en febrero de 1807, una batalla, que fué, salvo Waterloo, la más sangrienta de las suyas, y admonitoriamente, la primera que resultó indecisa y en que el ejército enemigo se le escapó. “Napoleón no es invencible” creyeron los rusos, y eso les perdió. Acudió en persona el zar Alejandro y Napoleón lo batió tan completamente en la batalla de Friedland, el 14 de junio de 1807, que le fué forzoso pedir la paz. En Tilsitt, en medio del río Niemen, en una balsa, los dos emperadores celebraron una secreta entrevista. Como consecuencia, el imperio francés avanzó hasta el Elba.

Desde ahora, Napoleón será arrastrado inexorablemente, por el encadenamiento de los hechos, hacia la ruina por vía de la gloria. El bloqueo continental halla una grieta en la tradicional amistad de Portugal por Inglaterra. Napoleón deberá, pues, conquistar a Portugal. Solicita autorización de la corte de España, y la obtiene. El mariscal Junot conquista a Portugal sin disparar un tiro.



Pero, ¿puede conservarse Portugal sin tener a España? Napoleón decide apoderarse de España. Sus mariscales ocupan habilitosamente las plazas principales, obliga a Carlos IV a abdicar en su hijo Fernando VII y a éste a cederle la corona a cambio de una pensión. Entonces, traslada la dignidad real a su hermano mayor José. Contra éste, a quien llamaba, con injusticia, que agravaba la intención, “Pepe Botella”, se alzó el pueblo de Madrid el 2 de mayo de 1808, y empezó la inagotable guerra de España, sangría que durante cuatro largos años devoró lentamente hombres y dineros cuantiosos y desesperó y desacreditó a los mejores mariscales de Napoleón.

Este, por su parte, es atraído de nuevo al centro de Europa. Austria hace la guerra una vez más porque para ella el prevalecimiento de Napoleón, que le ha arrebatado la corona imperial de Alemania y casi la mitad de sus provincias, es cuestión de vida o muerte. El Emperador vence siempre, pero no como antes. Gana la batalla de Eckmühl, entra en Viena infructuosamente, triunfa en la batalla de Essling y, por fin, el 6 de julio de 1809, obtiene la victoria decisiva de Wagram. Napoleón dijo: “si hubiera tenido más veteranos de Austerlitz me hubiera atrevido a acabar antes...” Pero, es que se agota. Y un hecho insólito preocupó a todos: por primera y única vez en su carrera Napoleón fué herido, en un pie, en la batalla de Ratisbona.

Un nuevo acaecimiento sobreviene, ahora doloroso, como consecuencia de la consolidación del imperio. Josefina no ha dado hijos a Napoleón. Para éste es urgente un heredero. Habla la razón de Estado: Napoleón se divorcia de Josefina el 15 de diciembre de 1809. Y tres meses y medio después se casa solemnemente con la archiduquesa María Luisa, hija del emperador de Austria Francisco II, porque así los viejos monarcas tradicionales respetarán en el mañana a su hijo, que será nieto de cien emperadores. Y el hijo nace en 20 de marzo de 1811, recibiendo en la cuna el título de rey de Roma. Como dice Ducoudray “venía al mundo para vivir sin corona, sin familia, sin libertad, y para morir en edad precoz a causa de la gloria de su padre que le iba a hacer objeto de la desconfianza universal”.

Durante tres años, de 1809 a 1812, Napoleón no combatió; y salvo la guerra pertinaz de España y la que hoy diríamos guerra fría del bloqueo continental pareció que su imperio trascendía ya en la paz. El choque con Rusia evidenció que sólo un poder único asegura la paz. Tras largos preparativos, Napoleón, arrastrando toda la Europa central tras sí, chocó con los rusos en Smolensk, el 18 de agosto de 1812, vencéndolos. Pero sin resultado, porque allí mismo se inició la política de retirada y destrucción del país. Una nueva victoria en el Moskowa, el 7 de septiembre, resultó tan baldía como la anterior. Napoleón entró en Moscú y sus habitantes lo incendiaron. Allí lo sorprendió el invierno, esperando vanamente la solicitud de paz del Zar, y en octubre emprendió la retirada a través de la estepa helada, con un frío de 20 grados bajo cero, sin alimentos ni abrigo, hostilizado implacablemente por los rusos. De aquel ejército de 325,000 hombres apenas 1,500 recruzaron la frontera de Alemania.

Toda Europa se alzó entonces contra Napoleón. Este, cuyas energías crecían a compás de la adversidad, levanta un nuevo ejército. Gana las batallas de Lutzen y Bautzen; pero la traición de los aliados bávaros, que se pasaron al enemigo, le hace perder la gran batalla de tres días de Leipzig, llamada de las Naciones, en octubre de 1813.

Ahora, Napoleón está perdido. Lucha por primera vez en suelo patrio. Es la campaña de Francia, donde su genio fulge como nunca. Libra once batallas y las gana todas. Como luce invencible, los aliados lo rehuyen y atacan a sus mariscales. Estos se dejan derrotar unos tras otros. Y París sucumbe el 31 de marzo de 1814. Entonces, Napoleón abdica y los aliados vencedores le nombran soberano de la isla de Elba. Luis XVIII es instalado en el trono de Francia y parece que la Historia comienza a remontar su curso.

En el destierro, se dice, "los Borbones nada habían aprendido, nada habían olvidado". Y las criaturas de la Revolución Francesa, abrumadas por la contrarrevolución, se volvieron a Elba. Obedeciendo al sordo clamor de Francia, en 1º de marzo de 1815, Napoleón desembarca con 800 hombres. Su marcha hasta París

es una aclamación reiterada de las poblaciones. Luis XVIII huye y Napoleón ocupa de nuevo su palacio de las Tullerías.

Pero, su hora ha sonado. Los aliados se precipitan sobre él. Con energía gigante, Napoleón reorganiza una vez más sus ejércitos y sale a campaña. Derrota a los prusianos en la batalla de Ligny; y ataca a los ingleses de Wellington en Waterloo. La sangrienta batalla se mantiene indecisa hasta el crepúsculo, esperando Napoleón a su general Grouchy y Wellington a Blucher, el prusiano. Es éste el que llega y decide la batalla. Es el 18 de junio de 1815. El segundo imperio de Napoleón ha durado justamente Cien Días.

Todos lo abandonan. Abdica y se embarca para Inglaterra pidiendo asilo a su enemiga jurada. Su gesto fué hábil; y los aliados, al caer en el lazo, lo rehabilitan como hombre. Lo envían ahora, rencorosamente, a Santa Elena, pequeña isla rocosa perdida en el Atlántico, cerca de Africa.

Allí lo confían a sir Hudson Lowe, ordenancista de caletre estrecho, bajo severas consignas. Su vida se cala de humillaciones. Se le limita la extensión de sus paseos, se le impone un centinela de vista, se le llama simplemente general Bonaparte. Todo lo soporta con dignidad. Escribe sus Memorias y cultiva su jardín, donde hay una fuente. Y tras seis años de cautiverio, el 5 de junio de 1821, muere al caer de un día de tempestad, pronunciando estas palabras: "Francia... Cabeza de ejército..." Y es sepultado allí mismo, bajo una lápida sin nombre, junto a la fuente que arrulló sus nostalgias.

Luego, cumpliéndose su voluntad: "deseo descansar a orillas del Sena, en medio del pueblo francés al que tanto he amado", Francia lo acogió en su regazo, inmortal como él mismo, bajo la Cúpula de los Inválidos.

## BIBLIOGRAFIA

Dumas (Alejandro, "Napoleón".

Lacroix, (Deseado), "Historia de Napoleón", 2 Tomos.

Ludwig, (Emil), "Napoleón".

Masson, (Frédéric), "Napoleón Intimo".

## DISCUSION

**DR. ICHASO:** Después de felicitar al Dr. Infiesta por su breve y sugerente retrato histórico, invito al Sr. Salinas a que le haga la primera pregunta.

**SR. SALINAS:** Bien; es muy rápida. El Dr. Infiesta habló del Directorio como un interregno, dijéramos así, que tendió a restañar las heridas de la nación francesa. ¿No cree el Dr. Infiesta que el Directorio se excedió en este sentido y que es el principio de una contra-revolución que hace volver a Francia a muchas personas comprometidas en contra del movimiento revolucionario y que crea aquéllos que se llamó los increíbles, etc., aquellos nuevos ricos, despectivamente enemigos de todo movimiento revolucionario?

**DR. INFUESTA:** Ciertamente, pero es que toda Revolución necesita su contra-revolución porque es evidente que un pueblo no puede vivir indefinidamente bajo la tensión espiritual y emocional que significa el proceso revolucionario. No es posible contemplar la destrucción permanente de las instituciones que se atacan, que se asaltan por la Revolución sin pensar en sustituirlas por otras. Pero como es evidente que no se puede improvisar una generación forjada en la idea revolucionaria, aquéllos que se encargan de la labor de detener el torrente, de encauzarlo, de construir el dique, de hacer que esas aguas de tormenta fertilicen el campo constitucional, son aquéllos que conocieron las viejas instituciones. Por eso es evidente que, como decía nuestro Martí, los malos son necesarios para excitar a los buenos y sacarles las chispas, como es indudable que son indispensables los contra-revolucionarios para que el proceso revolucionario se ponga en una situación o posición de equilibrio con las fuerzas en muchos aspectos muy respetables, y que por otra parte constituyen el acervo cultural, histórico, espiritual de los pueblos, que no se puede barrer definitivamente, porque los pueblos no se rehacen de nuevo en cada revolución, sino se transforman y evidentemente el Directorio cumplió, no creo yo como dice el Sr. Salinas, con exceso, sino creo que cumplió a cabalidad su función, hasta el extremo de que puso de manifiesto, de un modo evidente, todo lo que tenía de feble, todo lo que tenía de débil, la Revolución como proceso, al lado de todo lo que tenía de anticuado, de caduco, de inútil ya, el viejo régimen. Esa situación de equilibrio dudoso es precisamente lo que facilita la presencia de Napoleón y toda esa obra a que yo me he referido que es permanente, que vive hoy todavía, porque es la consecuencia de la conjugación genial que él hace de lo inmortal de Francia ganado a través del viejo régimen, con lo inmortal que el nuevo trae para superponerlo, conjugarlo, construir una nueva Francia.

**DR. ICHASO:** ¿Alguna otra pregunta?

**SR. FRANK DUMOIS:** Doctor, Ud. ha contemplado más bien a Napoleón desde el punto de vista político. Yo le agradecería, para ampliar su conferencia, que hiciera referencia a la labor administrativa de Napoleón, porque me parece que no trata ese punto en su conferencia.

**DR. INFUESTA:** Bueno, yo me he referido, desde luego muy someramente, a la labor administrativa. Napoleón fué un hombre que a mi juicio no inventó nada, lo que hizo fué aplicar un sólido criterio lógico y un sentido o intención de eficacia a nuevos medios y a nuevos elementos de actividad. Por ejemplo, Napoleón entendía que era preciso recaudar las contribuciones y yo creo que las recaudaba con más dureza que cualquiera de los señores de Versailles, ineptos, venales, y sus administradores más o menos desinteresados en el asunto. Napoleón por ejemplo, estableció un sistema muy útil, muy práctico, muy productivo; un criterio fiscal. Napoleón vendía las contribuciones por adelantado y los administradores estaban obligados a entregar al gobierno central, una cantidad. Muchas veces la entregaban, antes de haberla cobrado, de sus fondos particulares; luego eran negociadores. Napoleón estableció el sistema a que yo me he referido de los preceptos, sistema centralizado que hace que desde París se gobierne a toda Francia, son funcionarios político--administrativos. Napoleón, en lo demás, lo que hizo fué poner orden en el caos de la Revolución, y poner eficacia en la ineptitud del viejo Régimen, porque no basta heredar un título de Duque de sus antecesores para ser un gran Mariscal, para ser un buen administrador de hacienda. Napoleón aplicó los principios revolucionarios desde el punto de vista que entendía que todos sus Mariscales eran soldados que habían llevado el bastón en la mochila y buscaba los hombres competentes en todos los medios. Mi impresión, de las largas lecturas que yo he hecho sobre ese particular, es ésta: que Napoleón, en gran parte, lo que hizo fué organizar, conforme a una voluntad tensa, conforme a una intención declarada y sobre todo, con gran eficacia, con gran rapidez, con gran actividad, un régimen cuyo fin práctico era la utilidad, un régimen utilitario de administración, no precisamente doctrinario.

**SR. FRANK DUMOIS:** Una pregunta segunda muy breve: ¿Cuál cree Ud. que fué la principal causa que contribuyó a la decadencia de Napoleón? ¿Fué el bloqueo continental o más bien su absolutismo político?

**DR. INFUESTA:** ¿La decadencia de él personalmente o de su régimen?

**SR. DUMOIS:** No, la decadencia del régimen de Napoleón.

**DR. INFUESTA:** Bueno, el régimen de Napoleón era, como el Directorio a que nos referíamos antes, evidentemente transitorio. Napoleón no podía mantener un régimen que se sustentaba en una serie de elementos que negaban su propia razón de ser. Napoleón, para desarrollar su labor eficaz, necesitaba producirse políticamente en un sentido autori-

tario. Es un hecho ya probado y nadie lo discute, que las Asambleas están muy bien cuando se trata de arribar a inteligencias de tipo general, dogmático; pero cuando se trata de ejecutar, ni las asambleas, ni las voluntades dispares, ni los pueblos en las plazas, obtienen resultados. Como consecuencia, todo lo que signifique una acción eficaz, ha de ser autoritaria en alguna manera. Como Napoleón se veía obligado a luchar contra las fuerzas poderosas del Antiguo Régimen, fuera de Francia, ya que no dentro, se veía obligado a acudir a la guerra. Yo soy, ya lo dije, de los que creen que Napoleón no era un soldado per se. Napoleón era un hombre de talento tan genial y de tales cualidades que los mismos resultados hubiera obtenido dedicándose a cualquier cosa. En la jardinería hubiera obtenido flores insospechadas y que nadie jamás había visto. En la guerra obtuvo los mismos resultados que en todo. La guerra en él era un instrumento, pero evidentemente este conflicto de Napoleón que lo llevó a la ruina se ve en su matrimonio. Napoleón se hacía esta pregunta: ¿Por qué razón el Emperador de Austria, que es un inepto, el Rey de Prusia, que es un fatuo, que sufren derrota tras derrota, pues yo entro en sus capitales, avanzo por una frontera y salgo por la contraria y no tengo manera de que sus pueblos los repudien y siguen siendo reyes, y tan pronto se dice en París que yo he sido herido, todo el mundo se levanta, reclama la herencia y el Imperio se tambalea? Bastó que el General Walette se presentara una vez y dijera, estando él en Alemania: “El Emperador ha muerto y yo soy el encargado del gobierno”, para que se lo entregaran. Entonces Napoleón trata de conciliar el principio de derecho divino del Emperador absoluto, con la Revolución; por eso se casa con una Archiduquesa, para que ya que no él, su hijo, sea un hijo de Archidukes y tenga ese derecho. El conflicto entre el mundo viejo y el nuevo, que Napoleón está tratando de conciliar y en esa empresa termina cuando los ha conciliado, porque él por sí, no puede continuar con un régimen de transición, de equilibrio inestable, indefinidamente.

**DR. ICHASO:** Una sola pregunta. Muy breve. No queda tiempo para más.

**SR. SUSINI DE ARMAS:** ¿No cree el Dr. Infiesta que Tocqueville al juzgar a Napoleón, dijo la verdad cuando lo consideró un genio absolutamente sin virtud?

**DR. INFIESTA:** Yo creo que un genio no puede tener virtud.

**SR. SUSINI DE ARMAS:** Tocqueville es un hombre famoso, sobre todo por su obra: “La democracia en América”, que la previó, y aunque él fué, como casi todos los nobles, un retrógado, se arrepintió de eso y después fué un hombre que defendió la democracia y la profetizó que iba a ser el principio grande que iba a seguir después Francia entera.



**DR. INFUESTA:** Yo creo que el precio que paga la humanidad por los genios es admitir que no tienen virtud.

**SR. REINOSO:** ¿Martí es un genio?

**DR. ICHASO:** Vamos a dejar esto para después, porque estamos terminando ya; cuando salgamos del Aire, podremos seguir.

**DR. INFUESTA:** Es que no puedo contestar sin autorización del Sr. Director.

**DR. ICHASO:** Vamos a dejar para después las preguntas que restan, porque no tenemos tiempo ya; luego seguimos, Dr. Susini de Armas. Muchas gracias, Dr. Infiesta.

---

## DISCUSIONES FUERA DEL AIRE.

**DR. ICHASO:** Ha quedado flotando en el aire la especie de que si el genio tenía virtud o no. Yo creo interpretar esa frase del Dr. Infiesta como que no se puede medir al genio con el rasero con que se mide a los hombres corrientes; es decir, yo creo que el genio tiene una superior virtud, aunque no siempre esa virtud sea una virtud de tipo moral. Por ejemplo, Martí, evidentemente, fué un hombre que unió a su genialidad política, a su genialidad literaria, a su espíritu de sacrificio y de heroísmo, grandes virtudes de tipo moral, pero no podríamos medir de ninguna manera a Martí con el mismo metro, con la misma vara que le aplicamos a los individuos de formato vulgar. ¿No es así, Dr. Infiesta?

**DR. DE LA MATA:** Al hacer una pregunta al Sr. Marcelo Salinas al inicio del debate, el Dr. Infiesta señalaba que las revoluciones las hacen fundamentalmente individuos que sirven de líderes. Parece, a través de la conferencia y a través de la personalidad de Napoleón, que esto viene a justificar en parte su tesis. Sin embargo, sinceramente no estoy de acuerdo con la idea de que una revolución se geste como consecuencia de la influencia de un hombre o de un pequeño grupo. Por el contrario, creo que toda revolución para que lo sea efectivamente, ha de ser el resultado de una actividad social amplia y profunda. En el caso, por ejemplo, de Napoleón se incurre en una contradicción fundamental al sostenerse que la genialidad napoleónica fuera la que llevase la historia de su tiempo. Fijémonos en las derrotas que sufre el ejército napoleónico en España. En España no hay un líder, es el pueblo, en plan guerrillero, el que se levanta contra el ejército napoleónico y hace sufrir las primeras derrotas a Napoleón. Aparte de esto, tenemos el siguiente hecho: si en Francia no hubiese existido un ambiente determinado, unas condiciones que fueron el resultado de una gestación ante-



rior, de toda la Revolución Francesa en un período crítico, donde el Directorio inaugura el sistema de golpes de estado y le da la posibilidad a Napoleón de dar el suyo, el del 18 Brumario. Si no hubiera en el pueblo francés, un sentido profundamente heroico que le hubiera lanzado a ser el grupo enorme de granaderos, Napoleón no hubiera podido hacer nada con todo su genio militar y con todo su genio de estadista. Con esto estoy diciendo, sencillamente mantengo el criterio de que un hombre, un líder, no puede hacer ninguna revolución, ni siquiera, puede hacer un invento. No hay el inventor que crea él solo, aislado, y proyecta su invención hacia los demás. Ni hay el genio político, social o económico que impone su criterio a todo un pueblo; quizás lo que hay, y es lo que yo mantengo, es el hombre que tiene el acierto de decir lo que todo el mundo piensa y no ha encontrado la fórmula expresiva.

Se ha hecho quizás un poco larga la intervención mía; pero lógicamente el problema que se planteaba entre si las revoluciones las hacen los líderes o las hace el pueblo, es una cosa un poco amplia, extensa, y quizás esto es lo que me ha impelido a excederme un poco para mantener este criterio que de otra manera no hubiera podido expresarse, creo yo.

**DR. INFIESTA:** Bueno, yo no he dicho que las revoluciones las hicieran los líderes, ni creo tampoco que Napoleón hizo la Revolución Francesa. Sí le hice una pregunta al Sr. Salinas en relación con su exposición, porque es muy distinto apreciar una Revolución con un criterio y apreciar otra con el mismo criterio. Las masas francesas eran analfabetas y aún los que no eran masas. Por ejemplo, en Francia, al estallar la Revolución Francesa, no hablemos de campesinos ni de artesanos; la masa obrera no existía, existían algunos obreros manuales en las ciudades. Casi todos eran analfabetos, por no decir todos. La mujer en general era analfabeta, y lo tenía a mérito. Muchos guerreros, varones rurales, firmaban con un garabato o una cruz y en verdad, no era la cultura la característica del pueblo, considerado como pueblo. No había radio como ahora, no había televisión, no había periódicos, ni había tribunas libres. A ese analfabeto no se le podía hablar de conquistas de tipo doctrinario. Ese analfabeto se alzaba, como ha dicho muy expresivamente el Sr. Salinas, contra el atropello de tipo físico; que le quitaban sus animales, le cobraban impuestos que no podía pagar; pero no andaba pensando en principios de tipo abstracto ni en la fraternidad de los hombres, ni en el sufragio, ni en la igualdad, ni en todas esas cosas que a nosotros hoy nos parecen tan naturales porque las mamamos con la leche materna. Ahora sí, había un grupo de hombres que sabían lo que se traían entre manos: eran los hombres de la Enciclopedia y por eso vemos que, cuando se reúnen los Estados Generales, los famosos "cahiers", los cuadernos que traen los diputados, son los que contienen toda la fraseología de Rousseau,

de que luego se llenarían las actas, primero de la Constituyente, luego de la Legislativa y luego la Convención, y eran todos, casi todos Abogados, hombres de la burguesía, mientras el pueblo permanecía totalmente ajeno a eso. Por eso, precisamente, se le puede movilizar después por los demagogos, en todos esos atropellos que preocuparon con mucha razón al joven, en el sentido de que pudieran asimilar la verdad de la Revolución a su presencia histórica. Pues los demagogos son arrastrados, por Dantón, en septiembre a las cárceles para degollar inocentes. Luego son arrastrados por Robespierre a la fiesta ridícula de la Virtud y de la Diosa Razón. Luego son arrastrados por el Directorio a contemplar a “los increíbles” y a toda aquella orgía de bolsa negra y de especulación que caracteriza al Directorio. Y luego son arrastrados por Napoleón a buscar medallas y a buscar ducados en todos los campos de batalla de Europa, porque todavía ese pueblo no está preparado. De manera que nosotros no podemos ver la actitud popular, el complejo económico, la reacción ante la opresión en 1789 y antes, como lo podemos ver hoy, en que hay otras maneras de llegar al pueblo, ilustrarlo y hacerle saber sus derechos. De modo que yo siempre he creído que en la historia los paralelos no son más que manifestaciones de acrobacia, de habilidad, de destreza mental, de los que las hacen; pero la historia, precisamente por su naturaleza evolutiva rechaza todo ese tipo de paralelos. Yo no creo que la Revolución Francesa la hicieran los líderes, ni creo tampoco que esa generación que peleó en las calles y que murió en la guillotina o que fué exterminada en los campos de batalla desapareciera creyendo en esos principios que ellos mismos, sus delegados habían votado en la Asamblea y luego votado en la Convención. Por esa razón, cuando el Sr. Salinas decía que la idea es de esa minoría que construye una doctrina, pero que el empuje lo puso la masa, eso es como decir que la idea es del Ingeniero que fabrica el arma y que el empuje lo pone la ametralladora en las manos del hombre a quien se le entrega. Esa masa, a mi juicio, actuaba como una catapulta y lo mismo hubiera servido para una cosa, como para la otra, así sirvió para hacer la Revolución y luego para hacer la reacción bonapartista y luego siguió con Luis XVIII y se conformó con una “carta otorgada” y luego siguió a Napoleón III en sus empresas hasta que, avanzado el siglo XIX, la cultura, el progreso, fué llevando ya a las masas el concepto de su propia dignidad y el individualismo, la libertad, la igualdad, la fraternidad, construyen un nuevo sistema que parte de la Revolución Francesa. Lo demás no me parece a mí que sea una verdad histórica. La verdad histórica debe decirse siempre con sinceridad, aunque a veces parezca que la verdad histórica pugna con esos principios que todos repetimos y que por ser nuestros y parecernos tan naturales como respirar creemos que han palpitado siempre en el corazón de los hombres, y no es así. Para los hombres la libertad no siempre ha sido lo que nosotros creemos que debe ser.

**DR. ICHASO:** ¿Alguna otra pregunta? ¿Quería hacer alguna observación el Sr. Salinas?

**SR. SALINAS:** Puesto que se refirió a mi punto de vista respecto de la Revolución, voy a explicar lo que quise decir. Yo estoy convencido de que mientras las ideas no lleguen a hacerse carne y hueso en grandes colectividades, no hay posibilidad alguna de triunfo, ni siquiera de movimientos respecto a ellas. Lo que sucede, y permítanme el Dr. Infiesta, es que se confunde la cultura con la ilustración y se habla de cultura y se dice que un individuo analfabeto no tiene ojos, ojos del espíritu incluso, para ver el Universo, para formar opiniones y recuérdese aquella frase de Chesterton: ¡Qué cultos son esos analfabetos!

Hemos conocido el movimiento social, a que ellos fueron mezclados, individuos sin grandes conocimientos libresco, con una amplitud de miras, con un sentido moral respecto al movimiento de la humanidad, que ha asombrado y conocemos infinitamente individuos con gran cultura de libros, con grandes conocimientos y reaccionarios hasta la médula. El Dr. Infiesta y todos sabemos que hasta sabios mantienen, no ya errores, sino supersticiones ridículas. Quien ve a médicos, abogados, a individuos de otros títulos, ir a San Lázaro a postrarse a los pies del santo aquel y besarlo, quien los ve llevar medallitas, etc., etc., no puede fiarse mucho de la cultura que dan los libros o la cátedra. Seamos sinceros.

Hay un hecho histórico más: el cristianismo, ese movimiento que históricamente ha tenido la mayor importancia para el Occidente: el Cristianismo, encarna, tiene su vehículo de expresión antes que nada ¿en quién? —Cristo escoge a dos pescadores humildes y después entre las masas más bajas: esclavos, etc., porque no entre imbéciles, no, entre individuos con inteligencia, que comprendían aunque no tuvieran los conocimientos superiores de la época. Volviendo a lo mío, yo digo esto: en Francia, por distintos canales, por esos canales que son pesados, en los cuales va tarde la idea, pero llega, llegó al pueblo francés la ideología que se expresó en la Enciclopedia. Se hizo por conjunción con necesidades, con aspiraciones, con ideas, porque se encontraba que le respondían a ideas que incluso tenía el pueblo, se hizo entonces, carne y espíritu en ellos y el pueblo francés, los campesinos, los trabajadores, porque existían artesanos y porque recuerdo haber leído por ejemplo una hambre en Lyon, en plena Revolución y se habla de 15,000 trabajadores desocupados, lo cual quiere decir que había en cierto modo proletariado, aunque no existiera la mecánica como hoy, en determinados lugares, poblaciones, etc., éstos dan el impulso a la Revolución y éstos no solamente el impulso como catapultas, sino que presentan reivindicaciones de tipo social que levantan banderas, que levantan lomas dijéramos, con una significación determinada. Cuando las masas, la Comuna, los barrios de París, se levantan, no van ciegamente a asaltar las cárceles; van porque

saben que allí están o creen que están allí, los enemigos de la libertad del pueblo, de las conquistas políticas y de las conquistas económicas. No van ciegamente a matar; van desde luego coléricamente, van si se quiere brutalmente; pero hay más todavía y voy a terminar. Napoleón mismo, el Dr. de la Mata decía con razón y es un pensamiento que creo haber leído en Emerson y hasta se refiere precisamente a Napoleón, Napoleón representaba a los infinitos números de napoleoncitos, pudiéramos decir, que existían en Francia en ese momento; pero hay más todavía: Napoleón vence porque encarna las ideas de la Revolución Francesa, o parece encarnarlas y los pueblos lo reciben con alborozo; pero cuando Napoleón traiciona esas ideas, entonces encuentra en Europa el vacío y Napoleón es vencido. En España por ejemplo, los elementos más adelantados, los de verdad más liberales, se hacen afrancesados. El pueblo católico, etc., es enemigo; pero quizás sea porque el pueblo español tuvo, dijéramos, el instinto de que Napoleón no representaba la libertad, puesto que después vemos que en las Cortes de Cádiz se aceptan, los principios, naturalmente hasta cierto punto, dado el ambiente de la Revolución Francesa, aquéllos que Napoleón decía proclamar.

**DR. ICHASO:** Bueno, señores, muy interesante la polémica y sobre todo muy excitante; pero el tiempo apremia y no podemos continuar, de modo que vamos a... bueno, vamos a darle la palabra a Béguéz César, porque Béguéz César es una institución.

**DR. BEGUEZ CESAR:** Al Dr. Infiesta. ¿Qué influencia cultural produjo la Revolución Francesa cuando se hizo la invasión hacia España, en cuanto al orden cultural?

**DR. INFUESTA:** Exactamente, esa es la misma idea que él acaba de exponer, que me asaltaba a mí mientras escuchaba las últimas palabras del Sr. Salinas, y esa es precisamente la negación del principio que él exponía, en el orden práctico. En España, precisamente, fracasa Napoleón por eso, porque Napoleón es el hombre que lleva la libertad. Napoleón es, como todos los instrumentos de la historia, ciego en su actuación. Napoleón es un absolutista, pero un absolutista que dice: cada soldado puede ser Mariscal; cualquier hombre puede ser prefecto, cualquier mujer se puede casar con el Emperador, puesto que él está casado con la peor de las mujeres en el orden de la virtud convencional a que nos referíamos. Esa es la Revolución, ésa es la libertad, ésa es la individualidad exaltada a un nivel de amplias posibilidades. Pero en España no se sabe nada de eso. España es un país, en aquellos momentos, totalmente analfabeto, totalmente. Hay una pequeña minoría de hombres que quieren la libertad; esos hombres reciben a Napoleón; se les llama afrancesados; ellos transigen con una limitación de la libertad política a trueque de la libertad del hombre, de ser hombres libres. Napoleón suprime la Inquisición, Napoleón suprime los diezmos, Napoleón suprime las tierras llamadas

conscritas. Y el pueblo no quería eso. La Revolución de 1808 y así yo lo he escrito...

**DR. ICHASO:** ¿No lo quería el pueblo o no lo querían los grandes señores?

**DR. INFUESTA:** No la quería el pueblo por esta razón: y así yo lo he escrito en mi Historia Constitucional de Cuba; no es un argumento ahora para el caso. El pueblo español se alza por estos dos motivos nada más: uno, irritado por las vejaciones de los Mariscales franceses. Uds. saben que un hombre primitivo va por la calle, le dan un pisotón y mata al que lo pisó. El hombre culto le dice: Señor, perdóneme, no hay de qué. Se quita el sombrero y saluda aunque le han destrozado el pie. El pueblo italiano es un pueblo culto. Cuando Napoleón entra en el Norte de Italia y la saquea, Napoleón envía 3 millones 500 mil francos de obras de arte a Francia; sin embargo el pueblo del Norte de Italia se lamenta y espera que algún día la recuperará; pero más nada. Pero el pueblo español, fiero, enérgico, de pelea, no permite que le lleven una reja de coro de una Iglesia española. Hay tremendos motines en las Plazas porque se llevan el Santo tal, se llevan el patrono más cual, la reliquia de más allá; y los mariscales franceses, hombres escépticos, hombres de la Revolución, acostumbrados a saquear Europa, saquean España. Cataluña tuvo que pagar 10 veces su catastro de contribuciones, y por eso se alzó. Pero es que además Napoleón traía la libertad, esto es: Napoleón traía la igualdad de los hombres. España estaba acostumbrada a vivir un régimen de Derecho Otorgado, de Derecho foral. Uds. saben que hay dos clases de Derecho: el derecho que se tiene porque uno lo tiene y el derecho que le dan a uno. España vivía en la época del Derecho foral. Entonces los clérigos y los nobles se levantan contra Napoleón y el pueblo que está irritado contra aquél que le impone un Rey, que le roba sus propiedades, que saquea sus Iglesias, que no entiende aquello de Libertad, Igualdad. Fraternidad, porque no lo comprende, es el mismo pueblo que gritaría 20 años más tarde, cuando Fernando VII: ¡Vivan las cadenas! ¡Queremos cadenas! Eso es lo que nosotros entendemos. Entonces ese pueblo se levanta. La guerra de España, es a mi juicio por tanto, no una guerra como se ha querido pintar, una explosión de patriotismo sí, es una expresión de nacionalismo, basada en estas razones de tipo histórico y Napoleón fracasa en España por dos razones nada más: porque España no es un país propio para la guerra de maniobra que él podía hacer y en segundo lugar porque no se puede esclavizar a un pueblo. Cuando todo un pueblo: hombres, mujeres y niños, frailes, nobles, hombres de estudio, pelea, hay que dejarlo; no se puede exterminar a un pueblo. Esa es a mi juicio, la razón de la Revolución de 1808 y la negación de que esos principios viven en el alma de los hombres. Yo no puedo de ninguna manera, con toda la admiración que me inspira el talento con

que defiende sus tesis, compartir el criterio romántico de que el hombre trae principios eternos. Yo no creo en el derecho natural. El derecho natural no existe. Los hombres tienen derechos conforme a las épocas y la libertad no es más que la manera de entender las posibilidades de comportarse el hombre en sociedad. No entiende la libertad lo mismo un súbdito de los faraones que un inglés o que un francés. Un inglés sabe que no es igual a otro inglés; pero es libre. El francés sí es igual al otro francés, es igual, pero en cambio no tiene la libertad. Uds. ven así, que un inglés admite un Lord, que no admite un francés de ninguna manera, no es la misma libertad lo que entiende un hombre de una época que la de otra época. Así, por tanto, suponer que en el corazón de cada hombre y por ende del pueblo, ya desde que el mundo es mundo, existen los principios de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, no, es más, hay muchos hoy en el mundo que entienden que la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano es una opresión, y es la negación de la libertad y muchos dicen hoy, extremistas de derecha y de izquierda que, el individuo no es nadie, que el individuo no es igual a otro, que el Estado lo es todo, que el hombre es inútil en cuanto trabaja, en cuanto produce para los demás hombres y que el Estado debe dar de comer a todos los hombres y en cambio el hombre en sí como hombre, no tiene derechos de ninguna clase. Eso no es el criterio de los revolucionarios de Francia de 1789; sería injusto negar la verdad del momento; en aquellos momentos aquello era cierto y fué una conquista. Hoy se ven las cosas de otra manera. ¡Sabe Dios cómo las veremos dentro de cien años!



Emeterio S. Santovenia

## España Decapitada

**L**A España de fines del siglo XVIII y principios del XIX ¿llegó a ser decapitada? O, viendo en conjunto aquel dramático lapso, ¿no cabría decir que llegó a estar acéfala? La acefalía era dolencia con reiteración sufrida por España desde la época en que se hallaba reciente su unidad, la elaborada y precipitada por Isabel de Castilla y Fernando de Aragón. Acéfala, o pocos menos, quedó España en el momento en que de los Reyes Católicos pasó la Corona al primero de los Habsburgos. Acéfala, siendo una monarquía sin monarca, volvió a verse en las postrimerías del último de los Habsburgos. Y acéfala, o casi acéfala, estuvo una centuria después, bajo el reinado del apático e inútil Carlos IV, cuando el Mundo se estremecía por efecto de una riada revolucionaria y más necesarios eran enérgicos y viriles conductores de pueblos.

Carlos IV empuñó el cetro hispánico en instantes en que el subsuelo de Francia se hallaba minado por ideas y hechos que no podían desembocar sino en una explosión llamada a dejar de sí larga memoria. Pero la España misma no se hallaba totalmente al margen de tales hechos e ideas. El reinado de Carlos III había tenido de todo: había tenido errores, lucimientos y progresos. Los errores mayores fueron de carácter internacional, ya para quebranto propio, como la guerra con la Gran Bretaña que culminó en la pérdida temporal de La Habana, ya para felicidad ajena, como la ayuda a la creación de los Estados Unidos de América. Los lucimientos tuvieron que ver mucho con el avance de pensamientos y sentimientos liberales en la Península. Los progresos se manifestaron bajo la acción de excelentes ministros, entera-



dos de la urgencia de introducir métodos activos y eficaces en la ardua tarea de gobernar las Españas, entonces tan vastas aún que apenas dejaban de estar alumbradas por el Sol. En suma, Carlos IV asumió la Corona en una hora histórica en la que era posible advertir la proximidad de grandes cosas, así en el ámbito nacional como en la vecindad europea.

La primera grave inquietud que debieron de sufrir los gobernantes españoles de principios del reinado de Carlos IV provino del otro lado de los Pirineos. Lo que sucedía en Francia no era como para poner sosiego en los ánimos de vecinos muy cercanos. Y lo que empezó siendo motivo de intranquilidad por razones de carácter general acabó en tragedia para la real familia a que pertenecía el soberano hispánico. El destronamiento de Luis XVI y su muerte, y nada menos que bajo el filo de la guillotina, sobre herir profundamente la sensibilidad del Rey y de quienes lo rodeaban, formaron parte de las causas de las dificultades y los antagonismos que alcanzaron máxima expresión en la declaración de guerra por la República Francesa a España. Al cabo de más de dos años de lucha, por el tratado de Basilea, regresaron ambas naciones a la paz, sólo medianamente satisfactoria para España, que a cambio de la restitución por Francia de lo detentado en el territorio de la Península, cedió a la República la parte hispana de la isla de Santo Domingo. Tal suceso tuvo enorme importancia para las Antillas, ya que el propio Santo Domingo fué teatro de un proceso de profundas perturbaciones y Cuba se aprovechó de la emigración de familias, riquezas e instituciones producida por el traspaso de aquella colonia.

Desde antes de ascender Carlos IV al Trono gozaba de su privanza y de los favores de su consorte Manuel Godoy, elevado a la insólita condición de Príncipe de la Paz con motivo de la negociada en Basilia. Carlos IV inició su reinado manteniendo de primer ministro al conde de Floridablanca, a quien sustituyó el de Aranda, uno y otro tan influyentes en la producción de acontecimientos felices en la época de Carlos III. Godoy carecía de madurez, talentos y prestigios semejantes a los de Aranda y Floridablanca, por una parte, y, por otra, lo hacía detestable la espuria razón de su intimidad y ascendiente con la real pareja.

La política del Favorito, que desacreditaba a la Corona, envolvió a España en graves dificultades internacionales. La alianza de España con Francia después del tratado de Basilia precipitó la ruptura de aquélla con la Gran Bretaña, una más entre las guerras que a lo largo del siglo XVIII interrumpieron las relaciones de Madrid con Londres. En la contienda España perdió parte de su armada en el Cabo de San Vicente. Por añadidura, un conflicto bélico generaba inmensos sacrificios materiales, sólo atendibles mediante la creación de impuestos que aniquilaban al pueblo, y causaba serios trastornos en el vasto imperio colonial de España. Nuevas cargas aumentaban la penuria colectiva y el descontento general. Cuando, en las postrimerías de la centuria, se acercó por primera vez a La Habana la nave que conducía al adolescente Simón Bolívar, por ejemplo, el puerto que era llave del Nuevo Mundo se hallaba bloqueado por los británicos, suceso que pertenecía a la clase de lo que notoriamente empeoraban la situación de la Metrópoli.

La exaltación de Napoleón Bonaparte a la prepotencia política en Francia tuvo que dejarse sentir en España. Napoleón hizo embajador suyo cerca de Carlos IV a su hermano Luciano, encargado de acelerar en la Península la adopción de medidas enderezadas a ensanchar la esfera de su influencia. Desde la aparición de Luciano Bonaparte en El Escorial hasta la liquidación de su embajada, con la adición de una triste guerra contra Portugal, crecieron los excesos de Francia a expensas de España. Godoy, a quien no faltaba perspicacia, dictaminó con acierto cuando escribió que el Primer Cónsul y la Gran Bretaña, riñendo a muerte entre sí, harían a España pagar vidrios rotos y de las Américas el blanco de las ambiciones de ambos. Por su parte, Napoleón dijo demasiado en presencia de José Nicolás de Azara, embajador de Carlos IV acreditado en París, levantando la voz en una sarao, al proclamar que en el Mundo sólo había dos naciones: Oriente y Occidente, y que quienes pretendiesen meter en hostilidades a Francia, España e Inglaterra, tan análogas en ideas, creencias y costumbres, deseaban una guerra civil.

Los reyes de España —ella por flaqueza moral y él por acidia e incapacidad— se holgaron de dejar el gobernalle de la Nación

en manos de Godoy. Y Godoy, percatado del peligro emanado del creciente poder personal de Bonaparte, creyó que, dadas las inclinaciones predominantes en la época, sería buen expediente el de la corrupción. En París llegó a funcionar con no disimulada normalidad una oficina española llamada "de corrunción" y destinada a nutrir la codicia de franceses de altos oficios. Los sobornables funcionarios galos podían recibir con escaso recato parte del oro que América suministraba a España, pero tal procedimiento no era lo suficiente idóneo como para cambiar el rumbo de las ambiciones napoleónicas.

La paz de Amiens advino a modo de solución que podía conjurar los riesgos por Godoy temidos de las pugnas entre la Gran Bretaña y la Francia de Bonaparte. Por lo pronto, alivió el estado de los negocios hispánicos, puesto que dejó franca la navegación de los galeones que cubrían la carrera entre España y su América, con visible atenuación de las aperturas económicas del Reino y positivo alejamiento del hambre en su población. Pero aquello apenas pasó de una tregua corta. La nueva ruptura de la Gran Bretaña con Francia arrastró a España, comprometida a prestar a su vecina seria ayuda. A Godoy fué imposible eludir tal obligación con resistencias o con intrigas. La fuerza naval de Carlos IV quedó reducida a poca cosa en Trafalgar, una de las peores consecuencias de la alianza francoespañola. Entonces España dejó de contar como potencia marítima y, en consecuencia, perdió el más necesario de los instrumentos para el comercio entre metrópoli y colonias surtidoras de incalculables riquezas, cuyo aprovechamiento había pretendido atender el plan de principios del reinado de Carlos IV dirigido a aumentar y mejorar la marina mediante estudios y trabajos en el Atlántico y en el Pacífico. El eco del desastre de Trafalgar llegó a Buenos Aires, objeto de la codicia británica.

La irrestricta influencia de Godoy en las cámaras regias continuó siendo uno de los factores determinantes de las extremas dificultades que afligían a España en la primera década de la décimonona de las centurias cristianas. Mientras el Privado era elevado a la dignidad de gran almirante, sobre ser generalísimo y príncipe, la Nación, juguete de peligrosísimas combinaciones

de Napoleón y metida en guerra contra Portugal, recaía en enredos y reveses de incalculables consecuencias. Lo peor de todo radicaba en la crisis dinástica. El Príncipe de Asturias había crecido odiando a Godoy. En vano habían querido Carlos y María Luisa inculcarle la idea de que él debía amar al de la Paz tanto como ellos lo amaban. Naturalmente, la ojeriza del heredero de la Corona hacia el Favorito acarreaba a aquél hondas desazones con sus mayores, pero le valía el fervor del pueblo y de la nobleza, que no cesaban de ver en Godoy a un aborrecible intruso en la real familia y un impenitente perturbador de la existencia nacional.

La situación de España era sumamente grave. Había perdido su poder naval, indispensable para el aprovechamiento y la conservación de su imperio colonial. A despecho del exceso de tributos, sus arcas se hallaban vacías. Se veía abrumada por enormes cifras de personas sin función social productiva. Carecía de barcos con qué repeler adecuadamente las agresiones británicas. No tenía ejércitos con qué hacer eficaz su alianza con Francia. Y sus reyes vivían entregados a perniciosas disputas por efecto del antagonismo existente entre el príncipe Fernando y el de la Paz. Ante este cuadro pavoroso el pueblo creyó ver su salvación en el heredero real, quien se entregó a la tarea de intrigar y conspirar contra Godoy y contra sus propios padres, con el beneplácito y el apoyo de la legión de los inconformes. En El Escorial hubo arrestos. Fernando sufrió persecución y recibió perdón. En Aranjuez se produjo un motín. Godoy cayó vergonzosamente. Todo aquello era como un premeditado proceso de infortunios y torpezas destinado a facilitar el desarrollo de siniestros planes de Napoleón Bonaparte.

La ocupación de España por tropas napoleónicas y la ruina dinástica precipitada por la cuasi idiotez de Carlos IV y las irresoluciones de Fernando VII dieron lugar a páginas de las más dramáticas escritas en los primeros lustros del siglo XIX. Bonaparte sacó de España a los Borbones, tuvo por vacante el trono hispánico y lo cubrió con su hermano José en momentos en que el pueblo de la Península inició toda una epopeya, consagrada a rescatar su independencia. Fué entonces cuando la España

cuyos martirio y heroísmo fueron dignos del arte inmortal de Goya, acéfala a causa de la incapacidad de los Borbones, organizó una rebelión titánica, tan titánica, a la vez que tan eficaz, que estaba llamada a marcar el principio del fin de la omnipotencia del amo de Europa.

Mientras el martirizado y heroico pueblo español sangraba y moría por su independencia, y aspiraba a culminarla instalando en el Trono a Fernando VII, el Rey Deseado, éste daba por perdida su corona y no se recataba en el afán de halagar al Emperador. Así y todo, la España de las grandes abnegaciones luchó hasta con las uñas en defensa del señorío de su voluntad. Los hombres de pelea pelearon. Los hombres de pensamiento pensaron. Y, peleando y pensando, avanzaron hacia adelante y hacia arriba con la fe y la esperanza puestas en los milagros humanos que saldrían de la forja de las Españas, integradas por los españoles de ambos hemisferios, los millones de súbditos a quienes las Cortes reunidas en Cádiz, en ausencia y cautividad de Fernando VII, asignaron la obligación de amar a la Patria y el deber de ser justos y benéficos.

El estremecimiento de la España hollada y no domeñada por Bonaparte tuvo derivaciones las más complejas y graves que pudo concebir la mente humana. El rescate de su independencia fué venturosa realidad, hija, más que de la ayuda británica, de la férrea voluntad de mujeres y varones hazañosos. El sueño de tener un rey sumiso al precepto de que la nación era libre y soberana, y no patrimonio de familia o persona alguna, quedó burlado por la infame deslealtad del Deseado. La ilusión de las Españas, extendidas a lo largo y a lo ancho del Mundo, desapareció cuando en América, una de las mejores creaciones del genio hispánico, se hizo fuerte y triunfó la idea de desgajar de la Metrópoli inmensos virreinos y colonias. Eso fué en lo material. En lo inmaterial resultó completa la victoria de los que pelearon y pensaron en los días más luminosos de la España de Goya, cuyo espíritu, bravío e indómito, quedó siendo parte integrante e inseparable de lo mejor de los pueblos que, cualesquiera que fuesen su estructura y destino políticos, continuaron hablando la lengua de Castilla.



## DISCUSION

**DR. ICHASO:** Siguiendo nuestra tradición invito a nuestro segundo disertante de esta tarde, doctor Pánfilo Camacho, a que haga alguna pregunta u observación al doctor Santovenia sobre la admirable síntesis histórica que acaba de ofrecernos.

**DR. CAMACHO:** Bueno, yo realmente no tengo ninguna observación que hacerle, pero ante esta circunstancia, le hago al doctor Santovenia la siguiente pregunta: Dado el fracaso de Miranda en el año 1806, si no se hubiese producido la invasión napoleónica en 1808, ¿cuántos años cree usted que se hubiese demorado la independencia de Suramérica?

**DR. SANTOVENIA:** Dijo Max Nordan que a veces los historiadores queremos dárnoslas de profetas del porvenir y que bastante tienen con ser profetas del pasado. El doctor Camacho casi me plantea la necesidad de contestar por la vía de la profecía; sería difícil decir si la independencia de la América se hubiese precipitado o no, en las primeras decenas del Siglo decimonoveno, de no haber surgido la invasión de España y la Guerra de Independencia de España que, naturalmente debilitó las fuerzas que la metrópoli podía sostener en América para contrarrestar la idea de la emancipación; pero como el fenómeno de la independencia de América obedeció a causas anteriores a la invasión de España por Napoleón y a la Guerra de Independencia hispánica, y esas causas dependieron en gran parte de la capacidad que iba adquiriendo el pueblo de la América hispana por una parte y por otra, de la presencia de hombres como Francisco de Miranda, a quien el doctor Camacho ha mencionado, como Simón Bolívar, para no citar otros, no creo yo que se hubiese dilatado mucho este proceso de la transformación político-social de la América española. Eso era un suceso que, previsto ya desde principios del siglo XVIII, por hombres como William Peterson, debía producirse en nuestra América, como se produjo en la primera mitad del siglo XIX.

**DR. ICHASO:** ¿Está satisfecho el doctor Camacho? ¿Alguna otra pregunta? ¿Preguntas del público?

**SR. FRANK DUMOIS:** Dr. Santovenia, ¿qué importancia tuvo el sitio de Zaragoza en la invasión francesa?

**DR. SANTOVENIA:** ¿Importancia?

**SR. FRANK DUMOIS:** Sí; que si marca alguna fase...

**DR. SANTOVENIA:** Contemplo el proceso de la invasión de España por las tropas napoleónicas y la reacción del pueblo español en conjunto, y ese conjunto claramente nos dice que careció de importancia el esfuerzo francés, considerado totalmente. La bravura del pueblo español fué una revelación si se quiere para los que lo contemplaban sumiso ante las anomalías del Borbón Carlos IV. Pero esa bravura del pueblo español

fué tal, que las fuerzas napoleónicas chocaron, quizás por primera vez, con obstáculos que demostraron la importancia para dominar el mundo, como lo pretendía el Emperador.

**DR. ICHASO:** Tal vez, doctor Santovenia, la pregunta que acaba de ser formulada, quiera referirse de un modo específico a la participación de la mujer española en el sitio de Zaragoza, ¿verdad? Hubo una famosa heroína en esa acción.

**DR. SANTOVENIA:** Dije en mi disertación que mujeres y hombres, porque se sabe que en la Guerra de Independencia española, hasta con calderetas de agua caliente se peleó ¿no?, a falta de armas blancas y de armas de fuego, pues con agua caliente, con ladrillos, con piedras, con todo se peleó.

**DR. ICHASO:** Es decir, que el pueblo sacó la cara por un gobierno en fuga, ¿no?

**DR. SANTOVENIA:** Sí, no había gobierno. Era la acefalía.

**DR. DE LA MATA:** Sin tener el propósito de hacer una crítica al título de la conferencia, me parece que nunca ha tenido el pueblo español más cabeza que cuando ha carecido de la mala cabeza de sus reyes. Precisamente el día anterior, en la conferencia del domingo pasado, se planteaba el problema de los líderes en los movimientos y se mencionaba precisamente este hecho de que el pueblo español reaccionó de una manera magnífica en la lucha por la libertad y la independencia, llegando a manifestar en hechos como las Cortes de Cádiz y la batalla de Bailén, etc., su capacidad de obrar sin líderes. Esto me induce a preguntar al doctor Santovenia, brevemente, ¿le parece que la obra de revoluciones, de movimientos de envergadura histórica, obedece realmente a un hombre o por el contrario, como decíamos en la conferencia pasada, es el hombre único, el exponente o la expresión de ese contenido general que hay latente en el pueblo?

**DR. SANTOVENIA:** Me parece que son factores concurrentes. Es posible que haya un pueblo, la masa del pueblo, con mucha capacidad para pelear y para transformar y si le falta el hombre guía o los hombres guías, su esfuerzo sea inútil, y desde luego, puede haber un grande hombre o algunos grandes hombres con propósitos y facultades para impulsar un gran movimiento y si no hay pueblo, ese movimiento no podrá avanzar. Me quiero referir a las primeras palabras del doctor de la Mata para decirle que coincido con él, en creer que cuando España ha parecido a veces sin cabeza, ha andado bien, pero es que entiendo que como en el caso frente a Napoleón, a falta de una cabeza coronada, hubo una cabeza múltiple en capacidad de trabajo y de pensamiento, como fueron las Cortes de Cádiz. He admirado siempre en España estas dos grandes cosas: que no desapareciera como potencia europea cuando se dió a la tarea ingente de crear la América española. Cuando uno



contempla lo que hizo España allá en el primer siglo de la conquista de América, se abisma pensando que pudo subsistir la España de Europa y lo segundo que he admirado siempre en España el que, en situaciones críticas, de profunda crisis, como la que he aludido, aquella a que he aludido en mi disertación, y esas situaciones críticas ocurrieron a la desaparición de los Reyes Católicos, en los últimos años de "El hechizado" y en el tiempo de la prepotencia de Godoy, es una nación que sin cabeza capaz de dirigir los grandes intereses metropolitanos y coloniales, pudo el pueblo español subsistir por sí y en los primeros casos mantener sus colonias nacientes. En el último caso no pudo España conservar sus colonias, porque como ya hemos indicado, estaba demasiado madura América para la Independencia y no había fuerzas mentales ni materiales capaces de contrarrestar un fenómeno que ya estaba determinado por el destino.

**DR. ICHASO:** ¿Alguna otra pregunta del público?

**SR. CLEMENTE GARCIA:** ¿No cree usted, doctor, que en cierto modo la invasión napoleónica es una causa indirecta de la independencia de América, porque las fuerzas que operaban dentro de Suramérica se dieron cuenta con la creación de las juntas revolucionarias y gobiernos provisionales destinados a suplir la ausencia de la metrópoli, se dieron cuenta hasta qué punto podían prescindir de ellas?

**DR. SANTOVENIA:** La invasión de España por Napoleón, creo que lo hemos dicho ya, ayudó al proceso de la independencia de la América española, pero no es su causa única ni la causa determinante. Ciertamente, en casi toda la América, en la misma Habana, se crearon juntas destinadas, en ausencia del Rey, por su cautividad en Francia, a mantener los derechos de la propia Corona. Todavía es uno de los grandes motivos de debates históricos en la Argentina las raíces, la naturaleza y el alcance de la Revolución de Mayo. Si miramos aquí mismo a nuestro vecino mexicano vemos que Morelos, el gran caudillo, con Hidalgo, de la independencia, todavía estaba peleando y dando vivas al Rey deseado. En definitiva cuando el Rey deseado volvió a España y se descubrió la cara y produjo una honda crisis en la península, eso fué un nuevo motivo para que en la América donde estaba confusa la idea de la independencia ésta pudiera prosperar más libremente.

**DR. BUGUEZ CESAR:** Ahondando en la sugestiva pregunta del doctor Camacho y en la segunda sugestión del señor García sobre la fermentación napoleónica y los efectos en la independencia americana ¿no cree el doctor Santovenia que la primera junta revolucionaria de América, la de Chuquisaca en 1807, no necesitó de la invasión napoleónica para la fermentación de la independencia Suramericana?

**DR. SANTOVENIA:** Creo que esa Junta, o el resultado de esa Junta se hubiese producido de todas maneras como se produjo lo que los ecuatorianos llaman "luz de América", que es la manifestación del

pensamiento de Espejo, enderezado a que América fuese libre e independiente. Lo que hemos estado aquí manejando esta tarde es si la invasión de España por Napoleón y la Guerra de Independencia de España contra la invasión francesa, fué causa concurrente o motivo determinante exclusivamente de la independencia de América.

**DR. ICHASO:** Quizás haya una confusión entre las causas determinantes y las causas coadyuvantes ¿no?

**DR. SANTOVENIA:** Tengo que repetir que la invasión de España por Napoleón y la reacción heroica del pueblo español contra la invasión de Napoleón, fué un motivo concurrente, una causa coadyuvante como acaba de decir el doctor Ichaso, no determinante. Creo y sigo creyendo que América hubiese sido independiente de todas maneras en las primeras décadas del siglo XIX, como lo fué.

**SR. REYNOSO:** Yo estoy de acuerdo con el doctor Santovenia. La pregunta que había hecho mi amigo Clemente García me había dejado un poco en duda. La libertad argentina no viene a raíz de la invasión napoleónica, sino viene a raíz de las invasiones inglesas a las Provincias del Plata, en la cual, por primera vez, las Colonias del Río de la Plata se dan cuenta que pueden tener nuevas fuentes de abastos con los otros territorios y no estar atados como estaban sumisamente a la Corona española ¿no? Yo creo, como el doctor Santovenia, que no es la invasión napoleónica a España, sino más que nada, la invasión inglesa a las colonias de América, la que trae la idea de la libertad.

**DR. ICHASO:** La última pregunta. Breve, por favor.

**SR. OTTO JAHKEL:** Doctor, le quisiera preguntar si las Cortes de Cádiz fueron conservadoras o radicales, y la segunda pregunta, muy corta, que aquí en Cuba se dignifica mucho a una persona que es un borrón para la Historia de España y le quería preguntar si él era tan liberal por las influencias de la Revolución Francesa, el amigo de Isabel II, el beato Claret.

**DR. SANTOVENIA:** La segunda pregunta no está dentro de la materia de mi disertación, voy a contestar a la primera: Las Cortes de Cádiz fueron, llana y sencillamente, liberales; no fueron ni reaccionarias ni excesivamente revolucionarias, fueron liberales, que en ese momento era lo mejor que podía darse a España.

**DR. ICHASO:** Muchas gracias, doctor Santovenia.

Pánfilo D. Camacho

## Bolívar y la Independencia Iberoamericana

**S**IMÓN Bolívar fué un criollo de casa noble y rica que heredó cuantiosos mavorazgos y bienes. Doscientos años hacía que el primer Simón Bolívar había llegado de la Península a las risueñas tierras venezolanas cuando el último de los hijos de Juan Vicente Bolívar y Concepción Palacios vió la luz del Sol en la ciudad de Caracas el 24 de julio de 1783. Huérfano a los nueve años, sus tíos se encargaron de administrar sus bienes.

Entregado a los frailes para su educación, paradójicamente se confió después esa sustancial tarea a aquel Simón Rodríguez que ha pasado a la Historia por sus actitudes estrafularias. Con Rousseau y los enciclopedistas como modelo, el maestro recién llegado de círculos europeos hizo que el joven Bolívar a los quince años supiera que la sociedad estaba mal organizada y que era indispensable reformarla, aunque estuviera reñido con la ortografía.

Después de haber obtenido el grado de subteniente, su tío decidió enviarlo a España para curarlo de las rarezas e impacencias que se le notaban. En la corte madrileña convivió con ricos e ilustrados parientes. Mientras estudiaba y se divertía, comprobó que la nobleza peninsular se tenía por superior a la criolla. A los dieciocho años se casó con su prima Teresa y con ella se trasladó a Venezuela. La inmediata muerte de aquélla lo hizo regresar a España bajo el juramento, que cumplió, de no volver a casarse.

Aún con su mediana estatura, a los veinte años tenía aristocrático porte. Era de color aceitunado como denunciando un mestizaje remoto. Poseía abundante y rizada cabellera negra y ojos medianos y también negros. Instalado en París, jugó su dinero, estableció modas, se dió vida de príncipe y gozó plenamente de las licencias de aquella ciudad. La equitación y la danza lo embriagaban. Solicitado y halagado por una querida joven y bella, apuró todos los goces hasta caer en profundo hastío. Inteligente y culto, alternó en tertulias con figuras del mundo de la elegancia y de las letras. En público y con gran revuelo, criticó a Napoleón por haber cambiado el gorro frigio por una corona. Cuando no pudo más, salió para Viena en busca de Rodríguez, con quien paseó por el resto de Europa. Ante sus dubitaciones, Rodríguez le advirtió que tenía dos caminos: dedicarse a la carrera de la sabiduría o a la carrera de la gloria. Bolívar, como dijo después, se decidió por la segunda. Con Rodríguez como único testigo, juró teatralmente sobre el Monte Sacro de la ciudad eterna que completaría la independencia de América.

Indolente y desorientado, ninguna relación había tenido él con el precursor Miranda, quien acababa de regresar a Inglaterra después de su frustrada expedición libertadora a Venezuela. Ambos contrastaban en carácter, en estatura y hasta en edad. Aquél sabía manejar los hilos de la diplomacia y él sólo era un calavera neurópata. Aparte de sus manifestaciones psicopáticas, era modelo de urbanidad y delicadeza. Cuando vió que Napoleón había invadido España, anunció que quería ver qué pasaba en América.

Decretada la independencia de Venezuela con la tibieza de quienes se llamaban defensores de los derechos de Fernando VII, poco después llegaba Bolívar a Londres como primer embajador del nuevo estado. Su cultura europea y su bolsa le dieron acceso al cargo. Allí se vió obligado a frenar sus impulsos independentistas. Miranda le sirvió de asesor. Cuando regresó a Caracas, se llevó a Miranda y se olvidó de las armas y los subsidios. Después del primer desastre, en el que quedaron vencidas las fuerzas republicanas con Miranda de dictador y Bolívar lloró amargado la pérdida de Puerto Cabello, entregó a las furias realistas al más

denodado campeón de la independencia americana so pretexto de que había cometido traición al capitular con Monteverde.

Hombre de voluntad indomable, aquel desastre, del que él también fué responsable, lo hizo producirse como el hombre providencial que en el momento oportuno debe aparecer en la Tierra. Como dijo en Caracas a raíz del terremoto que la destruyó, hasta contra la Naturaleza, si se le oponía, estaba dispuesto a luchar. No era militar de escuela ni sabía nada del arte de la guerra, pero su ambición de gloria y de poder lo convirtió en hábil guerrero. Gracias a su equívoca conducta para con Miranda, pudo entonces salvarse de las iras de sus enemigos y escapar a Curazao,

Con vistosa casaca azul, botones dorados, corbata negra y relucientes botas, como se le vió después siempre, llegó en seguida a Cartagena con la primera de las ciento cincuenta proclamas que dirigió a sus compatriotas. Dromómano por naturaleza, a partir de ese momento su vida inquieta estuvo totalmente unida al caballo que necesitaba para volar, como él decía, por las agrestes tierras suramericanas. En aquélla solicitaba de los neogranadinos ayuda para reconquistar a Venezuela. Imprudente e impetuoso, logró casi a la fuerza que se le permitiera llevar adelante su plan. Pocos meses después entró en Caracas a paso de vencedor. Entonces le confirieron el hermoso título de Libertador, que siempre ostentó como el mejor. Sólo tenía treinta años. Como Napoleón, en seguida buscó una Josefina, pero sin amarre legal.

Después de haber llorado sobre las ruinas de su ciudad natal, se aprestó a defender lo que a fuerza de audacia había conquistado. Su experiencia de Puerto Cabello y la guerra que había decretado lo llevaron a ordenar la matanza de los mil prisioneros que había en La Guaira y centenares de ejecuciones. No obstante, el esfuerzo de los realistas con tropas bien equipadas y el empuje de los sanguinarios y temidos llaneros Boves y Morales lo arrojaron hacia Nueva Granada. Después los celos de sus mismos compatriotas lo obligaron a exilarse en Jamaica.

En Kingston, pasó privaciones, se salvó milagrosamente de un atentado y caviló profundamente, pero en su soledad concibió proyectos y presentó planes que exaltaron sus calidades de profeta y estadista. Allí concibió la creación de la Gran Colombia, apuntó

la necesidad de construir el Canal de Panamá y anunció que algún día las artes y las ciencias se trasladarían de Europa a América. En su **Carta de Jamaica** previó la formación de distintas naciones americanas.

Al arribar de nuevo a tierras continentales, anunció alborozado su sueño de libertad a Venezuela, crear la Gran Colombia y llevar la libertad al Perú, profecía que se cumplió totalmente. Como podía perdonarlo todo menos que se le arrebatara el mando, cuando uno de sus segundos, el general Piar, desconoció su jefatura, hizo que se le juzgara en un consejo de guerra y que se le fusilara. Con esta medida, que después reputó de salvadora, mantuvo en sumisión a todos sus demás subordinados.

Merced al apoyo que siempre le prestó el bravo llanero Páez y a los soldados ingleses que reclutó pudo abrirse paso de nuevo en las tierras venezolanas, convocar el Congreso de Angostura, que legalizó su situación política, y atemorizar al general Morillo, a quien obligó a salir de Bogotá para defender a Venezuela. Entonces realizó el acto más genial de su carrera: mientras Morillo atacaba en Venezuela, él se propuso sorprenderlo con la ingente tarea de atravesar los Andes con la celeridad del rayo y tomar la capital de Nueva Granada. Realizó una hazaña que los grandes estrategias consideraron como grandiosa y cumplió su promesa al vencer a los realistas en **Boyacá**. Desde este instante quedó siendo el dueño de la Gran Colombia. El botín de un millón de pesos que obtuvo en Bogotá le sirvió para ir de nuevo a Venezuela y vencer al enemigo dos años después en la decisiva batalla de **Carabobo**. En Bogotá, Josefina fué sustituida por Bernardina.

Cuando creyó cumplida su misión en Venezuela, le dejó el resto de la tarea a Páez, y él salió con Sucre con el propósito de someter a Quito y Guayaquil. Así quedaría consolidada la Gran Colombia. La euforia se apoderó de él por esa época. Poco después Quito se le rendía, y allí encontró a Manuela Sáenz, la mujer de cuyo amor no pudo deshacerse durante los ocho años que le quedaban de vida. Para completar su ambición, entró apoteósicamente en Guayaquil, y ya tenía abierto el camino hacia el Perú. Todavía no había cumplido los cuarenta.



Guayaquil era ambicionado por peruanos y colombianos, pero Bolívar supo llegar primero y ganárselo. Allí recibió la visita de San Martín, el libertador del Plata y de Chile y a la sazón Protector del Perú. No obstante la leyenda, allí sólo se trató del saludo cordial de dos capitanes. Por sus jerarquías, ninguno podía subordinarse al otro. Se ofrecieron recíproca ayuda. Sin embargo, el propio Protector dejó entrever al Libertador su retiro del mando debido a disensiones con sus compañeros de armas del Perú. Y Bolívar, que comenzaba a saturarse de gloria y de amor, emuló al amigo Humboldt escalando el Chimborazo, para escribir sobre la cumbre helada su llamado **Delirio**, que constituye, dentro de su brevedad, un momento estelar de la literatura.

Llamado Bolívar a ayudar a los patriotas peruanos, que se consumían en guerras intestinas, se le confirieron poderes dictatoriales. Pero ya su salud comenzaba a resentirse y sufría frecuentes fiebres pulmonares y ataques de demencia. Entre tanto, esperaba los refuerzos que había pedido a Colombia. La llegada de éstos y las disensiones que también había entre los realistas, le permitieron vencer en la batalla de **Junín**. Después delegó en Sucre para que terminara la campaña del Perú. Y Sucre se convirtió en el Gran Mariscal de Ayacucho al vencer decisivamente al virrey y a todos sus generales. Así dejaba consumada la independencia suramericana. Poco después él mismo se solazaba dictando los artículos de la constitución del nuevo estado que se llamaría de Bolívar o Bolivia.

Nombrado Presidente vitalicio del Perú, hasta soñó con dirigir los destinos de toda la América del Sur, pero los rioplatenses y chilenos se pusieron en guardia. Entonces convocó el Congreso de Panamá. Después de su fracaso, dijo que se trataba de una “fanfarronada” para hacer que se hablara de Colombia. Era una vieja táctica suya, como la de mandar a falsificar cartas, inventar negociaciones diplomáticas y amenazas a España con que invadiría Cuba y Puerto Rico con el ánimo de que se le temiera. Por aquella época llevó a su lado al maestro Rodríguez, quien entonces se llamaba Samuel Robinson, y lo ayudó en sus planes educacionales. Dictador en todo, dirigió a su cantor el poeta



Olmedo una carta en la que hacía correcciones de fondo y de forma a su canto **La victoria de Junín**.

Cuando Bolívar regresó a Colombia al cabo de haber pasado cinco años en las tierras del Sur y de haber cruzado y recruzado varias veces la cordillera andina, se hallaba colmado de cuantos honores pueden ofrecerse en la Tierra. Pero llevaba las huellas de una vejez prematura y el cansancio físico y moral. Como había previsto, al despojarse de la espada comenzó a probar el acíbar de ser desobedecido por los mismos que antes lo adulaban. La intriga y la corrupción florecían en los predios colombianos. Santander en Nueva Granada y Páez en Venezuela daban riesgosas señales de independentismo y secesión. Entre tanto, la tisis y las bilis hacían que sus mejillas se hundieran más cada día. Mientras creía haber sometido a Páez en Caracas, Santander, aquel amigo a quien llamaba “el hombre de las leyes”, trataba de socavarle su autoridad en Bogotá. Después las circunstancias lo obligaron a aceptar la dictadura, que, según su dicho, él detestaba, pero que se cohonestaba con su manera pretoriana de dirigir los destinos de las tierras que libertó del yugo español. Esa era otra táctica suya, muy análoga a la de hacer en cada caso renuncia del mando so pretexto de que era amigo acérrimo de la libertad, para conseguir que se le dejara hacer su omnímoda voluntad, ya que nunca admitió ningún freno constitucional ni legal.

Tres meses después sufrió el inmenso dolor de que su viejo amigo Santander dirigiera un complot para asesinarlo. Como no tuvo valor, no se sabe por cuáles humanas razones, para hacer con él lo que había hecho con Piar, no le quedaba más camino que salir de Colombia. Ya Páez, más ambicioso aún que su jefe, había decretado que éste no podía entrar más en Venezuela, la tierra por la que varias veces se había jugado la vida. Le negaron hasta el derecho de recobrar los bienes que había adquirido por herencia, y se conformó con decir que moriría como había nacido: desnudo. Ya sólo se contentaba con que su nombre se salvara para la posteridad.

Cuando presentó su única verdadera renuncia, no le quedaba más amistad firme que la de Sucre, que fué asesinado poco después por quienes lo temían y lo envidiaban. Entonces murió mo-

ralmente. Huyendo hacia un punto de embarque, se detuvo en Cartagena. No se conformaba aún con darse por vencido, y hasta hacía esfuerzos por recuperar el mando. Pero ya era tarde: la muerte le venía encima.

Para que la herida fuera más profunda, cuando llegó a Santa Marta con el propósito definitivo de embarcarse tuvo que alojarse en la hacienda San Pedro Alejandrino en la casa de uno de aquellos "godos" a quienes tanto estigmatizó. Siete días antes de morir dictó su última proclama, en la que pedía la unión de sus compatriotas. Erróneamente desde luego, en una de sus últimas cartas dijo que el que servía a una revolución araba en el mar. Aunque por conveniencias políticas había halagado a la Iglesia muchas veces, se negó a confesarse. En su postrer delirio dijo: "vámonos, vámonos, que esta gente no nos quiere en esta Tierra". Tenía cuarenta y siete años. Poco después, la Gran Colombia quedaba hecha pedazos. Pero su gloria quedó siendo imperecedera.

## DISCUSION

**DR. ICHASO:** Dr. Santovenia, ¿se le ocurre a usted algún retoque al vivo cuadro que acaba de ofrecernos el doctor Camacho?

**DR. SANTOVENIA:** En tan pocas palabras y quizás ni con más palabras puede presentarse un cuadro tan completo de la trayectoria histórica de Simón Bolívar. Unicamente quiero hacer, y no por vía de rectificación ni de ampliación, sino más bien por curiosidad, una pregunta al doctor Camacho. Sabemos que uno de los quistes históricos de nuestra América es la interpretación tan disímil que se ha dado a la famosa Conferencia de Guayaquil, al extremo de que en estos momentos vemos con pena que dos grandes cultivadores de la historiografía americana, como son don Vicente Lecuna en Caracas y don Ricardo Levene en Buenos Aires, han llegado hasta a reñir, aunque a distancia, personalmente. En vano yo he procurado echar un poco de aceite en ese proceloso mar de pasiones; unos y otros siguen manteniendo tesis que, en definitiva pudieran conciliarse perfectamente, como han dicho argentinos tan notables como don Ricardo Rojas y don Enrique de Gandía. La pregunta que quiero hacerle al doctor Camacho es si él no cree que estuvo sincero el Libertador San Martín cuando en Guayaquil manifestó al Libertador Bolívar su disposición a ponerse a sus órdenes para marchar ambos a consolidar la independencia de América en el territorio peruano.

**DR. CAMACHO:** La pregunta la contesto afirmativamente. Como dije anteriormente, hay una leyenda en el asunto de la entrevista de Guayaquil y todos los que hemos estudiado Historia de América, hemos llegado a esa conclusión, porque mayormente la Historia que conocemos de primera mano es la de Estévez que así lo dice y los otros textos de Historia. Pero después de haber repasado yo toda la Literatura que se ha escrito sobre la conferencia de Guayaquil, después de haber visto en las Obras Completas de Bolívar, las dos comunicaciones que su secretario José Gabriel Pérez le mandó al Vice-Presidente Santander al día siguiente o dos o tres días después de la Entrevista de Guayaquil, ratificadas por la carta de Bolívar donde decía lo mismo, después de haber leído el último libro que ha llegado a La Habana de Salvador de Madariaga, que es la biografía más completa que se ha hecho de Bolívar, donde exhaustivamente se ha examinado ese tema y, por último, de haber tenido en mis manos la conferencia que dió en Buenos Aires Enrique Gandía, llego a la conclusión de que en la entrevista de Guayaquil no hubo más que lo siguiente: San Martín tenía situación dificultosa en el Perú y quiso, porque el deseo de los peruanos era anexarse a Guayaquil, llegar a Guayaquil, y el mismo día que San Martín le estaba escribiendo una carta a Bolívar diciéndole que salía para Guayaquil, Bolívar, que tenía la obsesión de tomar a Guayaquil por las buenas o por las malas, estaba ya en Guayaquil; por eso yo digo que Bolívar llegó primero y ganó a los guayaquileños, porque si no se imponía a las buenas, como se impuso, según la correspondencia que él tuvo con Santander, se imponía a las malas también, porque eran las instrucciones que le había dado a Sucre, a quien tenía allí en Guayaquil. Cuando llegó San Martín, que era el prototipo del militar, pero no del político, se dió cuenta de que de antemano estaba vencido por Bolívar, que era un genio político como todo el mundo sabe. De la carta de San Martín y de la carta de Bolívar, queda comprobada afirmativamente la pregunta que ha hecho el doctor Santovenia. Es cierto que San Martín le ofreció a Bolívar ponerse a su disposición; pero el que conozca a Bolívar sabe que Bolívar era absoluto en el mando, como dije en mi conferencia; no cabían los dos en Guayaquil ni en América; eso es una cosa bien clara. Como quiera que San Martín estaba herido en lo más profundo por las disensiones que tenían sus segundos, le anunció a Bolívar su pretensión cuando regresara al Perú, de renunciar al mando. Llegó al Perú y después hizo lo posible por mantenerse allí; pero no pudo y tuvo que retirarse. En la conferencia se ofrecieron recíproca ayuda, o sea, uno de los dos ejércitos se ayudaron recíprocamente, y es cierto también que San Martín apuntó sus ideas monárquicas, que en esos momentos no cabían en la cabeza de Bolívar, y mi conclusión es la siguiente: que San Martín se dió cuenta exacta de que Bolívar era un hombre muy superior a él y que él tenía que

abandonar la empresa como la abandonó y se fué muy tranquilamente a residir a España.

**SR. FRANK DUMOIS:** Doctor, al contestar la pregunta al doctor Santovenia usted hacía referencia a que Bolívar no tenía ideas monárquicas en esos momentos; entonces es cierto, como afirman algunos historiadores, que después él llegó a ostentar la idea esa de la Monarquía en América a su favor.

**DR. CAMACHO:** Bueno, para comprender a Bolívar, no basta con leer sus expresiones escritas ni habladas. Bolívar era un hombre que siempre estaba desdoblado. Las cosas que escribía Bolívar, nunca se compaginaban con sus querencias del corazón, sino con las querencias de su cerebro, porque Bolívar era un hombre que tenía obsesión por el poder, por la gloria y por Colombia y todo lo que se le opusiera a eso él no lo aceptaba; es decir, que él con tal de mantenerse en el poder, aceptaba la Monarquía, según mi criterio, si él hubiera sido el Monarca; yo estimo que lo aceptaba, pero no hubiese aceptado que lo fuese San Martín. Es decir, que en sus querencias, lo que no quería ser era tirano ni déspota; pero todos sabemos que en ciertas ocasiones estuvo haciendo gestiones para constituir una Confederación Americana y ponerla bajo la protección de Inglaterra, porque él en este sentido debe ser considerado como el precursor de la Sociedad de Naciones Americanas y todos los autores, inclusive Jeriot, el francés, conviene en que todo lo de Wilson era un mero calco de las ideas de Bolívar, incluso la Sociedad de las Naciones. Además Bolívar fué el que habló por primera vez de la creación del Tribunal de Arbitraje Internacional. Es decir, que mi pensamiento en este sentido es que yo estimo que Bolívar sí hubiera aceptado la Monarquía y por la siguiente razón; porque el que estudie todas las Constituciones que redactó Bolívar, empezando por la de Angostura, la de Cúcuta, la de Bolivia y la del Perú, verá que su obsesión era crear un presidente vitalicio y un presidente vitalicio que pudiera designar sustituto. Eso, a mi ver, equivale a una Monarquía, por eso yo creo que él era era monárquico en este sentido.

**DR. DE LA MATA:** ¿Piensa el doctor que la persona que más influye en el pensamiento de Bolívar es Humboldt?

**DR. CAMACHO:** No, yo no digo eso. La persona que más influyó en el pensamiento de Bolívar se llamaba Napoleón Bonaparte. Lo que pasa es que él encontró a Humboldt en París cuando Bolívar era un desconocido y como en su maravilloso viaje de Humboldt por la América tocó la coincidencia de que los países que más exaltó fueron Venezuela y Cuba, porque eso está bien escrito, él se entusiasmó como Humboldt y se hizo íntimo amigo de Humboldt y no solamente de Humboldt, sino del ayudante de Humboldt, Von Planck, al extremo de que sostuvo una correspondencia vidente con el doctor Francie en Paraguay y consi-

guió que Francia dejara en libertad a Von Planck y a su familia, que los tenía presos, por el afecto que sentía por Humboldt. Yo creo que, en ese sentido, hay algo de influencia y voy a decir por qué razón. Se ha dicho en la literatura bolivariana que en las distintas entrevistas que tuvo Humboldt con Bolívar, aquél le dijo a éste que la América era el paraíso de que había hablado Américo Vespucio, pero que estos países necesitaban su independencia del yugo español para que pudieran florecer en la forma que les correspondía. Por este motivo creo que Humboldt fué un hombre que tuvo preponderancia en Bolívar; pero por encima de todo, Napoleón, a quien copió en todo, menos en coronarse, porque cuando Napoleón se coronó en Notredame, él tenía una invitación para el palco de la Embajada Española, y no fué. Sin embargo, presenció la coronación de Napoleón en Lombardía y uno de los juramentos que hizo para sí fué que nunca se coronaría, como hizo Napoleón; y su hermana María Antonia Bolívar, que residió en La Habana, y que parece que era una mujer inculta, pero de temple, estando Bolívar en el Perú, en Lima, le escribió una carta diciéndole: "Hermano, primero muerto que coronado". Por ese motivo estimo que copió a Napoleón en todas sus tácticas, menos en la de coronarse.

**DR. DE LA MATA:** Sin embargo,, me permite, en la decisión que toma de liberar a América, dejando a un lado el problema de carácter, de temperamento, de forma de reacción, podríamos pensar que influye mucho Humboldt.

**DR. CAMACHO:** Exacto. Humboldt fué el que le dijo que estas naciones necesitaban la independencia del yugo español para florecer. Estoy de acuerdo.

**DR. ICHASO:** Bien señores, no tenemos más tiempo para preguntas. Muchas gracias, doctor Camacho.

Antonio Martínez Bello

## La Revolución Industrial

### Concepto de la Revolución Industrial

**R**ECIBE el nombre de Revolución Industrial el conjunto de cambios económicos en general, y en particular los inventos maquinísticos y técnicos destinados a la producción industrial, que experimentó la Sociedad de Europa —y primeramente Inglaterra— en los siglos XVIII y XIX.

Esta expresión de “Revolución” Industrial fué acuñada por el historiador Toynbee; y frente a ella han señalado otros autores, como William Ashley, que en verdad se trató de una “Evolución rápida e incontenible”, ya que no cabe hablar de revolución —según estos comentaristas— donde los cambios se han efectuado a través de un extenso lapso de ciento cincuenta años, al extremo de que inclusive los orígenes han sido señalados por ciertos investigadores en la Edad Media.

Sin embargo, fueron tan radicales y profundas las alteraciones registradas en los modos de vida y de producción económica de la humanidad; han implicado tantos sufrimientos, sobre todo para las clases trabajadoras y más desvalidas en aquella época, que a pesar de no haber sido en todo momento acompañada de luchas armadas ni de insurrecciones cruentas, bien merece tal transformación de la sociedad que se la estime “revolución”.

Ortega y Gasset ha dicho que “la revolución no está en la barricada, sino en el estado de espíritu”, es decir, en los modos de ver, de sentir y de comprender la vida y el mundo; y si tal es cierto, parécenos indudable que la Revolución industrial lo fué precisamente por haber acarreado una fundamental mutación,



(un salto, que diría el biólogo De Vries; o un **cambio cualitativo**, para expresarlo en términos de la Dialéctica hegeliana), en los modos de intuir y de entender la existencia humana y su organización sobre el mundo. Después de realizarse una evolución gradual en los modos de producción industrial, aquélla realizó una transformación tan total y radical en la economía humana, que merece el nombre de “revolución”.

Lo cierto es que “la adopción y explotación... de los millares de invenciones de diverso carácter e importancia, —dice Eduardo Mc Gough Craig— transformaron totalmente los métodos de producción que por cientos de años se habían empleado en la manufactura, transporte, minería, comunicaciones y agricultura. Se puede considerar que la revolución industrial liberó la producción y el transporte de las limitaciones naturales y humanas, es decir, de la industria artesanal, individual y manual...”

### **Causas esenciales y secundarias de la Revolución Industrial: por qué ésta aparece primero en Inglaterra**

Arthur Birnie, profesor de la Universidad de Edimburgo, ha expuesto la tesis de que la causa esencial de que en Inglaterra se produjese primero la Revolución Industrial, fué la de que Gran Bretaña había logrado adueñarse de un inmenso imperio ultramarino y comercial, después de haber vencido a sus rivales España, Holanda y Francia, sucesivamente, en las luchas de los siglos XVII y XVIII. La creciente demanda de artículos formulada por esas colonias y el enriquecimiento consiguiente de los comerciantes, determinaron la aparición de los inventos y en definitiva la Revolución Industrial.

Frente a este criterio, ha manifestado una observación el doctor Carlos Iñiguez, Director de la Escuela Técnica Industrial “General José B. Alemán”, de Rancho Boyeros:

Señala que, mucho antes que Inglaterra, Portugal había extendido sus privilegios comerciales por las costas occidentales de Africa, India y Melanesia; y España había conquistado todo un Nuevo Mundo, a pesar de lo cual, los galeones españoles salían de las Américas, sobre todo de México y Perú, colmados



de oro y plata, pero sin detenerse a veces en la propia Península, ya que tenían necesidad de ir a volcarse en otros países industrializados, como Inglaterra u Holanda, donde era preciso adquirir los artículos demandados por la población de las colonias y de España misma: ya que lo determinaba la fijación de tales riquezas importadas era precisamente la organización industrial y económica en general, de la que carecía España en suficiente grado de eficacia.

Por ello, el doctor Iñiguez concluye que las causas principales de la insurgencia de la Revolución Industrial en Inglaterra fueron precisamente aquellas que Arthur Birnie juzga secundarias; es decir: La organización bancaria de Inglaterra; el enriquecimiento de los mercaderes, que dedicaban sus recursos a experimentos y empresas industriales; la condición insular de la Gran Bretaña, que la hacía permanecer al margen de las asoladoras luchas del Continente, y que le permitía dedicar al trabajo productivo su población masculina, en vez de mantenerla inactiva en los ejércitos destinados a proteger las fronteras contra una presunta amenaza enemiga; la inexistencia de barreras aduanales dentro del territorio británico; la mayor flexibilidad del régimen social y económico de Inglaterra, que permitía a sus señores no menospreciar el trabajo sino estimularlo, al extremo de que no eran raros los matrimonios entre señores feudales y gentes del pueblo.

También cita la tesis de Carl Marx: la de que la Revolución Industrial fué generada en gran medida por la existencia de un capital suficiente y de gran número de brazos a bajo precio. Sábese, en efecto, que a partir del siglo XV los señores feudales ingleses, que eran a su vez miembros de la Cámara de los Lores, por lo que tenían en sus manos el instrumento del Poder Político, dictaron medidas destinadas a expulsar de los terrenos del Estado a los campesinos. Estos se concentraron en las ciudades, formando una enorme masa de desocupados y de gentes capaces de aceptar prontamente y por ínfimo salario un trabajo en las fábricas futuras o incipientes. Además, esta gran masa de proletariado era mercado numeroso para consumir los productos agrícolas que antes ellos producían, pero que ahora provenían de las tierras apropiadas por los grandes terratenientes: de ahí que éstos se enri-

quecieran con la venta de los productos de sus dominios agrícolas. Y de ese modo se conjugaban los dos factores de capital inicial y trabajo humano barato; bases éstas del impulso principal que degeneró la Revolución Industrial, según el autor de "El Capital".

**Nuestra tesis:** Yo desearía exponer una tesis que no contradiga en lo mínimo las antes esbozadas, sino que en todo caso las complemente. Quisiera proponer, ante todo, una **tesis psicológica**, —que ya hemos desarrollado en nuestro libro "Historia Económica Universal".

Estimo que una de las causas de la Revolución Industrial y de su aparición en Inglaterra antes que en otro país, es el temperamento, el carácter, la idiosincrasia del británico, dado en general a puntos de vista prácticos, a posturas realistas ante la vida, a una actividad productiva en el orden económico, a cierto pragmatismo positivista y hasta materialista a veces. El inglés y el norteamericano se orientan de modo muy peculiar hacia la organización industrial y hacia la empresa de tipo económico: son disciplinados, organizados, obedientes a la ley, empiristas y con cierto sentido gregario o de solidaridad social.

Naturalmente, podría advertirse que el clima, la temperatura fría o templada, el ambiente geográfico o mesológico, la naturaleza del suelo y de su producción, han sido factores en esa formación temperamental. Pero es notorio que no todos los pueblos nórdicos poseen las cualidades antes expuestas, en la medida que los anglosajones. Los Alemanes tienen cierta tendencia hacia la abstracción metafísica, filosófica, idealista muchas veces, estética en otras, si bien todo está en ellos compensado por un recio sentido de la disciplina, del orden, de la obediencia al jefe y del cumplimiento del deber en el trabajo, así como por una solidaridad social que casi linda con el biológico y hasta zoológico instinto gregario. Cuanto a los pueblos eslavos, sábese asimismo de su inclinación a las ensoñaciones místicas y religiosas, a exaltaciones pasionales antitéticas y a ciertos estados de ánimo emocionales poco afines con el realismo de la organización industrial y técnica; si bien la educación, el medio y la formación social y económica han sido factores de rectificación y de nueva orientación en la fijación del carácter.

Lo cierto es que el temperamento no es sólo producto del medio, sino también de factores hereditarios complejos, además de la espontaneidad de la propia estructura somática, endocrina, psíquica, etc. De todos modos nos parece indudable que los pueblos anglosajones poseen especialmente desarrollada la tendencia hacia las actividades de la producción económica y hacia las empresas industriales principalmente, aunque tal observación no excluya la existencia en el pueblo británico de altos y pulcros espíritus filosóficos o artísticos. De todos modos, no creemos que el personaje de "La Tempestad" shakespeareana, Ariel, sea el prototipo del británico, el cual en general dista del esteticismo puro y del desinteresado contemplativismo teórico de tipo abstracto. Sus mismos filósofos tienden en general al empirismo, experimentalismo y observación, desde Bacon a Spencer.

Por el contrario, como ha señalado Duhamel, "los pueblos de origen latino poseen grandes tradiciones en el orden del genio inventivo, el sentido de la medida y de la armonía, una concepción particularmente humanista y humana de la vida". De ahí que no se hubiesen inclinado tan pronto ni tan decisivamente como los pueblos anglosajones a las actividades técnicas, y de ahí, en definitiva, que no hubiesen sido nuestros pueblos latinos, sino los anglosajones, los primeros en generar la Revolución Industrial.

Quisiéramos asimismo proponer otra teoría tan simple, que bien habría de merecer la calificación de perogrullada: la de que sólo se desarrolla lo que ya existe. La Industria se desarrolló revolucionariamente en Inglaterra, porque ya en ésta existía una viable y bien organizada industria. Sabemos que Gran Bretaña pudo sostener victoriosamente su rivalidad con España, Holanda y Francia, entre otras razones, por tener una organización industrial y agrícola más eficiente y mayor capacidad de producción que los países rivales. Y si en Inglaterra la Industria estaba en mejores condiciones de producción y más propicias para un desarrollo vigoroso como el de la Revolución Industrial, era natural que ésta apareciera en Albion antes que en otros países, donde las condiciones de organización industrial eran menores, menos eficientes y menos propicias a un brusco e impetuoso desenvolvi-

miento. Las condiciones más favorables de viabilidad determinaron un alumbramiento más feliz y un crecimiento más vigoroso: lo mismo sucede en la biología.

Otra observación que desearíamos hacer es que la Revolución Industrial estuvo propiciada en Inglaterra por la abundancia de hierro y de carbón.

Se recordará que buena parte de la población inglesa se trasladó hacia los lugares situados al Oeste y Noroeste de la nación: y allí florecieron grandes ciudades industriales como Manchester o Birmingham. Cerca de ellas estaban las minas de carbón y de hierro. Y cerca también los puertos donde eran descargados los cargamentos de algodón que habrían de servir de materia prima a las primeras fábricas de tela o lienzos que originaron la Revolución Industrial.

Un autor (Horrabin) ha dicho: Inglaterra “no sólo disponía de grandes reservas de carbón, sino que éstas estaban ventajosamente situadas sobre la costa. Y antes de que comenzara la era del transporte terrestre, esto la favoreció enormemente con respecto a los países de minas continentales” o situadas tierra adentro. De ahí que los últimos hubieran podido superindustrializarse después: es decir, cuando los inventos de las locomotoras y otros medios de acarreo propiciaron el transporte del hierro y del carbón, para acercar ambos productos a las fábricas y conducir fácilmente de los puertos al interior del país los productos, o exportarlos.

Por otra parte, es sabido que Inglaterra inició la Revolución Industrial mediante la producción de artículos sencillos y abaratados: las **telas de algodón**, grandemente demandadas o solicitadas en las poblaciones coloniales. De ahí su mayor y extenso mercado, que no tenían ni podían tener otras industrias de países dedicados preferentemente a objetos de lujo, de placer, de superfluidad y de alto precio. Los artículos de tela de algodón generados en las fábricas inglesas eran elaborados en gran escala, para satisfacer la demanda de grandes poblaciones ultramarinas: eran producidos en serie, tal vez sin poner gran reparo en la calidad individual de cada mercancía; y al tenerse una mayor demanda, y al abaratare los precios por la producción en gran escala y en serie de

esos lienzos de algodón, se estimuló la aparición de inventos e inventores, que con los perfeccionamientos técnicos mejoraran —por la calidad y sobre todo por la cantidad— el nivel de la producción. El más extenso mercado, por la índole misma del producto, más sencillo, más barato y más accesible y necesario para la masa de la población colonial, estimuló las invenciones, la maquinización creciente y en definitiva la Revolución Industrial; y la gran producción abarataba los precios, los precios más baratos estimulaban el aumento de la demanda y por lo tanto el aumento de la producción de las mencionadas telas.

Después de todo, tal tendencia ha seguido siendo característica de los hombres de negocios anglosajones: prefieren obtener utilidades por la masa de las operaciones en gran escala, lo que incrementa la producción y aumenta el mercado al poder satisfacer mayor número de demandas con los precios abaratados; mientras que los negociantes de algunos otros países prefieren obtener las utilidades de una sola vez y con un número pequeño de operaciones, mediante precios altos o exagerados, o por ser artículos de lujo, con lo que se restringe el mercado y no se estimula la producción de esa mercancía encarecida.

Muchos artículos de lujo tenían que ser comenzados y terminados por un mismo obrero o un pequeño número de ellos, por lo que no se propiciaba esa división del trabajo que tanto facilitó la gran organización industrial moderna; mientras los artículos sencillos y producidos en gran escala, en nivel “estandarizado”, eran producidos por la totalidad de los obreros, que se distribuían la labor de cada fase de la producción.

A partir de la Revolución Industrial, la técnica, el conocimiento científico aplicado a la producción, se hizo indispensable para la industria. Charles Seignobos lo ha dicho: “El progreso de la técnica, que hasta entonces se había hecho con invenciones empíricas, fué en adelante obtenido por la aplicación de las ciencias que operaban por medidas exactas y cálculos matemáticos que conducían a leyes generales. Este método, que permitía exactamente prever el efecto a esperar de cada operación, permitió imaginar por adelantado el procedimiento para producir el efecto

que se deseara. El trabajo de invenciones técnicas fué en adelante preparado, ya por las investigaciones teóricas realizadas en los establecimientos de ciencia o de instrucción con la intención puramente científica de determinar las leyes de los fenómenos, ya por las experiencias realizadas en los laboratorios anexos a los establecimientos de la gran industria o en los campos de experimentación agrícola”.

Empero, algunos autores han querido encontrar ciertos aspectos negativos a la técnica: han asegurado que ésta propende a amenguar u opacar los valores culturales. Lin Yutang dice pesimista: “Hemos llegado a un estado de la cultura humana en que tenemos compartimentos del conocimiento, pero no conocimiento mismo; especialización, pero no integración; especialistas, pero no filósofos de humana sabiduría”. Karl Mannheim ha estimado que buena parte del desequilibrio e inquietud del mundo actual se debe a un exceso de técnica frente a la moral en evolución precaria. Y para Keyserling, dondequiera que aparece la técnica moderna, no ha podido seguir subsistiendo el cuadro de la cultura tradicional; al extremo de que, no sabemos si en broma o en serio, dijo que la nueva situación espiritual del mundo encarna en el tipo “chauffeur”, cuerpo vivo del moderno espíritu de las muchedumbres. Pero nosotros no vemos la situación con ánimo tan pesimista: creemos, con el doctor Manuel Bisbé, que “la técnica no es un factor de barbarización, ni tampoco implica la asfixia del espíritu. Es un nuevo medio de expresión del espíritu. Postular la necesidad de incrementar los valores del espíritu no significa dar la espalda al movimiento de tecnificación. El hombre ya no puede renunciar a la máquina”, concluye el doctor Bisbé; y nosotros inclusive estimamos que la máquina es absolutamente necesaria para la organización de un mundo donde se acendren los valores del espíritu: donde se realicen plenamente los valores del bien y de la justicia, donde la libertad y la igualdad tengan su sede; donde el hombre pueda trabajar con satisfacción y dignidad plenas, con tiempo y humor suficientes para dedicar energías sobrantes al mejoramiento de su espíritu: donde cada hombre, como dijera un lírico, tenga amplio acceso al “pan y la rosa”.

## BIBLIOGRAFIA MINIMA SOBRE "LA REVOLUCION INDUSTRIAL"

(Sugerida por Antonio MARTINEZ BELLO)

**Víctor Alba:** "El Industrialismo y sus problemas".

**Arthur Birnie:** "Historia Económica de Europa".

**Lewis Mumford:** "Técnica y Civilización".

**Renard y Weulersee:** "Historia Económica de la Europa Moderna".

**Henr See:** "Origen y Evolución del Capitalismo Moderno".

**Heinrich Sieveking:** "Historia Económica Universal".

**Max Weber:** "Historia Económica General".

A modo de síntesis, el capítulo X del libro *Historia Económica Universal*, por Antonio MARTINEZ BELLO.

## DISCUSION

**DR. ICHASO:** Dr. Vitier, siguiendo nuestra costumbre le invito a que haga la pregunta u observación al doctor Martínez Bello sobre su valioso trabajo.

**DR. VITIER:** ¿Podría decirnos, doctor Martínez Bello, dónde ve usted la relación principal entre la revolución industrial y el marxismo?

**DR. MARTINEZ BELLO:** La revolución industrial creó como una de sus consecuencias sociales importantes, una gran miseria, y un gran dolor en las muchedumbres trabajadoras. No es que lo haya descrito así precisamente un marxista. hombres profundamente liberales, como Tocqueville, cuando estuvo en Manchester en 1835, describía el enorme estado de pobreza, de pesadumbre, que gravitaba sobre las masas trabajadoras en redor de las fábricas. Describía la miseria, la falta de higiene de aquellos barracones, señalaba inclusive el trabajo de los niños, hasta de 10 años, en las fábricas, vigilados por capataces implacables. Los horarios de trabajo eran extensísimos, hasta de 16 horas en muchos casos; de tal manera que se fué creando un estado de inconformidad cada vez más acerbo en las clases trabajadoras. Al principio ese descontento estaba desorientado; no había conciencia de clases, no había una orientación ideológica definida. Así fué como surgieron algunos movimientos sociales, un poco confusos y casi utópicos o simplemente instintivos, como por ejemplo, el de los ludistas que pretendían destruir las máquinas, puesto que juzgaban que las máquinas eran las causantes de sus miserias y dolores. Al grito de: "Hagamos lo que Lud", aquella aldea idiota de Inglaterra, que destruyó las fábricas o quiso destruir las máquinas para así evitarse las causas de sus quebrantos, muchos núcleos trabajadores de Inglaterra pretendieron destruir también las fábricas. También más tarde surgió el grupo de los cartistas, que en 1838 publicó la carta al pueblo,



de la Asociación de Trabajadores de Londres que, exponía una serie de puntos de vista que, en aquella época fueron estimados como francamente subversivos y que después de todo, se vió que eran perfectamente inocuos, de tal manera que hoy son sustentados por la generalidad de las constituciones democráticas del mundo, como el voto universal, el voto secreto, la igualdad de los distritos electorales, etc. Pero más adelante, precisamente cuando la última concentración de los cartistas fué destruída a tole-  
tazos y a tiros por la policía en Londres, en 1848, se establecía allí Carl Marx, y empezó él entonces a orientar el movimiento social, de acuerdo con lo que estimaba el socialismo científico. En 1848 se publicaba el Manifiesto Comunista, en colaboración con Engels.

**DR. ICHASO:** Preguntas del público.

**SR. LUIS BERENGUER:** ¿No cree usted, doctor Martínez Bello, que además de lo que usted señala como complementario a las características sajonas, debe añadir su exquisita probidad, equidad y democracia, consecuencia de su religiosidad bíblica?

**DR. MARTINEZ BELLO:** Muchos pueblos han tenido religiosidad bíblica, han sido profundamente religiosos, como por ejemplo, la misma España, que tal vez ha sido el pueblo más intensamente religioso, y sin embargo allí no se produjo la revolución industrial. Los mismos rusos son acendradamente religiosos hasta el misticismo, y sin embargo, entre ellos no se produjo la revolución industrial. Los sajones, cierto es, que son religiosos; pero atemperan sus ímpetus religiosos y místicos, con cierto sentido positivista, realista, practicista, que por lo menos en el momento mismo en que se proponen iniciar una empresa de tipo económico, me parece a mí que el sentimiento religioso, no juegue en ese momento un factor preponderante, sino la visión práctica, objetivista, realista, empirista de los hechos económicos. Naturalmente creo que efectivamente el inglés tiene un profundo sentido religioso; pero no creo que ese sentido religioso haya sido el factor causante de la revolución industrial, puesto que en otros países ha habido una acendrada religiosidad y ésta no ha determinado la insurgencia de la revolución industrial.

**DR. DE LA MATA:** Refiriéndome, doctor Martínez, a un hecho de actualidad en Cuba: el problema esencial de la mecanización en la industria tabacalera y generalizando este problema, me permito hacer la pregunta siguiente: ¿No piensa el doctor Martínez Bello que la mecanización, no la revolución industrial, sino la deformación que se hace de la revolución industrial, llevando precisamente a un pequeño núcleo las utilidades que la máquina produce, en vez de una distribución equitativa y justa entre el trabajo y el capital, es lo que determina precisamente esta negativa del trabajo, el movimiento ludista, por ejemplo en Inglaterra, y el movimiento actual que se observa en Cuba. La injusticia de una distribución poco equitativa a favor de unos y en perjuicio de otros, y no es lo que crea el problema actual en Cuba?

**DR. MARTINEZ BELLO:** Yo creo que efectivamente el problema no está ni en desarrollar la cultura espiritual a expensas de la técnica, ni en desarrollar la técnica a expensas de la cultura espiritual; ni en tratar de detener el desarrollo de la técnica, de los inventos de la máquina, sino en lograr un equilibrio entre el desarrollo de la técnica y el desarrollo de los valores morales. Ese equilibrio entre los valores morales y el desarrollo de la técnica, se podrá traducir en un sistema económico-político-social de esta índole o de la otra, de un matiz o del otro; eso sería un problema político, en el cual no pretendo yo ahora hacer incursión alguna; pero sí creo que efectivamente el problema no está en detener la evolución de ninguno de los valores técnicos o morales, sino de lograr un equilibrio entre ellos.

**DR. DE LA MATA:** Perdone, quizás no me he explicado bien debido a la premura del tiempo. Pero concretamente quería decirle esto: para mí el problema no es de carácter moral o cultural. En el aspecto puramente económico es donde se plantea el problema. En una distribución poco equitativa de los beneficios que la máquina produce.

**DR. MARTINEZ BELLO:** Usted está hablando precisamente de equitativo, está implicando, por lo tanto, valores morales. Al hablar usted de la distribución poco equitativa de los beneficios, está planteando también un problema moral. Hay un autor que creo que se llama Heska que escribió un libro titulado así: "La cuestión social es una cuestión moral". Posiblemente si se desarrollaran más los valores morales de los individuos, si se lograra un mayor equilibrio de la moral humana, podría entonces lograrse precisamente esa equidad en la distribución de los productos del trabajo y del capital. ¿Cómo se podría lograr esa mayor equidad, cómo se podría lograr esa evolución moral? Podría eso depender de la mayor educación, podría depender de la existencia de un previo sistema político-social-económico; eso ya es una cuestión que no me concierne dilucidar.

**DR. ICHASO:** Permítame una interrupción, doctor Martínez Bello, pero yo creo que lo que plantea el doctor de la Mata es perfectamente correcto, es decir, él no renuncia al progreso maquinístico, porque sería absurdo, no se puede renunciar a eso; él lo que pide es sencillamente que lo que la máquina produce se reparta con más equidad. Es sencillo, simple, ¿verdad? A eso aspiramos todos.

**DR. DE LA MATA:** Es decir, no es un problema propiamente de carácter socialista o de carácter marxista. Es sencillamente un problema de carácter humano.

**DR. ICHASO:** Exactamente, es un problema humano.

**DR. DE LA MATA:** Si el individuo que invierte un dinero en la máquina se conformase con ganar un tanto por ciento adecuado y no quedarse con todo el beneficio de la máquina, desplazando a trabajadores, es decir, sencillamente, la introducción de la máquina en la industria tabacalera cubana podría determinar por ejemplo que el obrero tabaca-

lero trabajase dos horas diarias y ganase exactamente el mismo salario que gana ahora trabajando 8. De esa manera, la máquina liberaría al hombre, al trabajador, de ese trabajo brutal, del trabajo físico, y contribuiría por tanto a levantar su cultura y en cambio el otro, el individuo capitalista, que ha invertido su dinero, podría también obtener un tanto por ciento correspondiente de beneficios, pero no quererse llevar todo el beneficio de la máquina y lanzar a la miseria a un núcleo de hombres que tienen familias que mantener. Con toda seguridad, insisto: el obrero cubano y todo el obrero del mundo, que viera en la máquina una manera de liberarse de un trabajo inhumano y brutal, encontraría en la máquina un elemento que no repudiaría, sino que por el contrario encontraría como un libertador e impondría al capital la necesidad de sustituir el trabajo humano por el trabajo de la máquina.

**DR. MARTINEZ BELLO:** Creo que precisamente eso dije yo al final de mi trabajo.

**DR. ICHASO:** Todos estamos de acuerdo en darle un sentido humanista a la máquina, ¿verdad?

**DR. DE LA MATA:** Quizás estamos todos de acuerdo también en el aspecto egoísta del capital, que no mira el sentido humano del que trabaja, sino solamente el egoísmo de clases, para aumentar sus riquezas a costa de la humanidad.

**SR. FRANK DUMOIS:** Después de felicitar al doctor de la Mata por su brillante exposición, yo quería hacer una pregunta al doctor Martínez Bello. La revolución industrial, como él dice, se inicia en Inglaterra. Ahora bien, yo le quería preguntar ¿si después al pasar a los demás países, por ejemplo Francia y Alemania, surge como consecuencia del contacto con Inglaterra o como un movimiento paralelo a la revolución industrial de Inglaterra?

**DR. MARTINEZ BELLO:** Naturalmente el movimiento de la revolución industrial se inició en Inglaterra porque existían allí mejores circunstancias y condiciones que propiciaron la insurgencia de la revolución industrial. Pero esto no quiere decir que en los demás países no hubiera industrias, existían las industrias antes en Francia, en Holanda, en Alemania, existían las industrias y existía lo que se llama el industrialismo, por así decirlo, en otros lugares. Lo que sucede es que Inglaterra se desarrolló más rápidamente por los factores que antes señalamos; pero en otros países esos factores existían en menor escala; de ahí que en esos otros países se hubiese producido la revolución industrial ulteriormente. Vamos a poner, por ejemplo, un solo caso: en todos los países en que había hierro y carbón se produjo la revolución industrial primero. Sobre todo en Inglaterra para poner solamente uno de esos factores, existían las minas de carbón y de hierro, próximas unas a otras y próximas a los puertos. En cambio en otros países, como por ejemplo en Francia

o en Alemania, las minas estaban separadas entre sí o separadas de las vías de comunicación, separadas de los puertos o separadas de los ríos. Cuando se desarrollaron los medios de transporte, entonces, prácticamente quedaron acercadas las minas unas a otras, o bien las minas a los puertos. De ahí que entonces en esos países se hubiese podido producir más rápidamente la revolución industrial. En algunos, como por ejemplo en Alemania, la revolución industrial llegó a alcanzar un tal grado de desarrollo, que Alemania llegó inclusive a igualarse y hasta a superar a Inglaterra; de ahí precisamente que se haya dicho que, en contraste con esa afirmación un poco mística de que la grandeza imperial de Alemania se basaba en la sangre y el hierro, William Kave hubiese dicho que la grandeza imperial de Alemania se basaba en el carbón y en el hierro.

**SR. ICHASO:** Señores, no queda tiempo para más preguntas.



**Medardo Vitier**

## **El Romanticismo**

(Doctrina)

**E** S necesario desvanecer de una vez la noción errónea de que el Romanticismo fué sólo una escuela literaria. El movimiento romántico afectó, en seguida, las bases sociales y las direcciones de la cultura europea. Todavía si lo consideramos como un movimiento estético general, la idea es incompleta. Fué más que eso: una actitud nueva (novedad relativa) del pensamiento, una posición crítica y disolvente, no sólo frente a la literatura reinante a fines del siglo XVIII y principios del XIX, sino frente a viejos credos que eran el soporte de una sociedad insegura.

Por disciplina he aceptado esta lección de hoy, pues apenas puede uno trazar las líneas más visibles del tema. Sería menester dedicarle diez resúmenes como el que intento ahora. Por eso, me ciño a la doctrina en la variedad ideológica de su alcance, sin tratar de historia literaria. Me refiero a figuras famosas, porque, inevitablemente, salen al paso, y algunas de ellas vienen a ser ondas vivas en la tumultuosa corriente del Romanticismo. Por lo demás, no centro mi cuadro en poetas y novelistas sino en la voluntad revolucionaria que se originó y difundió en aquel tránsito del siglo XVIII al XIX.

El ideario romántico afectó a la sociedad y a la cultura para alterarles sus postulados mismos, con mayor o menor radicalismo, según la nación. Un especialista en la materia llama “desintegración de las ideas generales” al efecto producido por el criticismo audaz de raíz inglesa. Mandeville, figura menor en la literatura de Inglaterra y Swift, que sin ser menor, no se universaliza



tanto como otros escritores, fueron dos precursores del Romanticismo, no por desviación de las formas clásicas, pues no las abandonan, sino por el intento (o al menos el efecto) demoledor de sus libros.

He dicho desintegración. Lo que se agrietaba era el cartesianismo, el Derecho Natural, también de raíz racionalista, la tradicional idea del derecho divino de los reyes, la Mitología de la antigüedad y cierta concepción estática de las teorías y prácticas sociales. En literatura, perdían su vigencia las llamadas "unidades" en el teatro, cuya falsa atribución a Aristóteles fué una de las peores lecciones del Renacimiento en Italia, con Castelvetro, Piccolomini y otros preceptistas intérpretes del estagirita en el siglo XVI. Y ceden el sitio a otros modos, la medida, el primado del intelecto, el equilibrio psicológico, la nitidez de lo plástico, las reglas que con más o menos rigor se habían acatado y seguido. Lo importante en el cuadro de la cultura que se desintegraba, señaladamente por la acción crítica de escritores ingleses, es que desaparecía, o al menos perdía la batalla nada menos que un sentido de la vida para dejar paso a otro, en esa alternancia sin la cual no se explica nada ni en la cultura, ni en la sociedad, ni en el área, más ceñida, de las letras.

El Romanticismo, visto como el empuje de una nueva concepción del mundo, contra criterios ortodoxos, avivó intereses excluidos hasta entonces del corpus general de los estudios. La nueva economía del pensamiento mostró, por ejemplo, un tema virgen a la erudición filológica. En efecto, ya no se cultivó sólo la filología, sino que se atendió al inmenso campo de las lenguas y las literaturas modernas, así germánicas como neolatinas. El auge actual de esta doble actividad filológica debe su impulso a la renovación romántica. Recuérdense que se registra en el tránsito de uno a otro siglo, el inicio de las investigaciones sobre el sánscrito, que con lingüistas como Grimm, Bopp, entre otros alemanes, reorientan las disciplinas filológicas de estirpe aria.

Por otra parte, se reanima el espíritu de observación, que si no aparecía por primera vez, hallaba de nuevo su cauce, el que trazó Galileo. El examen de los hechos y de la realidad en su enorme particularismo es, en buena parte, resultado de la Revo-

lución romántica, que miró con recelo las abstracciones. Las ciencias sociales, por su parte, tuvieron no poca incitación para organizarse, inclusive con el ingrediente radical que excesivo y todo ha sacudido prejuicios y ha disminuído la injusticia.

No puedo atender aquí a detalles. El conjunto revela un aumento en la amplitud de la cultura y en la profundidad de sus indagaciones. Abarcó el Oriente, la Edad Media, el Renacimiento, con las consiguientes rectificaciones, así en el método como en las conclusiones. Al Derecho Natural, penetrado de racionalismo en los días de Grocio y Pufendorf, sucedió la escuela histórica, con Savigny entre otros para impugnar la codificación uniforme, universal, y atenerse al Derecho como producto nacional, histórico, condicionado por realidades sociales. De modo que el contenido consuetudinario en la Ciencia jurídica ganó alto lugar. Herder en Alemania, había escuchado, con reveladora intuición, lo que llamó **Voces de los pueblos**, cuya influencia fué notoria en el pensamiento jurídico, en el social y en la literatura. Aquellas voces decían aliento, frescura, vitalidad, espontaneidad, y una onda formidable de savia virginal recorrió la vieja cuadrícula de la cultura.

El Romanceso español —poesía-épico-lírica que Hegel alabó— resurge airoso con su desnudez deliciosa, sus temas nacionales y su nostalgia de los Poemas épicos donde se originó. Sabido es que el siglo XVIII desconoció por entero esa veta áurea de la literatura española. El Romanticismo, con el sentido, de lo nacional, de lo espontáneo, de lo candoroso, restituye el Romancero a su nivel estético justo.

Después y hasta hoy, toda una sección de la Filología romántica, se le consagra, sobre todo con Menéndez Pidal. Pero en esto, como en otras esferas, el Romanticismo vale por el impulso, por el descubrimiento, por abrir paso a intereses desatendidos. En cuanto disciplina y reorganización de la cultura, eso no entró en la tarea romántica. También en estos predios se cumple la ley de la división del trabajo. Los estudios folklóricos alcanzan auge en el siglo XIX. Ese interés, como bien centrado en la entraña de lo popular, pertenece al cuadro que acogen y preconizan los románticos. Por último, la idea científica

de la Evolución cae dentro de la órbita romántica, por su concepción dinámica del Universo. Nótese que Fichte, Schelling y Hegel, es decir el Idealismo germánico, coinciden cronológicamente con el Romanticismo. La paridad no es sólo cronológica: existe notoria afinidad entre aquel movimiento filosófico y el Romanticismo, de tal modo que Schelling expone toda una teoría estética en consonancia con los supuestos de la poesía romántica. Subrayo, por ejemplo, la función de lo inconsciente en el genio.

“Cuando bajaron las aguas” (la frase es de Pedro Henríquez Ureña) se veían acá y allá, en la vasta extensión que cubrió el Romanticismo, algunos resultados, en obras concretas y en la renovada dirección de los estudios. Por lo demás, el movimiento cedió el sitio, en literatura, al Realismo y luego al Naturalismo. El Realismo sobre todo, ya estaba en germen en el Romanticismo, con el “color local” que acentué en las descripciones y narraciones, y con la tendencia a desviarse de lo genérico humano para acercarse a la interioridad individual.

En Cuba, en la América española, el término Romanticismo apenas ha significado otra cosa que una época literaria. Para muchas personas aun, se ha limitado más el sentido refiriéndose a un tipo de poesía. Además, se ha pensado en España y en Francia, países que por cierto, recibieron de fuentes nórdicas esta corriente ideológica.

La temática romántica gravita hacia motivos de la Edad Media: el gótico, lo feudal, lo caballeresco, donde halló asuntos para la novela histórica, como en Walter Scott; hacia la contemplación de la Naturaleza, ya en sus leves tintes, ya en su imponente majestad; y se enamora de las ruinas donde el tiempo dejó la señal de la perpetua desaparición de las cosas; y vagó por los sepulcros, como en el famoso canto de Fóscolo; y recogió las cuitas de amor, y le sintió al mundo sus nieblas tristes y al pueblo su pujanza vital.

Estos y otros temas los desvió de la mentalidad abstracta a la vivencia concreta. Exaltó el yo, hasta envolver las ideas y las cosas en un subjetivismo que varía de índole y de intensidad con los temperamentos.

Pregunta Lanson, historiador de la literatura francesa, que no se limita al relato sino expone doctrina: ¿Por dónde somos más originales, por la inteligencia o por la sensibilidad? Cree que por esta última, que conduce a lo peculiar del sujeto, mientras que el intelecto vive de lo general, de especies que se liquidan en lo común. La distinción es sugestiva. A mí me convenció al leerla. Después he vacilado. Y me pregunto. ¿No es de sorprendente originalidad la **Crítica de la Razón pura**, por caso, donde el gasto lo hace el intelecto? Rousseau, que por cierto influye en Kant (en el Kant de la **Razón práctica**), no es, a mi ver, con toda su sensibilidad, más original que Kant. De todos modos la cuestión planteada por Lanson apunta a dos direcciones del espíritu humano, aunque es falsa esa presunta separación.

Volviendo a Rousseau, de su pluma parten tres influencias fuertes: una literaria, esencialmente romántica, que es novelística con **La nueva Eloisa** y de testimonio íntimo con las **Confesiones**; una pedagógica, de gran incitación educacional, con el **Emilio**, y una política, de conocida resonancia, con **El contrato social**. Es por el **pathos** personal y por las cualidades de su estilo, autor de los que coloran todo un período de la cultura. El Romanticismo tiene en él una de sus fuentes, por la pasión, por la independencia, por el orgullo, por el impacto que produjo, no en valores perennes, sino en valores de época. La Revolución francesa halló en **El Contrato Social** los “derechos del hombre”.

El Romanticismo, visto históricamente, presenta dos períodos. Por lo general se piensa en los años finales del siglo XVIII y en los primeros decenios del XIX. Inglaterra y Alemania se anticipan. Francia, España, Italia demoran un tanto el movimiento. Pero hay un Romanticismo europeo del siglo XVI que pertenece a Inglaterra y a España y no siguen ni Francia ni Italia. No puede tratarse sino recordarse el punto. Los teatros nacionales inglés y español se desentendieron de las reglas pseudoclásicas. Las unidades de tiempo, lugar y acción no rigieron en la dramaturgia de esas dos literaturas europeas. De modo que la libertad en el arte, que es doctrina romántica, ya existió en los dos teatros de Europa que la Crítica estima hoy superiores. La coexistencia

de lo trágico y lo cómico, así como el empleo de la prosa y el verso en la misma obra son también notas románticas.

Todavía, en lo histórico, hay más. El acento romántico no es privativo de épocas. No faltan especies románticas en la Edad Media, y un helenista como Butcher dedica, en su libro **Some aspects of the Greek genius**, un capítulo a la melancolía de los griegos. Corrobora su tesis con pasajes de la *Ilíada*, de Píndaro, de Sófocles, de Eurípides, sin excluir figuras menores como Mínermo y Theognis.

El fenómeno se explica, pues no se trata de acuerdos académicos ni de normas transitorias de escuela, sino de propensiones del espíritu, no limitadas por razas ni épocas, si bien causas varias las favorecen en determinado tiempo.

Por otra parte, la antítesis de obra clásica y obra romántica vale únicamente como distinción estética, en cuanto a orientación. No vale por entero esa antítesis, porque hoy se valorizan como clásicas muchas producciones románticas. En este caso, se estima que es clásico, no necesariamente lo mesurado y armónico sino lo genuino, lo felizmente realizado, la creación permanente, ya consista su virtud en el primado de la inteligencia o en el de la sensibilidad, o aun en la extraña belleza de ráfagas diabólicas, como aquellas que cruzan la sombría tragedia **The Cenci**, de Shelley, poeta en quien rinde sus más líricas esencias el romanticismo inglés. Y así, por el acierto creador y el encanto perenne van formando línea ilustre entre las realizaciones clásicas, **El lago** y **El crucifijo**, de Lamartine; **Las Contemplaciones**, **Los cantos del crepúsculo**, **La leyenda de los siglos**, de V. Hugo; el **Moisés**, de Vigny; **Rolla**, de Musset; para recordar, al azar, algunos momentos que por la filiación estética son románticos.

El lector actual olvida las denominaciones de historiadores y doctrinarios y sólo percibe el latido profundo de las obras maestras, cualquiera que sea su origen, en lo individual y en los cuadros de la cultura.

Reitero que los estudios recientes atribuyen a escritores ingleses el principal origen del Romanticismo, sobre todo cuando lo consideramos como una reacción contra el orden general que prevalecía hasta fines del siglo XVIII y como una reorganización de la

cultura. Las ideas corrosivas de precursores como Mandeville y Swift minaron poco a poco valores convencionales e instituciones. Se sitúa a Alemania en segundo lugar en cuanto a las corrientes que originaron el movimiento.

Los libros **De la Literatura** y **De la Alemania**, de M. Stael tuvieron una función que pudiéramos calificar de didáctica. Expuso líneas románticas esenciales y aclaró diferencias entre las literaturas del Norte y las del Sur.

En Inglaterra la doctrina avanzó normalmente. Lo mismo en Alemania, salvo las discrepancias que siempre existen. En Francia el Romanticismo, a más de sus esencias propias, significó un conflicto, a virtud de un pasado racionalista, regulador, como en la **Poética** de Boileau, a quien llamaron legislador del Parmaso. Recuértese la batalla ocasionada por la representación de *Hernani*, en 1830, donde Gautier hizo gala de su chaleco rojo, como bandera de la insurrección literaria. Gautier, en su **Histoire du Romantisme** escribe estas intencionadas palabras, refiriéndose al famoso estreno que escandalizó a los espíritus conservadores: "La platea y los palcos estaban empedrados de cráneos académicos y clásicos". Lo que pasó es conocido: Las pelucas fueron derrotadas. En España, por las razones ya apuntadas, el Romanticismo, aunque disonaba en los días de Larra, Espronceda, el Duque de Rivas, García Gutiérrez y otros, reanudaba una tradición, la de la libertad en el arte, eclipsada sobre todo en el teatro, por el frío neclasicismo del siglo XVIII. En Italia, cuna de los llamados preceptistas del Renacimiento y adherida a Cánones rígidos, hubo pugna, no tan memorable como la que capitaneó Gautier, en el gran día de *Hernani*. Manzoni, Fóscolo, lucen en aquella aurora, y la voz de Leopardi, se escucha solitaria, con su incomparable desolación. No faltaron en estos líricos notas de presentimiento para la soñada unidad italiana, que no se efectuaría sino en la segunda mitad del siglo, con Mazzini, Cavour y Garibaldi.

En Inglaterra Wordsworth, Coleridge, Shelley, Keats, maduran el Romanticismo que tuvo precursores en Blake, Burns, Gray... Carlyle, en la Historia y el ensayo, dará al siglo XIX notas de personalísima concepción. Ni siquiera puedo caracterizar aquí cada poeta. El lirismo inglés de este período se confunde con una



metafísica, a menudo panteísta. Blake mismo, aunque lo estiman como prerromántico, escribe cosas desorbitadas como aquella fantasía en que dialoga con los profetas hebreos, Isaías y Ezequiel. Bryon, que tan admirado fué en países latinos, es situado hoy por la crítica inglesa en nivel inferior.

En Alemania la sensibilidad nórdica no es menos profunda. Los hermanos Schelegel, eruditos, filólogos, influyen con sus cursos en toda Europa. Y los filósofos Fichte y Schelling elaboran un Idealismo audacísimo. Se ha dicho que ellos y los líricos Novalis y Tieck, constituyeron una especie de Universo nuevo. Querían apoderarse de lo Absoluto, aun antes de Hegel. Concibieron la Poesía como la realidad más alta. J. P. Richter dice que los sueños son "poesía involuntaria". Un soplo de irracionalismo corrió poderoso por los círculos literarios, no por el de Weimar que señoreaba Goethe, cuyo Werther difundió por todas partes su hálito mortal, sino por el de Jena, que fué la sede romántica. Sienten la Poesía como un poder cósmico. El impulso desintegrador brota en campo estético, no político. Elaboran una teoría de la imitación, una del humor, una de la ironía. Los posee un aliento cuyas raíces maestras se pierden en lo irracional de la vida. No conozco episodio de tanta intensidad en la cultura europea como el de los dos romanticismos nórdicos, el inglés y el alemán, que sólo menciono, sin puntualizar. Nada similar se halla en las literaturas Meridionales, de viejo ancestro latino.

Como ninguna forma de opresión ni tirano alguno de la Historia pueden impedir el avance de las ideas, la corriente romántica dilató sus riberas y penetró en la Rusia de Catalina II y de Alejandro I. Me limito a mencionar a Yukovski, a Rileive, a Pushkin. Sin libertad y sin dignidad en la vida colectiva no se producen movimientos orgánicos en las letras. Por eso allí no hubo sino resplandores individuales. De Francia principalmente recibieron la incitación. Fueron brotes patéticos; algunos de aquellos poetas marcaron, como otros a través del siglo, su huella de desterrados en la nieve impasible, mientras el canto, que no tiene exilio, levantaba los espíritus.

Volviendo a los orígenes, y porque nada he dicho de escandinavos ni de celtas, termino con la mención de las traducciones

que hizo el inglés Percy de la poesía rúnica. Aquel ingrediente nórdico se incorporó a la corriente romántica, y con más vigor todavía se infiltraron los relatos de Ossian desde 1760. La crítica actual enseña que esa colección de leyendas gaélicas de Macpherson no es enteramente falsa, sino que se mezclan allí lo auténtico, lo adaptado y lo inventado. Su nebulosa melancolía, de raíz céltica, se confundió con el oleaje romántico.

Creo que la voz de Musset vale más que toda mi explicación, al menos para el sentido literario de aquellos años.

“El romanticismo, mi querido señor! No, de seguro, no es ni el desprecio de las unidades clásicas ni la alianza de lo cómico y lo trágico ni nada en el mundo que pudieráis decir. En vano cogeréis el ala de la mariposa; el polvo que le da colores os quedará en los dedos. El Romanticismo es la estrella que llora, es el viento que vaga, es la noche trémula... Es el brote inesperado, el éxtasis que languidece, y al mismo tiempo es lo pleno y lo rotundo.”

Y estas líneas de Chateaubriand, en su comunión con la Naturaleza: “Era una de esas noches en que las sombras transparentes temen ocultar el bello cielo de Grecia. No eran tinieblas; era sólo la ausencia del día. El aire tenía dulzura de leche y de miel, y al respirarlo se sentía un encanto indecible”.

## DISCUSION

**DR. ICHASO:** Dr. Martínez Bello, ¿querría usted hacerle alguna pregunta al doctor Vitier?

**DR. M. BELLO:** Ante todo quería felicitarlo por su disertación sobre “El Romanticismo”. También quería sugerirle una pregunta y es la siguiente: Entre el desarrollo del Romanticismo y el casi contemporáneo desarrollo del gran industrialismo, de la revolución industrial, de esa función rápida e incontenible de la Industria, ¿cree usted que existe un simple paralelismo o una relación de causalidad o simplemente de mutua función?

**DR. VITIER:** Bien, hay coexistencia, desde luego afinidad, porque la revolución industrial, según la excelente exposición que hemos escuchado, generó dolor en el pueblo, y ese es uno de los temas del Romanticismo: el dolor, la tristeza, el aliento pujante del pueblo.

**DR. ICHASO:** ¿Alguna otra pregunta? Preguntas breves, por favor.

**DR. RUSSINYOL:** Dr. Vitier, en un ensayo notable, un miembro

del Instituto de Francia: Soulliere, ha dicho lo siguiente: La esencia del Romanticismo es perenne, connatural al espíritu humano. La hallo desde el Banquete de Platón hasta el propio naturalismo científico de Emilio Zola. En Paul Berlain y todos los simbolistas, late lo romántico. En Flaubert, aún "Madame Bovary", hay una esencia romántica. ¿Participa usted de esa opinión?

**DR. VITIER:** Plenamente. Ya me he referido aquí a notas románticas en clásicos griegos. Creo que es una propensión natural y profunda del espíritu humano, que aflora o no, según las épocas.

**DR. ICHASO:** Recordemos aquello de Rubén: "¿Quién que es, no es romántico?" ¿Alguna otra pregunta?

**DR. GASPAR BETANCOURT:** La pregunta casi la ha contestado el Dr. Ichaso, pero la voy a hacer de todas maneras. Ante todo quería felicitar al Dr. Vitier por su trabajo que, es obvio decir que, tratándose de un trabajo del Dr. Vitier, es modelo de precisión y de enjundia. Yo le iba a preguntar que si él creía que en estos tiempos en que tenemos que aguantar el feroz materialismo en las guaguas implacables, los familiares idiotas, léase pseudo-moralistas, todas esas cosas que hay que aguantar en el mundo, si cree él que tiene todavía vigencia, o que resulta una cosa de novela, la frase de Rubén a que aludió Ichaso, "¿Quién que es, no es romántico?"

**DR. VITIER:** Yo creo que sí. Eso tiene perennidad.

**DR. CORSANEGO:** Quizás por ser el Dr. Medardo Vitier uno de nuestros hombres de pensamiento especulativo más vigoroso, le agraden las paradojas. Por eso y por encontrarnos en la amplia y dilatada corriente del Romanticismo, le voy a formular la siguiente pregunta: ¿Cree usted que la ficción, quiero decir la fantasía, las intuiciones de nuestra imaginación, constituyen el fundamento de todo saber genuino y esencial?

**DR. VITIER:** No tanto como el fundamento, porque entonces ¿qué papel le dejamos al intelecto? Pero usted sabe que Bergson dijo que la intuición es también un camino del conocimiento. Desde luego eso nos lleva a una exposición muy larga que yo no tengo tiempo de hacer aquí. Es un elemento considerable, no único. Ud. se refiere a la intuición, ¿no es eso?

**DR. CORSANEGO:** Exacto, sí señor.

**DR. BALLAGAS:** ¿Cómo podíamos explicarnos doctor Vitier, después que hemos hablado de la ruptura con las unidades clásicas que hay en el Romanticismo, que una figura tan importante, para mí primordial del Romanticismo, como Byron, fuese tan devoto de Pope que representaba precisamente el Neo-clasicismo, la medida del siglo XVIII, y que se declara hasta cierto punto partidario de las unidades clásicas?

**DR. VITIER:** Sí señor, porque el cuadro no es homogéneo; hay manifestaciones individuales muy diversas. Mire el caso de Cuba: en

nuestra lírica hay romanticismo evidente en el aliento poético de la Avellaneda y de Heredia son de fines del siglo XVIII; de modo que eso se da perfectamente en Literatura.

**DR. BALLAGAS:** En el caso de Byron siempre nos resultaba un poco extraño, por ser un romántico típico y hasta cierto punto un romántico de escuela.

**DR. VITIER:** Exacto.

**DR. ICHASO:** Es que no hay estilos puros, Dr. Ballagas. Bueno señores, ha terminado nuestro tiempo.

---



## APENDICE

Hemos agrupado en este Apéndice, separándolas de su orden correlativo las conferencias pronunciadas el día 15 de Julio por los señores Reissig y Ganón, ya que no corresponden al Curso “La huella de los Siglos”.





Luis Reissig

## La Mujer, el Hombre y la Vida

### Doméstica

**L**A familia necesita un cambio profundo en su régimen económico, social y de asistencia recíproca, para que sea una unidad moral, cultural y educativa en la que marido y mujer, hijos y padres se sientan más solidarios que hoy en la obra en común que tienen que cumplir, y se liberen de los conflictos de intereses que hoy perturban y malogran sus relaciones.

Las cuatro paredes, el hogar, la vida doméstica suenan a muchos como el arrastrar de las cadenas. ¿Quién no ha oído decir muy cerca suyo, a amigos o a familiares: “Iría a tal parte, haría tal cosa, pero **no puedo**”? El “no puedo” es la forma indirecta de referirse a la vida doméstica en sus innumerables trabas. Y quien habla así, no es el hombre, sino la mujer. La mujer dice muchas más veces “no puedo” que el hombre: “no puedo ir al cine; no puedo salir de viaje; no puedo quedarme en la cama hasta las ocho”, etc. El hombre suele decir también “no puedo”, cuando en realidad quiere decir: “no quiero”. ¿Podría disminuirse el número de los “no puedo” en la mujer? Podría disminuirse: depende del hombre. El hombre no tiene poder suficiente para cambiar a capricho y por sí solo las condiciones generales y particulares que dan nacimiento a todos los “no puedo”, porque él es tan esclavo del sistema general de vida que esclaviza a la mujer, como ésta misma; pero el sistema general, aunque severo, le permite ayudar a la mujer en la vida doméstica. Si no la ayuda, no es porque el sistema general de vida se lo impida, ni porque no pueda, sino sencillamente porque no quiere.

Se ha dicho que la culpa de esta situación de subordinación de la mujer, frente al hombre en la vida doméstica, la tiene el varias veces milenario origen de la familia monogámica, fundada en la preeminencia del hombre, a fin de procrear hijos de paternidad cierta, e instituir así al heredero directo y forzoso. Que la familia monogámica fué la primera forma de familia que tuvo por base condiciones sociales y no naturales, y que fué, también, el resultado del triunfo de la propiedad individual. Se ha dicho algo más, todavía: que la primera opresión de clases fué la edad del sexo masculino sobre el femenino, y que la familia individual se funda en la esclavitud doméstica, más o menos disimulada, de la mujer.

Nada puede objetarse a la conclusión de que la vida doméstica ha sido una servidumbre para la mujer. Continúa siéndolo en sectores muy extendidos de las clases sociales económicamente más débiles: empleados medianos, campesinos y obreros. La servidumbre de la mujer en la casa, bien que agravada con relación a la del hombre, forma parte de un régimen general que incluye a todos. Pero así como la mujer no puede aliviar la servidumbre que pueda padecer el hombre, porque está totalmente fuera de su alcance, el hombre, en cambio, puede aliviar la de la mujer. Depende de su cambio de actitud y de conducta frente a la vida doméstica. Es, ante todo, un problema de educación del hombre en relación a la vida del hogar y la vida doméstica.

El engallamiento del hombre como jefe de la familia, y su desdén consiguiente hacia las grises y negras labores de la vida doméstica, es más bien cuestión de niveles económicos y sociales, y de hábitos físicos y mentales. De niveles económicos y sociales, porque el hombre se aviene más a ayudar a su mujer en los quehaceres de la casa, cuando puede emplear utensilios de alto valor industrial, como ser la aspiradora de polvo, con relación a la escoba de paja. La aspiradora le parece digna de su jerarquía de varón; la escoba, le humilla. Le parece que al usarla, descende de categoría humana y social. Siempre ha visto asociado el uso de la escoba, a individuos de bajo nivel económico y social: peones, barrenderos de la calle, sirvientes. La aspiradora, en cambio, sólo puede ser adquirida en los niveles económicos de regular para

arriba; y por lo tanto, las personas que la usan, pertenecen a clases económicas y sociales, también de regular para arriba. Pero además, están los hábitos físicos y mentales: físicos, porque es más cómodo no hacer que hacer; mentales, porque sin duda la inmensa mayoría de las familias europeas, que han poblado América Latina, tenían de la vida doméstica, una experiencia espantosa en carne propia. Si esta inmensa mayoría de familias, en lugar de provenir de aldeas rústicas y del campo, hubiera venido de hogares de alto nivel, económico y social, la vida doméstica en América Latina, desde la Colonia, hubiera sido muy otra cosa.

Para el común de los latino-americanos, la vida doméstica no ha atraído al hombre hacia la casa, salvo para estar más cómodo. Si algo se ha logrado, ha sido por el evidente progreso económico y social de las distintas comunidades nacionales, que enriquecieron buenas viviendas, comodidades, seguridades y satisfacciones. Al ofrecer la casa más cosas que la calle, el hombre prefirió la casa. El sueño y el afán por la casita propia acercó más al hombre hacia la cooperación en la vivienda. Se ocupó de pintar la verja y la puerta de calle, instalar la luz eléctrica, construir el gallinero; pero pocas veces cedió a la tarea permanente de cultivar la huerta o el jardín, o de cuidar el rincón destinado a las aves. Se interesó hasta por el perro; no así del gato, pues le parecía un poco femenino.

En su conjunto, pues, y para decirlo derechamente: la vida doméstica le ha parecido siempre al común de los hombres, una ocupación de mujeres. ¡Guay del hombre! que a la vista de sus amigos, atendiera regularmente, y como una obligación nacida de la solidaridad, diversos menesteres de la casa: coser botones, zurcir medias, preparar el puchero, lavar la ropa, etc. Sería considerado como un ser intermedio entre hombre y mujer. Para ser, más o menos, bien visto, y tolerado, en esas tareas, sólo puede todavía, normalmente, circunscribirse a algunas como las siguientes: limpiar la jaula de los pájaros, colgar y descolgar cuadros (la mujer suele alcanzarle los clavos, el martillo y hasta la escalera), matar las arañas, plancharse el pantalón para que quede bien marcada la raya, quitarse alguna mancha del traje; es decir, hacer solamente todo aquello que, al no hacerse, puede influir en su prestigio del varón o de jefe de la familia. Realizando esas

tareas, el hombre no ayuda en realidad a la mujer: Su móvil principal es cuidar el mantenimiento de su prestigio personal y social.

Sin embargo, la vida doméstica es, y debe ser, una ocupación de todos los seres humanos, en tanto estos seres necesiten y usen este tipo de vida. Y todos los individuos que se sirven de ella deben colaborar en su mantenimiento, sin otras discriminaciones ni excepciones que las forzosas; como ser, que no se puede atender la casa mientras se esté en el empleo, o que cada uno debe hacer lo que mejor pueda o deba.

Es bien cierto que el tipo de vida doméstica tiene que ser superado en sí mismo, mejorando en primer término las condiciones económicas, técnicas y sociales en que se desenvuelve, con prescindencia de lo que aporte la colaboración del marido o de los hijos; y que también deben ser superados y borrados todos los signos evidentes de esclavitud milenaria de la mujer. Pero en tanto estos cambios no se produzcan, el hombre debe colaborar con la mujer en el buen y llevadero mantenimiento de ese tipo de vida.

Como siempre, los cambios económicos y sociales imponen normas generales y particulares de vida. En los países de América Latina altamente industrializados y de comercio activo, las mujeres que antes se empleaban en el servicio doméstico, van ahora a las fábricas, comercios y oficinas. Un día u otro, el servicio doméstico asalariado, tal como se le ha conocido hasta ahora, desaparecerá. Para contrarrestar esta deserción, se ha tratado de hacer lo menos posible en la casa, reduciendo el tamaño de la vivienda, simplificando formas de vida, mecanizando la atención del hogar. Sin dejar de ser muy convenientes estas innovaciones, en el fondo, se ha buscado eludir, más que afrontar el problema. Yo creo que hay que ir más allá de lo que se ha ido hasta ahora, y llegar a la cooperación franca y leal del hombre en la vida doméstica; lo que no puede significar ninguna quiebra de su condición de hombre; y menos como hijo o marido.

Un día u otro, pues, el antiodoméstico recalcitrante, tendrá que ceder a la realidad, y el delantal y el repasador, la tabla de planchar y la pileta, o las máquinas eléctricas que los sustituyan, habrán perdido el estigma con que hasta hoy se aparecen ante

los ojos de la inmensa mayoría de los maridos e hijos varones, habituados, con cierto orgullo de casta biológica y social, al papel de escribir, a la máquina de cálculos, a las gigantescas instalaciones de las fábricas, a las deslumbrantes mercancías del comercio, a los presuntuosos escritorios de oficina. Y así aprenderá que el problema no está en borrar lo doméstico de su conciencia, sino en llevarlo a un nivel, parejo con el de las demás formas económicas, sociales, culturales y educativas, que pueden darse fuera de las cuatro paredes; como el problema de las limitaciones que imponen la familia y el hogar, no se soluciona con subestimar la familia y el hogar, sino llevando a ambos a niveles sociales y morales, donde tales limitaciones hayan sido suprimidas o superadas.

Habiendo llegado a este punto podría preguntarse: si todos los grandes cambios que vendrán de afuera, y si hasta la crisis del servicio doméstico asalariado, proviene de una situación externa, ¿para qué interesarse por la vida doméstica, y no dedicar, más bien, todo el esfuerzo, a la modificación de las condiciones generales?

Para un estricto planteo social, la respuesta no podía ser otra que: primero, las condiciones generales; y como consecuencia, las particulares. Pero mientras se piense que el ideal de vida no debe estar basado, en la injusticia y la opresión, sino en la justicia y la cooperación, los ideales educativos, no deben estar en pugna con los ideales sociales que se abracen. En otras palabras: si en la vida doméstica la mujer es una esclava —y lo es— y no se pueden modificar de inmediato las condiciones generales que explican el mantenimiento de ese tipo de servidumbre, alíviesela, entretanto, de esa servidumbre. Todo razonamiento, por lógico y claro que parezca, que tienda a descargar sobre el futuro, o sobre los grandes cambios económicos y sociales, la obligación de reparar tal injusticia, no es más que un encogimiento disimulado de hombros, un escamoteo de las verdades de a puño, que revelan el estado corriente, de animal de carga, a que está sometida, en casi todos los hogares, la mujer.

Pero hay algo más que una necesidad de reparación y de rehabilitación, para sustentar la tesis de que la vida de hogar, la vida doméstica debe ser plenamente compartida en todas sus caras

y matices, ni realmente se quiere hablar, de vida de hogar plena. Y es que esta vida de hogar, con todo su contenido de labor doméstica, ofrece al hombre —para sus ratos libres— y desde luego a la mujer, oportunidades para educarse, que no le darán la fábrica, ni el comercio, ni la oficina. La vida doméstica y el hogar son un pequeño mundo —insuficiente como mundo total, pero suficiente para experimentos y creaciones valiosas. Las 16 horas —y no menos que 16 horas— que la mujer emplea en su tarea doméstica cotidiana —o sea el doble de la jornada máxima internacional del trabajo del hombre— son un capítulo vivo, incomparablemente más vivo y que el trabajo del marido, del hermano o del hijo, en su oficina, comercio o fábrica.

El trabajo doméstico es un microcosmos en el que se aprende a valorar, lo pequeño de apariencia, pero grande en sus consecuencias y sentido; se conoce, así, todo lo que dará un proceso de creación, lo que significa y lo que ha de producir. El hogar organizado es una continua fuente de provisión de nuevos elementos de vida, a los que sólo cabe dar forma material y moral; pero hay que prestarle atención a esta provisión de elementos, darles su ajuste adecuado en la vida de familia, en la labor doméstica, en el trato recíproco digno, en la simple solidaridad humana.

Se ha hablado mucho de la intuición de la mujer, estimándola de mayor justeza y calidad que la del hombre. Es bien cierto. Pero esta capacidad de intuición, ¿es innata?; ¿es propia de su condición biológica de mujer?

No lo creo, si esto se plantea en términos absolutos, es decir, si con esto se quiere afirmar que sólo la mujer, por el simple hecho biológico de ser mujer, y no hombre, está más preparada para el saber intuitivo. Pero sí creo, en cambio, que las condiciones de vida de la mujer, cuya situación parecida a la actual se pierde en la noche de los tiempos, es la que ha ido condicionando y desarrollando este saber intuitivo, que la ha preparado para saber, cómo hay que dar los pequeños, decisivos e ineludibles pasos, dentro del medio ambiente cotidiano en que tiene, forzosamente, que vivir.

La vida de hogar, la vida doméstica, al limitar el contorno de la mujer, al espaciar sus contactos con el mundo exterior, a veces



hasta aislarla de los signos y manifestaciones de ese mundo exterior, le han servido, ninguna duda, para afinar lo que se podría llamar su percepción intuitiva, obligándola a interpretar, presentir, predecir, por signos truncos y dispersos, lo que lo era dado de conjunto y con precisión; y que si le es dado al hombre, en su salida diaria, y en su contacto externo.

Las ideas, la conducta, las costumbres tienen en la mujer jueces más justos que en el hombre. El hombre trae a su casa —digámoslo en forma figurada— de su contacto con la calle, grano y paja (más paja que grano), y muchas veces confunde uno y otra; pero la mujer es la que sabe separarlos debidamente. La mujer corrige, con su saber intuitivo, al hombre. Muy pocas veces el hombre tiene razón cuando corrige a la mujer. Ella está más acostumbrada al examen y la valoración finos y profundos.

La vida doméstica, la vida del saber menudo y preciso, no es ajena, de ninguna manera, a ese examen y esa valoración. La mujer sabe del estado económico de un país, más que el común de los hombres, porque todos los días, en el mercado, en las tiendas, recoge una comprobación, que el marido sólo puede conocer, directamente, por la lectura de los diarios, o por las cuentas de fin de mes.

Y a esa suma de observaciones, agrega una cosa más: esa gran cosa más que ha elevado a los seres humanos, desde los tiempos primitivos: la educación de la mano. No la educación de la mano para una sola cosa, como ocurre normalmente con el trabajo del hombre, sino la educación para todo. Cualquiera que sea el nivel intelectual del hombre, sino la educación para todo. Cualquiera que sea el nivel intelectual del hombre o la mujer, la educación de la mano lo eleva siempre, pues además de proporcionarle un equilibrio físico indispensable, del cual luego el pensamiento cobra nuevos impulsos, le permite expresar, por la mano, un nuevo mundo de hechos y de pensamientos, que no se hubiera, de otro modo, despertado. El niño, el joven y el hombre, auxiliando en las tareas domésticas, prestan un servicio social indirecto, y ayudan, a su vez, al desarrollo de su educación humana.

En el capítulo de la educación de la mano la aguja ha desempeñado, también un gran papel: ha sido el primer instrumento

de precisión de que se valió la mujer; su primera gran herramienta. Más tarde, le sirvió para producir bienes de cambio, adquirir dominio físico sobre el hombre, y librar la primera batalla económica, como nueva asalariada. La civilización le debe mucho a la aguja: arte y literatura; industria y comercio; amor y odio, ambición o desesperanza, han sido hilvanados y deshilvanados, con la punta acerada de la más fina arma de combate. Si el sable tiene categoría en la historia humana, no le va en zaga la aguja. El amor y la industria, bien lo saben.

Yo creo que todo lo que elimine —en la mujer como en el hombre— una penuria, debe ser bienvenido; y si hoy se puede cocinar, dando vuelta a la llave que establece la corriente eléctrica, en lugar de acarrear leña y atosigarse con el humo, quienes así se benefician han de estar, justamente, muy satisfechos del cambio; pero ¿está la solución en menospreciar la vida doméstica y disminuir en todo lo posible el tamaño físico y moral de la vida de hogar, por el hecho de que ambas encierran, todavía, una gran parte de servidumbre?

La solución no puede ser esa. Equivaldría a abominar de las sociedades humanas, porque las actuales, y las pretéritas, no están, o no estuvieron, bien constituídas; de todas las creencias, porque algunas embotan al hombre; de todo arte, de toda técnica, de toda política, porque tales o cuales signifiquen, un largo paso atrás. **La solución está, en hacer servir, cada uno de los instrumentos, para un nuevo destino.** Hasta las cadenas, símbolo de opresión, cuando aprietan las muñecas de los tiranos, o se ponen al servicio, del genio creador del hombre, son instrumentos de progreso, de conquista, y de liberación.

## DISCUSION

**DR. ICHASO:** Las damas que escuchan esta transmisión están seguramente de plácemes. El Dr. Reissig acaba de ofrecernos un fino y suasorio alegato en favor de la domesticidad del hombre. casi diríamos de la doma de esa fiera que todo hombre lleva dentro.

Dr. Ganón, siguiendo nuestra costumbre, le invito a hacer alguna pre-pregunta u objeción al Dr. Reissig.

**DR. GANON:** Desde luego, no es del tono de las objeciones; pero quiero ante todo expresarle al Dr. Reissig mis felicitaciones por su disertación tan profunda, cuanto ingeniosa. Pero al escucharlo me ha sido sugerida la siguiente reflexión: La historia de la humanidad es un proceso creciente de liberación. El hombre lo hizo primero. Al respecto, los estudiantes de Sociología, y perdónenme que recurra a mi actividad profesoral, recordarán, sobre todo en las épocas del matriarcado, el matrimonio de servidumbre, en el que el hombre debía conquistar a la mujer, trabajando para la mujer y los padres de la mujer y todavía una costumbre muy primitiva que es "la covada" o sea la colaboración del hombre, nada menos que en la tarea del alumbramiento de la mujer, por la cual debe él permanecer y guardar cada durante todo el tiempo que la mujer emplea para ese proceso.

Ahora bien, he dicho que el hombre se ha liberado primero. La mujer lo viene haciendo después, si no que lo digan los cubanos que para comprar un automóvil necesitan la firma de la señora. Ahora bien, la pregunta es la siguiente: la solución del problema del hogar que plantea el Dr. Reissig, ¿está en la liberación creciente de la mujer o en un regreso a la servidumbre del hombre?

**DR. REISSIG:** La solución está en la liberación de toda las servidumbres. Si en la época antigua era el hombre sirviente de la mujer, en la organización familiar lo es hoy la mujer con respecto al hombre. La solución total está en la abolición de las servidumbres, antes y ahora.

**DR. GANON:** Ahora, si el hombre tiene que usar la aspiradora vuelve a la servidumbre.

**DR. ICHASO:** Yo creo que, andando el tiempo, nadie usará la aspiradora. Ella andará sola. El Dr. de la Mata desea hacer alguna pregunta, ¿verdad?

**DR. DE LA MATA:** Una de las cosas que llama poderosamente la atención es el observar que una mujer que se siente profundamente mujer, toma a mal que el hombre la ayude en sus actividades domésticas. Cuando una mujer siente profundamente su actividad dentro del hogar como mujer, no tolera que el hombre haga la parte que ella piensa con orgullo que es la suya. Cuando yo oigo a una mujer hablar de la esclavitud y de la servidumbre del hogar, cuando una mujer se considera esclava del hombre por tenerle que zurcir los calcetines, esa mujer, tiene muy poco de mujer, pienso yo. Es que el hombre no habla de su esclavitud cuando tiene que tolerar impertinencias del patrón, del jefe, cuando tiene que realizar una tarea agobiadora en la oficina, en el taller, en cualquiera de sus centros de actividad. El hombre no llama a eso esclavitud; en cambio la mujer que no sabe ser mujer, llama esclavitud a cuidar a sus hijos, a atender a su casa y eso lo vemos desgraciadamente con mucha frecuencia en nuestro país. Yo pienso que la mejor manera

de liberar a la mujer de lo que ella llama la esclavitud del hogar, no es hacer que el hombre comparta sus actividades propias, dentro del hogar, sustituyéndola y liberándola de ellas, sino que ella se sienta deshonrada por el hecho de que el varón, de que el hombre, de que el que llega cansado de su trabajo de fuera del hogar, tenga que hacer la parte que ella ha dejado de hacer muchas veces por estar conversando con las vecinas.

Así pues, yo me permito opinar en este sentido diciendo que la mejor manera de liberar a la mujer no es haciendo el hombre en el hogar la parte que a ella habitualmente, por su finura y delicadeza de espíritu le corresponde, sino por el contrario, haciendo comprender a la mujer que no es una esclavitud su labor en el hogar; que es algo tan virtuoso, tan valioso, que no debe renunciar a ello aunque el hombre quiera fregar los platos por ella.

**DR. ICHASO:** Más que una pregunta es una opinión, desde luego muy respetable, del Dr. de la Mata. Pero yo no quisiera convertir esto en una especie de refriega entre hombres y mujeres, que pudiera derivar hacia aquella famosa de la "Lisistrata" del teatro griego; sería muy peligroso. De modo que en realidad de verdad, no vale la pena responder a esa objeción del Dr. de la Mata, sino sencillamente tomar nota de ella. ¿Alguna otra pregunta?

**OTTO JAHKEL:** Doctor, ¿Ud. no cree que para que haya esa armonía sería bueno descartar esas enseñanzas religiosas que recibe la mujer y acabar con esa institución anacrónica que es el matrimonio?

**DR. REISSIG:** No creo de ninguna manera que haya que acabar con esa institución que es el matrimonio, sino por el contrario, desarrollarlo, elevarlo y dignificarlo. Es una organización hasta ahora insustituible como base de organización societaria, a mi modo de ver.

**DR. ICHASO:** Una pregunta más, breve, por favor.

**DR. BEGUEZ CESAR:** Dr. Reissig, en el curso de su conferencia Ud. muchas veces ha hablado de la vida del hogar y de la vida doméstica, ¿para usted son términos sinónimos? Yo quisiera que usted estableciera una diferencia sustancial entre vida del hogar y vida doméstica y luego me dijera qué entiende usted por cooperación.

**DR. REISSIG:** La diferencia sustancial y de trazos gruesos, entre vida doméstica y vida de hogar, es la mayor cantidad de valores morales que tiene la vida de hogar. La vida doméstica es desarrollo casi físico de la vida de hogar. ¿Y su otra pregunta cuál era, perdón?

**DR. ICHASO:** Qué se entiende por cooperación, ¿no?

**DR. REISSIG:** La cooperación más amplia, tanto del hombre como de la mujer, que es indivisible. El hombre ayuda a la mujer o debe ayudar a la mujer en su casa, como también lo hace la mujer con respecto al hombre y tenemos experiencias propias en nuestros propios hogares, para

muchas de las tareas nuestras, donde se nos alivia de cada una de nuestras preocupaciones, cada vez que se nos sobrecarga el trabajo nuestro con relación al tiempo de que disponemos.

**DR. ICHASO:** Bien, señores, no hay tiempo para más preguntas. Va a hacer una pequeña rectificación el Dr. de la Mata. Le ruego que sea breve.

**DR. DE LA MATA:** Se ha hecho una alusión de acuerdo con lo que yo he dicho anteriormente, en el sentido de que yo he tratado a la mujer de una manera quizás desconsiderada y lo que he querido señalar e insistir en ello, es que por el contrario, la mujer debe de sentirse muy digna por el hecho de ser muy mujer, en el sentido de su actuación y de sus tareas femeninas, de manera que es más bien dignificar a la mujer en este sentido y no hacerla considerarse como esclava por el hecho de realizar este tipo de tareas.

**DR. ICHASO:** Así lo hemos entendido todos y creo que hasta las mujeres, ¿verdad?



Isaac Ganón

## Sobre el Proceso Democrático del Uruguay

**L**A República Oriental del Uruguay cuenta con una superficie de algo menos 187,000 Kíms. cuadrados y una población de casi tres millones de habitantes, en su casi totalidad de procedencia mediterránea, sin indígenas, pero con muy escasos mestizos de tales y algunos millares de negros, que viven allí sin discriminación de clase alguna.

Sus límites actuales ciñen un territorio que fué cinco veces más extenso, bajo el dominio español, y que hoy albergaría una población por lo menos tres veces mayor que la que actualmente sustenta. Su capacidad de poblamiento es, por cierto, superior a las cifras actuales, y podría alcanzar entre diez y quince millones de habitantes, si sus posibilidades económicas fueran racionalmente explotadas.

Es un país pobre, sin grandes recursos naturales, de esos que son un regalo (o una maldición) de la naturaleza: no tiene petróleo, ni hierro, ni algodón, ni caucho, ni metales preciosos, ni minerales "estratégicos"; una gran parte de su subsuelo lo forma un basamento cristalino, arcaico, con extensas afloraciones superficiales que vuelven muy difícil, si no imposible su aprovechamiento. El área disponible para las labores agrícolas que constituyen la principal industria nacional, y que son antes que nada ganaderas y después de agricultura y mixtas de ésta y aquélla, es de unos dieciséis millones de hectáreas; las cuales, como en otras partes del mundo habitado, se hallan desigualmente repartidas y explotadas.



El presupuesto general de gastos del Estado ha alcanzado últimamente una cifra global de 300 millones de pesos (unos 150 millones de pesos cubanos). Pero ésta no es la única cuenta financiera del país, pues los distintos servicios y empresas públicos por los cuales se ejerce la actividad del Estado —dominio bancario, comercial e industrial— están organizados bajo forma de entes autónomos, con capacidad jurídica y presupuestal propias. Deben agregarse a la lista los Municipios, que son asimismo autónomos, y poseen relativos poderes de legislación local, incluso en lo financiero.

La Deuda pública es casi totalmente interna, y aunque su monto es de varios centenares de millones de pesos, sus servicios de intereses y amortizaciones se cumplen puntualmente, de acuerdo con las leyes de su emisión.

El Estado se rige por normas constitucionales y legales, que aseguran la forma republicano-democrática de su gobierno, que es también representativa y de elección directa de las magistraturas ejecutivas y legislativas principales. Los cargos nacionales y municipales electivos, se renuevan periódicamente, en comicios libres de sufragio universal, obligatorio y secreto; y los poderes respectivos se transmiten en las fechas prefijadas. Los funcionarios no electivos son inamovibles, y la carrera administrativa está protegida en todas sus fases por el Estatuto del funcionario.

Un poder judicial independiente, una corte electoral en cuya composición predominan los miembros neutrales sobre los que son delegados partidarios, y un tribunal de cuentas autónomo, constituyen las garantías orgánicas del imperio de la Constitución y la ley contra las extralimitaciones y desviaciones de poder de los gobernantes, administradores y legisladores, asegurando en lo posible el ideal de nuestros primeros constituyentes, quienes confiaban que en el futuro habrían de juzgarnos las leyes y no los hombres.

Existen dos grandes partidos tradicionales —colorado y blanco— dentro de los cuales se subdividen varias fracciones, y tres partidos ideológicos, de proporciones muchos menores, a saber: la Unión Cívica del Uruguay (de tendencia democrática-cristiana), el Partido Comunista y el Partido Socialista. Los cargos del

Poder Legislativo se proveen según el principio de la representación proporcional integral.

Los derechos individuales: libertad, igualdad, seguridad, propiedad, resistencia a la opresión, y todos los que sean connaturales a la democracia, existen en el papel y en la realidad; y son ejercidos activamente.

¿Cómo le ha sido posible al Uruguay alcanzar esta situación, que muchos consideran sumamente ventajosa, hasta privilegiada?

No me es posible, como bien se comprenderá, exponer al detalle, en los contados minutos de que dispongo, una respuesta que es objeto de varios cursos en la Universidad de Montevideo; pero puedo ofrecerles en algunas proposiciones generales, el resultado de mis estudios en la materia, protestando, desde luego, por su cortedad y esquematismo.

Toda comunidad de destino, como la nación, es una estructura: o sea la unidad que resulta de armonizar en un todo orgánico, la pluralidad de componentes que la integran. Esos componentes, son también llamados las condiciones, sea de su existencia espontánea, sea de su desenvolvimiento a través del tiempo. De esas condiciones, unas son extra-sociales, a saber: físicas, como el territorio, biológicas como la población, psicológicas como el llamado carácter nacional. Las otras son propiamente sociales, como los llamados factores económicos, religiosos, políticos educacionales.

La influencia que ejercen las condiciones extra-sociales sobre la estructura de las agrupaciones humanas, no podría ser minimizada en modo alguno, a pesar de la comprobación reiteradamente efectuada, que el hecho social se produce siempre con relativa indiferencia a las proposiciones en que ellas entran para el resultado de conjunto. De consiguiente, es entre las condiciones propiamente sociales: el medio, los factores económicos, espirituales, etc., que es necesario buscar las razones de una estructura o una función social de cierta importancia.

Todavía, una precisión más: Con ser útil para el ordenamiento y comprensión de las condiciones sociales y extrasociales enumeradas, la teoría europea de los factores predominantes no es de aplicación estricta y consecuente a las realidades sociales ameri-

canas. Quiero decir, que la explicación de lo que las naciones hispano-americanas son, o puedan llegar a ser, no debe ceñirse exclusivamente a la influencia de un solo factor, sea éste cualquiera de los enumerados, el económico como el espiritual, el político como el jurídico. Precisa referir la explicación a un hecho concreto, de la naturaleza del factor considerado, para que pueda decirse que este factor ha sido el decisivo de ese hecho. Cuando, en cambio, se desea alcanzar la explicación de una estructura, no hay más que hacer entrar en ella simultánea o alternativamente, todos los factores o componentes que la integran. a ésta. O sea, que la explicación debe ser pluralista y funcionalista en el mejor sentido de la palabra.

Sin negar, ni subordinar la influencia ejercida por los demás factores o condiciones referenciados, debe reconocerse el importante papel ejercido por las reformas políticas y educacionales en el proceso democrático del Uruguay. Políticos y educadores y no comerciantes, banqueros, sacerdotes o juristas, han sido los forjadores de su existencia y los agentes de su desenvolvimiento. Los hubo, y desde luego los hay —comerciantes, sacerdotes, juristas— asistiendo a la forja de la nación, o trasando la hora de su progreso; pero siempre han estado subordinados a los políticos y los educadores. Incluso los militares, el brazo ejecutivo de la nacionalidad, han estado subordinados a las miras políticas del Estado, desde que Artigas proclamara, al fundarse la Biblioteca Nacional: “Sean los orientales tan ilustrados como valientes”, —hasta el momento mismo en que olvidaron su función específica al servicio y no como militares. El más caracterizado de los dictadores militares, el Coronel Latorre, que había trasmutado en legal —conforme a las prácticas de entonces y ahora— el poder obtenido y sostenido por la fuerza, fué obligado a renunciar la Presidencia de la República, proclamando, al abandonar el país, que “los orientales son ingobernables”.

El documento que podemos señalar como el punto preciso de arranque del proceso democrático del Uruguay, es un documento político: son las Instrucciones del Año XIII, impartidas por José Artigas, Fundador de la Nacionalidad y Protector de los Pueblos Libres, a los Diputados orientales, para representar al

Uruguay en la Asamblea Constituyente de las Provincias Unidas del Río de la Plata, instalada en Buenos Aires, el año 1813. Muchas de sus recomendaciones fueron después constitucionalizadas por las naciones platenses en que se desmembró el ex Virreinato del Río de la Plata; entre ellas las siguientes: a) La declaración de independencia de las ex colonias hispanoamericanas; b) La libertad civil y religiosa en toda su extensión imaginable; c) La igualdad, libertad y seguridad de los ciudadanos y los pueblos; d) La división de los poderes en Legislativo, Ejecutivo y Judicial; e) Abolición de las multas y confiscaciones sobre bienes de extranjeros que morían intestados, y que se aplicaban antes al Rey; f) Prevención del despotismo militar, que “será precisamente aniquilado con trabas constitucionales que aseguren inviolable la soberanía de los pueblos; g) “La Constitución garantizará a las Provincias Unidas, una forma de gobierno republicana, y que asegure a cada una de ellas de las violencias domésticas, usurpación de sus derechos, libertad y seguridad de su soberanía, que con la fuerza armada intente alguna de ellas sofocar los principios proclamados. Y asimismo prestará toda su atención, honor, fidelidad y religiosidad, a todo cuanto crea o juzgue necesario para preservar a esta Provincial Oriental, las ventajas de la libzertad, y mantener un gobierno libre, de piedad, justicia, moderación e industria”.

Obtenida la independencia nacional en 1828, y jurada la primera Constitución en 1830, el país entró en el período crítico del afianzamiento de sus instituciones, y de la consolidación de su situación internacional. Las perturbaciones del equilibrio platense, obligaron al Uruguay a asistir a tres tremendas contiendas: la Guerra Grande (1839-1851), que empezó como guerra civil y terminó como guerra internacional; la guerra contra Rosas (1851-52); y la guerra contra el Paraguay, o de la Triple Alianza (1856-70).

En el interior, alternábanse los gobiernos constitucionales con las dictaduras y las guerras civiles, al punto que José P. Varela contaba, en 1877, diez y nueve revoluciones en cuarenta y cinco años de vida constitucional. “Bien puede decirse, sin exageración —agregaba— que la guerra es el estado normal en la República”.

Pero el país estaba atrás de las demás naciones civilizadas, no solamente bajo el aspecto de la tranquilidad pública, sino también bajo el punto de vista de la vida económica, política y social. La responsabilidad por ese estado de cosas se atribuía a los gobiernos, y se pensaba que cambiando a éstos se cambiaban las causas de los males sociales. No se advertía que los gobiernos bien podrían ser efecto y no causa del estado social, por lo que se debían transformar las condiciones de la sociedad para que cambiasen, como consecuencia, los gobiernos. ¿Dónde estaba, entonces, la raíz de nuestra crisis institucional? Entra ahora en consideración, un nuevo factor.

Para José P. Varela, el Reformador de la Escuela uruguaya, la raíz del mal estaba en “el desacuerdo que existe entre la ignorancia de la masa popular y las instituciones políticas que aparentemente nos rigen”. “La ignorancia bajo el despotismo —escribía— produce ese orden enfermo que Alfieri llamaba una vida sin alma; bajo la república incuba y produce los motines, las asonadas, las revueltas constantes, la violación de las leyes, el falseamiento de las instituciones, la anarquía erigida en gobierno, en una palabra, el caos ocultándose bajo el título y las formas aparentes de las instituciones libres”.

La clave para la solución de los problemas sociales, económicos y políticos del país estaban, pues, en la educación, “pero la educación difundida en todas las clases sociales”. “... Parodiando en esto a la Francia, los pueblos sudamericanos de habla española hemos creído que basta para instituir la república el decretarla, y que el empuje de algunos movimientos revolucionarios que cambian los hombres sin cambiar las cosas, sin operar revoluciones verdaderas, basta para alterar las instituciones y vaciar en nuevos moldes la vida de la sociedad... Para establecer la república, lo primero es formar los republicanos; para crear el gobierno del pueblo, lo primero es despertar, llamar a vida activa, al pueblo mismo; para hacer que la opinión pública sea soberana, lo primero es formar la opinión pública; y todas las grandes necesidades de la democracia, todas las exigencias de la república sólo tienen un medio posible de realización; educar, educar, educar...

La escuela es la base de la república; la educación, la condición indispensable de la ciudadanía...”

La transformación de las condiciones sociales, políticas y económicas del Uruguay, se iniciaban con la reforma de la escuela pública; y habría de continuarse por la extensión sin restricciones de la enseñanza, la laicización del Estado, la legislación favorable a las mujeres y los niños, el derecho social, la socialización sin socialismo de los servicios públicos, etc., impulsados con habilidad y energía por nuestros estadistas de todos los partidos, entre los cuales descuella por su grande inteligencia, profundo amor a los desheredados y sincera vocación democrática, el reformador don José Batlle y Ordóñez. Resumamos, aunque más no sea, los aspectos más importantes de ese proceso.

1) Extensión de la instrucción pública gratuita y laica —esto es, prescindente de sectarismos— en todos sus grados, profesiones, artes y oficios, a todos los habitantes del país, mediante: a) Multiplicación del número de escuelas; b) Creación de liceos departamentales y locales de enseñanza secundaria, de la Universidad para Mujeres, de Liceos Nocturnos, Institutos normales y Cursos para adultos; c) Reorganización de la Universidad, con aumento del número de Facultades, creación de becas, etc.

2) Laicización del Estado, como prerrequisito de su democratización integral, mediante: a) Secularización del Registro del Estado Civil; b) Imposición del matrimonio civil obligatorio y previo a la ceremonia religiosa; c) Sujétanse a la autorización gubernamental, la fundación de nuevas instituciones religiosas, la reorganización de las existentes, niégase validez civil a los votos monásticos; d) Laicización de la Asistencia pública; e) Supresión de los capellanes del ejército, y de la fiesta de “Corpus Christi”, en la cual el Ejército debía rendir honores y abatir sus banderas ante el símbolo religioso; f) Finalmente, en 1918, separación de la Iglesia del Estado, con las más amplias garantías, que nunca habían faltado, para el ejercicio libre de trabas y de impuestos a los bienes, de todas las religiones.

3) Legislación favorable a las mujeres y los niños, buscando su capacitación y redención sociales, con las siguientes medidas:



a) Supresión de algunas limitaciones a la capacidad jurídica de la mujer para contratar, ser testigo, tutora o curadora; b) Privilegio del divorcio absoluto por su sola voluntad, además de las otras formas de divorcio (por causal, por mutuo consentimiento) existentes al efecto; c) Creación de la Universidad para Mujeres; d) Derechos políticos de la mujer; e) Derechos civiles de la mujer, en absoluta igualdad con el hombre, tanto en sus relaciones recíprocas, como respecto a los bienes, a los hijos, a los beneficios y cargas sociales; f) Dignificación de los hijos naturales, por el reconocimiento de sus derechos al nombre, a la investigación de la paternidad y la herencia de sus progenitores, culminando en el Código del Niño.

4) Sanción de un Derecho social, con los más amplios alcances en sus ramas de asistencia, seguridad, servicio social, legislación del trabajo, sin disminución de los derechos civiles y políticos de los beneficiados.

a) La ley de Asistencia Pública Nacional (1910) otorga el derecho de reclamar la asistencia gratuita por cuenta del Estado, y consagra la obligación del Estado, para atender necesidades como las siguientes: enfermedades, hospitalizaciones, intervenciones, suministros de medicamentos, asilos para ancianos, niños y alienados, asistencia y protección de embarazadas y parturientas; b) Pensiones a la vejez e invalidez, con sólo justificar la necesidad, la edad de 65 años y la nacionalidad uruguaya o la residencia por más de 15 años; c) Beneficios de jubilaciones, pensiones, retiros, subsidios, a funcionarios públicos, civiles o militares, empleados y patronos del comercio y la industria; d) Legislación protectora del trabajo, sobre accidentes y enfermedades profesionales, jornada máxima, salarios mínimos, descanso semanal y vacaciones anuales pagas, indemnizaciones por despido, asignaciones familiares, tribunales de conciliación, Consejos de salarios, etc.

5) Extensión de las funciones del Estado, según el concepto de servicio público y en principio sin fines de lucro, ni fiscales, con respeto de los derechos de los particulares, y en los casos procedentes, mediante justa indemnización. Se constituyó así el dominio bancario del Estado: Bancos de la República (emisión y operaciones bancarias en general), Hipotecario y de Seguros,



Cajas de Ahorros, Préstamos pignoratícios, industriales, etc.; el dominio comercial e industrial se integró con las empresas públicas de Usinas y Teléfonos, Ferrocarriles y Tranvías, Puertos, Correos y Telégrafos, suministros de combustibles, alcohol y portland, etc., etc.

Estoy lejos de sostener, que esas y otras reformas han hecho del Uruguay un país perfecto, y que los servicios creados funcionan todos de un modo ideal, que no tenemos dificultades políticas, económicas o sociales, que siempre hallamos a los gobernantes, legisladores, funcionarios indicados para sus funciones. Nada de eso. Pero puedo decirles que en el Uruguay estamos satisfechos de los progresos alcanzados, y dispuestos a aumentarlos; que el precio pagado para lograrlos lo consideramos módico, comparado con los bienes y servicios obtenidos sin mengua de los derechos humanos, ni de la justicia social.

## DISCUSION

**DR. ICHASO:** Aunque circunscripto a esa patria americana ejemplar que es el Uruguay, podemos decir que el admirable cuadro que acaba de trazarnos el Dr. Ganón, es un cuadro de la democracia universal ideal. Invito al Dr. Reissig a que inicie el diálogo de nuestros oyentes, con el Dr. Ganón.

**DR. REISSIG:** Como el problema de la democracia nos interesa fundamentalmente a todos los países latinoamericanos, yo quisiera preguntar al Dr. Ganón, que conoce muy bien el Uruguay, y cómo el mantenimiento del régimen democrático tiene que sustentarse sobre una realidad económica, social, educativa y política, cuáles son, a su juicio, en líneas generales, las medidas fundamentales de reforma que serían indispensables para el desarrollo y afianzamiento de la democracia en el Uruguay.

**DR. GANON:** Las reformas en el orden social, político y económico están hechas; el problema o mejor dicho, la preocupación principal, es conservarlas. Yo recuerdo en este momento una frase de Rodó escrita en su "Ariel", en el que, refiriéndose a aquella frase de Goëthe sobre la escuela de la voluntad individual, en la que él decía que para ser digno de la libertad era necesario cuidarla activamente día por día; yo digo que en el Uruguay las medidas, la solución, para la conservación de los progresos alcanzados en esos órdenes, en la educación, en la economía, en lo político, en lo jurídico, es el vigilar celosamente, activamente, día a día, esas libertades, esa igualdad, ese progreso que se han conseguido con tanto esfuerzo.

**DR. ICHASO:** ¿Alguna otra pregunta?

**SR. RAUL MORALES:** Doctor, tengo entendido que el índice del analfabetismo, hasta en las capas más humildes, es bastante bajo en el Uruguay. ¿Ud. podría ofrecernos cifras exactas?

**DR. GANON:** Bien, usted pregunta datos de hechos que, lamentablemente no tengo a mano; pero sí le puede confirmar mi opinión; creo que ella no es superior al 5% en los núcleos poblados o al 15% en los núcleos rurales.

**SR. RAUL MORALES:** Es entonces superior con respecto a Cuba...

**DR. GANON:** Es superior o inferior, según lo que se entienda por tales. ¿Hay más o menos analfabetismo en Cuba que en Uruguay?

**SR. MORALES:** Hay más analfabetismo en Cuba.

**SR. GANON:** Una tarea para los cubanos.

**DR. DOMINGO RAMOS:** ¿Cree el Dr. Ganón que la familia, en la colonización uruguaya ha tenido importancia en el éxito del pueblo uruguayo? Esto está señalado por el escultor que hizo el monumento que está en el centro del Parque Zabala, donde en unos altorrelieves están la mujer, el hombre y la vaca. Este monumento, el monumento de la carreta, el monumento a Rodó, dice mucho de lo que es el Uruguay.

**DR. GANON:** Sí, señor; la familia como institución social, sea legítima como ilegítima, porque para la consideración social es lo mismo, aunque es deseable que toda ella sea legítima, ha desempeñado un papel importante en el desenvolvimiento de la cultura y la democracia uruguayas. Si no fueran pocas las indicaciones que ha hecho mi estimado amigo el Dr. Ramos, uruguayo honorario, de los monumentos existentes en Montevideo y que simbolizan este papel jugado por la familia, yo puedo decirles que, cuando Artigas se vió precisado a abandonar el sitio de Montevideo, por la presión de las circunstancias, le acompañaron en su éxodo a la República Argentina, la provincia de Entre Ríos, más familias que personas sueltas, que soldados, y eso es por otra parte, lo que determina, a todo lo largo de la historia uruguaya, una preocupación sostenida, vigilante, celosa, profundamente afectuosa por la formación, la legalización y el sostenimiento de la familia. Justamente toda la obra de asistencia social que existe en Uruguay está hecha sobre la base de la familia.

**SR. MANUEL MORENO:** Dr. Ganón, yo quisiera hacer una pregunta muy concreta. La existencia de regímenes, no eminentemente democráticos, en los mismos límites del Uruguay, ¿no pone en peligro la existencia democrática del mismo?

**DR. GANON:** Desde luego, hay un refrán que dice que una manzana podrida, pudre un ciento; pero hay muchas maneras de preservar las manzanas sanas de las podridas, y es estableciendo el cordón sanitario de una efectiva y real democracia.

**DR. DE LA MATA:** Dr. Ganón, con el aplauso mío a su conferencia iba mi aplauso también al Uruguay. Ahora quisiera preguntarle concretamente lo siguiente: el extranjero que llega al Uruguay, ¿tiene condiciones de acogida favorables para poder trabajar en el país, para poder vivir sin discriminación de su extranjería?

**DR. GANON:** El extranjero que llega al Uruguay adquiere desde el momento en que pisa suelo uruguayo los mismos derechos de todos los orientales; sin ninguna traba puede entrar o sacar los bienes que porte; puede comprar inmuebles, etc. Si está en el país durante tres años, si es casado puede optar la ciudadanía uruguaya, sin renunciar por eso a la nacionalidad de origen, si es soltero, basta con 5 años, y si no quiere la ciudadanía y a los quince años de existencia en el Uruguay desea contribuir a elegir buenos gobiernos, puede hacerlo con sólo manifestarlo.

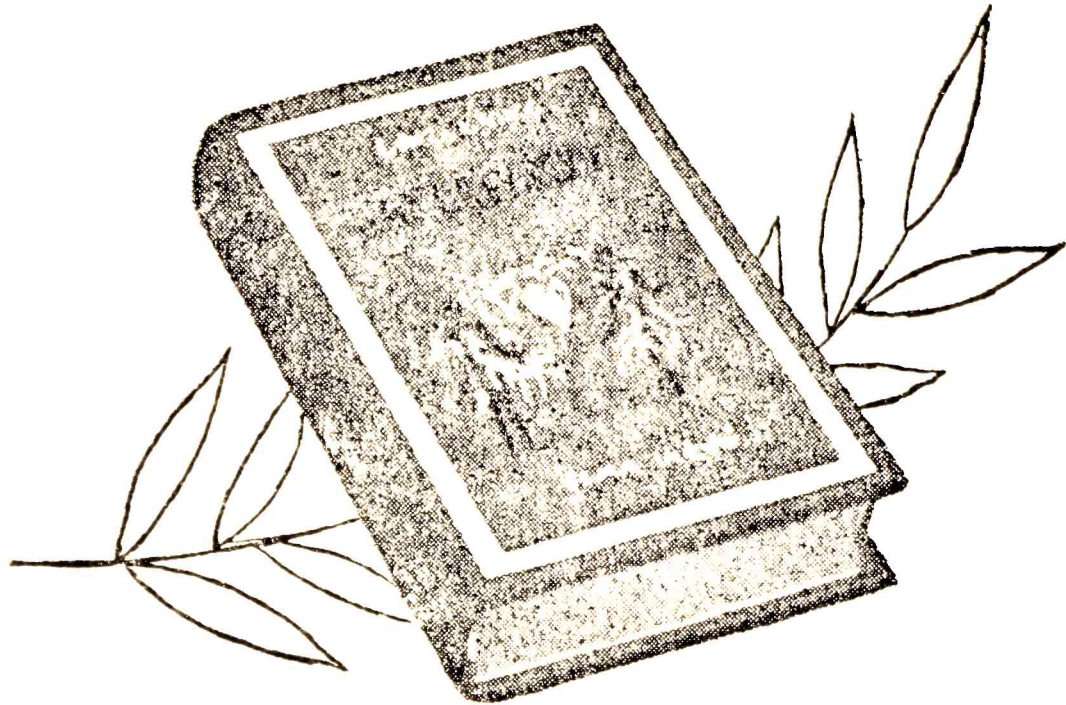
**DR. ROBERTO VERDAGUER:** Solamente para rogarle al Dr. Ganón, me aclarara aquello que dijo de socialización sin socialismo. Además se refirió a que los dos pilares de sostenimiento del Uruguay, se deben a la educación y a la política. Quería, (en cuanto a la educación la conozco bien), pero en cuanto a la política, también preguntarle qué se entiende allí por política, porque no sé si el Dr. Ganón sabe que por aquí, por el Caribe entendemos algo de política distinto a como se entiende por allá. ¿Pudiera aclararnos esto?

**DR. GANON:** Como no. Deseo prevenirle que en todas partes se cuecen habas y en mi país, a veces a calderadas. Por política entendemos allá tres cosas: primero, una ciencia, una ciencia que es por lo tanto, estudio de realidades, a fin de adecuar a ellas, las medidas necesarias; en segundo lugar: un arte, o una técnica política, en la que entran desde luego los teje manejes, los manipuleos que son infaltables en toda arte política; y finalmente, algo normativo, una disciplina normativa, una disciplina ideal que está por encima de todos. Por eso, cuando los dictadores militares se propusieron mandar y sólo mandar, produjeron las dictaduras, que terminaron con aquella frase de la Torre de que "los uruguayos son ingobernables". Pero cuando un gobernante se propuso un ideal político, el de la democracia, tanto la ciencia política como el arte político, se pusieron como el estudio de los medios para realizar los fines, al servicio de ese ideal; de modo que nosotros distinguimos allá bien lo que es la política como esa política y lo que es todo lo que algunos interesados en confundir las cosas, llaman así. La otra pregunta ¿era?... Sí, señor; la socialización de los servicios públicos en el Uruguay se realizó dentro del sistema de los derechos individuales de la constitución. La socialización del socialismo es el pase de todos los bienes y empresas a beneficio del Estado en su forma pura, sin indemnización; en cambio, la socialización sin socialismo es el aprovechamiento integral por la nación de todos los bienes que puedan contribuir de algún modo a su progreso, pero con-

templando de alguna manera, los derechos individuales y así es posible, la indemnización, porque si hay opresión y si hay propiedad abusiva, no es solamente porque el dueño de ellas abuse, sino porque muchas veces la misma sociedad se lo tolera y si la sociedad se lo tolera, ella debe pagar las consecuencias de esa tolerancia.

DR. ICHASO: Muchas gracias, Dr. Ganón.

Una gran obra que interesará a  
los lectores de estos Cuadernos



# SANGRE Y SEXO

Por el profesor Gustavo Pittaluga

**6.00**

“SANGRE Y SEXO -dice en el prólogo el profesor Pittaluga, autoridad indiscutible en la materia- son para mí dos temas que guardan su jerarquía al fundirse en un estudio de sus relaciones en el organismo humano y en la persona -esto es, en un ser cuyas actividades, supeditadas a las necesidades orgánicas, están regidas por la mente, gobernadas por la razón, arrastradas a veces por la pasión, exaltadas o deprimidas por la emoción, sublimadas por el amor”.

Sección de Librería  
Planta Baja.

*El Emante*





Distribución exclusiva:  
**OSCAR A. MADIEDO**  
O'Reilly 407  
La Habana.